

León Trotsky

MI VIDA

5.º TOMO

Ediciones

MASAS

La Paz-Bolivia

Octubre 2022

Entramos, por fin, en lo que podríamos llamar el desenlace de la vida de nuestro personaje. Le hemos visto ya a través de sus primeras inquietudes de adolescente, hemos seguido la huella de sus prisiones y destierros; le hemos contemplado, en fin, actuando con serenidad y admirable juicio en medio de una de las más recias tempestades humanas que registra la historia, en medio de un verdadero temporal de acontecimientos contradictorios y de sucesos inesperados. En este tomo, después de recorrer las líneas en que Trotsky ha expresado sus opiniones personales respecto a Lenin y descrito las relaciones post-revolucionarias que con él le ligaron, desembocamos en un capítulo que ya tiene más color dramático: "Los epígonos conspiran". Lo que vendrá, se desgrana vertiginosamente. Lenin ha muerto, Trotsky es desplazado del poder y puesto al frente de un cargo secundario, se produce la última lucha dentro del partido, se decreta su destierro y ya le tenemos expulsado de Rusia.

Entre el desterrado por el gobierno de los zares y el desterrado por el gobierno del proletariado, existen sus diferencias. No es ahora el conspirador intransigente de antes de la guerra, sino, más bien, un hombre de letras, un historiador, un filósofo. Es algo más: un espíritu saturado de nobleza. Basta verle confesar sus creencias sobre cómo se juzgará en el futuro a la Revolución bolchevique –revolución que sigue desenvolviéndose sin él-, y oírle declarar que su destierro no es una tragedia personal, sino un cambio de etapas en la revolución, para reconocerle como tal y admirarle sin reservas.

Ediciones

MASAS

Indice

Enfermedad de Lenin	4
Los epígonos conspiran	20
Muerte de Lenin y desplazamiento del poder	31
Última fase de la lucha dentro del partido	45
El destierro	62
Expulsado de Rusia	78
El planeta sin visado	86

ENFERMEDAD DE LENIN

Tomé mis primeras vacaciones en la primavera del 20, antes de celebrarse el segundo congreso de la Internacional comunista, y pasé cerca de dos meses en el campo, no lejos de Moscú. Dedicué el tiempo a curarme-ya empezaba a tomar un poco en serio mi curación-, a preparar con el mayor cuidado el manifiesto que había de suplir durante unos cuantos años el programa de los "Cominters", y a cazar. La necesidad que tenía de descanso era muy grande, después de aquellos años de intenso trabajo. Pero me faltaba la técnica del descanso. Los paseos -no eran para mí, ni lo son todavía hoy, una distracción. Lo que tiene de atractivo la caza es que produce sobre la conciencia los efectos de un sinapismo... Un domingo, a comienzos del mes de mayo de 1922, me fui a pescar con red a un antiguo lecho del río Moscova. Llovía, y como el césped estaba mojado, resbalé por un declive, me caí y al caerme me distendí los tendones de una de las piernas. No tenía nada de particular, pero hube de guardar cama varios días. Al tercer día de estar encamado, se presentó a verme Bujarin.

-¿También está usted en cama?-me preguntó, con gesto de espanto.

-¿Pues quién es el otro?

Ilitch está bastante mal; ha tenido un ataque y no puede andar ni hablar. Los médicos no saben qué decir.

Lenin andaba siempre preocupadísimo con la salud de los demás y citaba con frecuencia aquellas palabras de un emigrado: los viejos morirán y los jóvenes decaerán.

-¿Cuántos son los que en Rusia saben algo de Europa y del movimiento obrero del mundo? Mientras seamos nosotros solos a sostener la revolución-repetía Lenin-, la experiencia internacional que hoy tienen los directivos del partido será insustituible.

A Lenin todo el mundo le tenía por un hombre sano y fuerte y su salud parecíanos uno de los pilares inmovibles de la revolución. Su actividad era infatigable, siempre vigilante, y su carácter sereno siempre y alegre. Pero de vez en cuando, yo advertía en él algún síntoma que me inquietaba. Durante las sesiones de primer congreso de los "Cominters", me chocó su aspecto cansado, su voz desigual y aquella su sonrisa de enfermo. No me cansaba de decirle que se gastaba demasiado en asuntos de importancia secundaria. él reconocía que era verdad, pero no sabía evitarlo. A veces, se quejaba-siempre de un modo incidental y un poco tímidamente-de dolores de cabeza. Pero con dos o tres semanas de descanso, volvía a sentirse sano y bueno. Parecía como si para Lenin no existiese el desgaste.

A fines del año 21, empezó a sentirse mal. El día 7 de diciembre pasó una esquila a los vocales del Buro Político en la que decía: "Tengo que marcharme hoy. A pesar de haber disminuido la ración de trabajo y aumentado la de descanso, en estos últimos días me han molestado endemoniadamente los insomnios. Temo que no voy a poder hablar ni en la Conferencia del partido ni en el Congreso de los Soviets." Ahora, pasaba la mayor parte del tiempo en un pueblecillo, cerca de Moscú. Pero desde allí seguía atentamente la marcha de los asuntos. Estábamos ocupados con los preparativos para la conferencia de Ginebra. El día 23 de enero (1922), Lenin escribía a los vocales del Buro político:

“Acabo de recibir dos cartas de Tchitcherin (fechadas el 20 y el 22). En ellas me pregunta si, a cambio de algunas compensaciones decorosas, no podríamos acceder a introducir ciertos cambios en nuestra organización política, consistentes, principalmente, en dar entrada en los Soviets a los elementos parasitarios. En gracia a los yanquis. Esta sola pregunta de Tchitcherin demuestra, a mi entender, que urge mandarlo a un sanatorio. A mi juicio, cualquier concesión o dilación por nuestra parte, sería extraordinariamente peligrosa para todas las negociaciones que, pudieran emprenderse.” En las breves líneas de esta esquela, en la que la dureza política exenta de todo miramiento se une a su astuto espíritu bonachón, transpira la vida y el aliento de Lenin.

Pero su estado de salud seguía empeorando. En marzo, aumentaron los dolores de cabeza. Sin embargo, los médicos no pudieron descubrir ninguna lesión orgánica y prescribieron reposo absoluto. Lenin se instaló a vivir en el pueblecillo a que había ido de temporada. Allí fué donde le sorprendió, a principios de mayo, el primer ataque. Resultó que Lenin llevaba ya dos días enfermo. ¿Por qué no se me había informado inmediatamente? Sin embargo, por aquel entonces, esto no me hizo concebir la menor sospecha.

-No quisimos intranquilizarle a usted-me dijo Bujarin-; nos pareció que debíamos esperar a ver qué curso tomaba la enfermedad.

Bujarin, al decirme aquello, no podía ser más sincero, pues no hacía más que repetir lo que los “mayores” le habían sugerido. El pobre me guardaba todavía aquella sumisión que él sabía guardar; es decir, una sumisión que tenía un cincuenta por ciento de histérica y un cincuenta por ciento de infantil. Me contó lo que sabía acerca de la enfermedad de Lenin y puso fin al relato echándose sobre la cama para abrazarme y decirme, entre lágrimas y suspiros:

-¡No se ponga usted enfermo, por favor!... Hay dos hombres en cuya muerte no puedo pensar sin espanto: Ilitch y usted.

Procuré consolarle con frases de afecto y restablecer un poco el equilibrio de sus nervios. Su presencia no hacía más que estorbarme en la concentración de ideas y preocupaciones que despertaba en mí aquella noticia. El golpe era terrible. Era como si de pronto la revolución misma hubiera dejado de alentar.

“Las primeras noticias acerca de la enfermedad de Lenin-dice en sus apuntes N. J. Sedova-circulaban en voz baja. Parecía como si nadie hubiera pensado en que Lenin podía caer enfermo. Eran muchos los que sabían lo preocupado que andaba siempre con la salud de los demás, pero a él le creíamos asegurado contra toda suerte de enfermedades. Casi a todos los revolucionarios de la vieja revolución les flaqueaba el corazón, de las grandes emociones sufridas. A todos-se lamentaban los médicos-les funciona mal el motor. No hay más que dos corazones-le dijo un día el profesor Guetier a Leo Davidovich-: el de Vladimiro Ilitch y el de usted. Con corazones como éstos se vive cien años. Las auscultaciones hechas por los médicos extranjeros confirmaron este diagnóstico; de todos los corazones que auscultaron en Moscú no había más que dos que funcionasen decididamente bien, y eran los de Lenin y Trotsky. Aquella brusca crisis, totalmente inesperada para la gente, que se producía en la salud de Lenin,

sorprendió a las masas como si la crisis se produjera en la propia revolución. ¿Es que Lenin podía ponerse enfermo y morir como otro cualquiera? Era difícil resignarse a pensar que Lenin pudiera verse privado de la posibilidad de moverse y de hablar. Todo el mundo creía firmemente que se sobrepondría a la crisis y se levantaría de la cama sano y bueno. Y tal era también la creencia que imperaba en el partido.”

Hubo de transcurrir mucho tiempo, hasta que, tendiendo la vista sobre el pasado, volví a caer en la cuenta, con renombrado asombro, de que habían dejado pasar tres días sin darme noticia de la enfermedad de Lenin. A raíz de ocurrido, aquello no me había sorprendido; pero evidente que no se trataba de una casualidad. Los que de tanto tiempo atrás se venían preparando para darme la batalla, y sobre todo Stalin, quisieron ganar tiempo. Aquella enfermedad era de las que pueden conducir a un desenlace trágico de la noche a la mañana. De un momento a otro, podían cobrar un cariz agudo todas las cuestiones de la dirección de la política. A mis adversarios les convenía disponer por lo menos de un día para preparar sus cosas. Se pusieron a cuchichear por los rincones, buscando entre ellos los mejores caminos y métodos para el ataque. Es de suponer que fuese en aquellos días cuando surgió la idea de formar el “trío” (Stalin-Zinovief-Kamenev) que me había de dar la batalla. Pero Lenin salió del trance; su organismo, regido por aquella voluntad indomable, hizo un esfuerzo gigantesco. El cerebro, que estaba ya a punto de morir asfixiado por falta de riego sanguíneo y que había perdido la facultad de articular sonidos, volvió a reanimarse.

A fines de mayo, me fui a un lago situado a unas ochenta verstas de Moscú, a pescar. En aquella comarca, junto al lago, había un sanatorio infantil, que llevaba el nombre de Lenin. Los niños me acompañaron por la orilla, informándose de la salud de Vladimiro Ilitch, y me entregaron una carta y un manojo de flores silvestres para que se las enviase en su nombre. Lenin no podía escribir todavía y dictó unas líneas a su secretario: “Vladimiro Ilitch me encarga de escribirle, diciéndole que le parece muy bien su idea de enviar a los niños del sanatorio de Podsolnetschnaia un regalo en su nombre, que usted les puede entregar. Le ruega también que dé las gracias a los niños por su carta cordial y por las flores, y que les diga que lamenta mucho no poder acceder a su invitación, pues no duda que a su lado se repondría totalmente.”

En el mes de julio, Lenin estaba de nuevo en pie, y si bien hasta octubre no se reintegró oficialmente al trabajo, seguía de cerca todos los asuntos y se interesaba por ellos. Durante estos meses de convalecencia, una de las cosas que más le preocuparon fué el proceso que se seguía contra los socialrevolucionarios. Estos habían asesinado a Wolodarsky y a Uritsky, herido de bastante gravedad a Lenin y atentado dos veces contra mi tren. Era cosa de tomar aquello en serio. Aunque no fuese desde el punto de vista idealista de nuestros enemigos, también nosotros sabíamos apreciar el “valor de la personalidad en la historia”. No podíamos cerrar los ojos ni alzarnos de hombros ante el peligro que amenazaba a la revolución, si permitíamos que el enemigo fuese derribando a tiros, uno tras otro, a todos nuestros caudillos.

Nuestros amigos humanitarios, de esos que no sienten frío ni calor ante las cosas, no se

cansaban de repetirnos que, si bien comprendían que las represalias, en general, eran inevitables, el fusilar a un enemigo preso era salirse de los límites justos de la legítima defensa. Querían que mostrásemos "benevolencia" en aquel asunto. Clara Zetkin y otros comunistas europeos-que por aquel entonces todavía se atrevían a decirnos a Lenin y a mí, a la cara, lo que pensaban-insistían en que perdonásemos la vida a los acusados y que nos limitásemos a imponerles penas de cárcel. Esta solución era, aparentemente, la más sencilla. Pero el problema de las represalias personales cobra, en una época de revolución, un carácter muy especial, contra el que rebotan impotentes todos los humanitarios lugares comunes. La lucha gira toda ella en torno al poder, y es una lucha implacable a vida o muerte. No en otra cosa consiste la revolución. En estas circunstancias, ¿qué valor ni qué eficacia puede tener la pena de cárcel, con hombres que confían en adueñarse del Poder a la semana siguiente, para desde allí mandar cuando les llegue el turno a presidio o exterminar a los que hoy empuñan el timón? Ya se sabe que desde el punto de vista de lo que podríamos llamar el valor absoluto cae la personalidad humana, la revolución es tan "condenable" como la guerra y como toda la historia humana en general. Pero este concepto de la personalidad es, a su vez, el fruto de un proceso de revoluciones que dista aún mucho de haber llegado a remate. Para que el concepto de la personalidad adquiriera un sentido real y el desdeñoso concepto de la "masa" deje de ser una antítesis que se alza ante la idea filosófica privilegiada de la "personalidad", es necesario que la propia masa conquiste por sí misma una etapa históricamente más elevada, por medio de la palanca de la revolución, o, mejor dicho, de una serie de revoluciones. No sé, ni-para decirlo sinceramente-me interesa saber, si este punto de vista será bueno o malo, a juicio de la filosofía normativa. De lo que sí tengo la absoluta convicción es de que la humanidad no conoce hasta hoy otro camino.

Estas consideraciones no intentan, ni mucho menos, "justificar" el terror revolucionario. Semejante tentativa equivaldría a dar la razón a los acusadores. Mas, veamos quiénes son estos acusadores. ¿Son los que han encendido y usufructuario la gran guerra mundial? ¿Los nuevos ricos, que ofrendan a la gloria del "soldado desconocido" el aroma de sus vegueros de sobremesa? ¿Los pacifistas que lucharon contra la guerra mientras la guerra era un concepto y que están dispuestos, por lo visto, a repetir en cuanto se les mande su repugnante mascarada? ¿Los Lloyd George, los Wilson, los Poincaré, que, para castigar el crimen de los Hohenzollers (y el suyo propio) se creyeron autorizados a dejar morir de hambre a los niños de Alemania? ¿Los conservadores de Inglaterra o los republicanos de Francia, que atizaban la guerra civil en Rusia desde fuera, puestos a buen seguro y cómodamente arrellanados, para cotizar en pingües ganancias la sangre de los que combatían?... Y así podríamos seguir preguntando hasta lo infinito. Lo que a mí me interesa no es llegar a una justificación filosófica, sino ofrecer una explicación política. La revolución lo es porque coloca a todos los antagonismos que informan un proceso histórico ante esta alternativa: la vida o la muerte. ¿O es que se va a pensar que esos sujetos que a cada medio siglo andan removiendo sobre cordilleras enteras de cadáveres una cuestión como la de la nacionalidad de Alsacia-Lorena van a

ser capaces de transformar su régimen social por medio de discursos de ventriloquia parlamentaria? Hasta hoy, nadie nos ha demostrado cómo podía conseguirse eso. Nosotros pudimos hacer saltar las resistencias del peñasco secular por el acero y la dinamita. Y cuando el enemigo disparaba sobre nosotros, que era generalmente con cañones forjados en los países de la democracia y la civilización, hubimos de contestar con las mismas armas. No importa que Bernard Shaw menease la barba con gesto de reproche contra los unos y los otros. ¿Quién hacía caso de sus sublimes argumentos?

Pero en el verano de 1922, la cuestión de las represalias tomó un cariz mucho más agudo, pues ahora se trataba de los caudillos de un partido que a su hora habían luchado a nuestro lado en la campaña revolucionaria contra el zarismo, y que después de triunfar la revolución de Octubre, volvieron contra nosotros las armas del terrorismo. Por los tránsfugas que se pasaron a nuestras filas de las de ellos, supimos que los principales actos terroristas no habían sido organizados, como en un principio pudimos pensar, por individuos aislados, sino por el partido entero, aunque éste no se atreviese a echar sobre sus hombros la responsabilidad de los atentados. Era inevitable la sentencia de muerte, y el tribunal no tuvo más remedio que decretarla, pero su ejecución hubiera desencadenado inmediatamente, como respuesta, una oleada de terrorismo. Limitarnos a infligir penas de cárcel, por graves que ellas fuesen, hubiera equivalido a dar alas a los terroristas, que estaban más seguros que nadie de que el Poder no duraría mucho tiempo en manos de los Soviets. No quedaba otro camino que condicionar la ejecución de la sentencia al hecho de que el partido prosiguiese o no la campaña de atentados. O dicho de otro modo: guardar en rehenes a los caudillos del partido terrorista.

La primera entrevista que tuve con Lenin después de su restablecimiento, coincidió precisamente con los días en que se estaba viendo la causa contra los socialrevolucionarios. Mi fórmula le tranquilizó, y se adhirió en seguida a ella, diciendo:

-Tiene usted razón, no hay más solución que esa.

La curación daba a Lenin, visiblemente, grandes ánimos. Y, sin embargo, se percibía en él un cierto desasosiego interior.

-Imagínese usted-me dijo, sin poder contenerse-lo terrible que hubiera sido perder la facultad de hablar y de escribir; hubiera tenido que empezar a aprender de nuevo, como los niños.

Y posó sobre mí su mirada rápida e inquisitiva.

En octubre, se reintegró oficialmente al trabajo, volvió a ponerse al frente del Buró político y del Consejo de Comisarios del pueblo, y en noviembre empezó a pronunciar una serie de discursos en tomo al programa, que visiblemente le costaban bastante caros y que dejaban una tara desfavorable en su proceso circulatorio.

Lenin advirtió que, al amparo de su enfermedad, se habían ido tejiendo, detrás de sus espaldas y de las mías, los hilillos, muy tenues aún y apenas perceptibles, de una conjura. A los epígonos no les había parecido oportuno, todavía, volar ni quemar los puentes. Pero habían ido serrando calladamente muchos maderos y retacando las minas con dinamita. Aprovechaban todas las ocasiones para pronunciarse contra mis

propuestas o iniciativas, como si estuviesen ensayando su emancipación y preparando el golpe final. Y cuando más ahondaba en los trabajos, más se inquietaba Lenin, advirtiendo los cambios producidos en aquellos diez meses, si bien procuraba no sacarlos demasiado abiertamente a la luz del día, para no empeorar las relaciones más de lo que ya lo estaban. Pero era evidente que se estaba preparando para dar una repulsa contundente al "trío". Y estos preparativos empezó a ponerlos por obra ante varias cuestiones concretas.

Entre la docena de asuntos que yo estaba dirigiendo por el partido, es decir, privadamente y sin carácter oficial, se contaba la propaganda antirreligiosa, en la que Lenin estaba muy interesado. Hubo de rogarme repetidas veces, y con gran insistencia, que me hiciese cargo de este asunto. Durante la convalecencia, se enteró por no sé qué conducto de que Stalin se aprovechaba también de esta campaña para maniobrar contra mí, colocando en los puestos creados para organizar la propaganda a personas nuevas, y procurando sustraer en lo posible a mis iniciativas la organización. Lenin, desde el pueblecillo en que residía, envió al Buró Político una carta, en la que, sin que a primera vista hubiera razón alguna que lo justificase, hacía una cita de mi libro contra Kautsky y se expresaba en términos de gran alabanza respecto al autor, aunque sin mencionar su nombre ni el título de la obra. Confieso que, al principio, no comprendí que Lenin tuviese que dar este rodeo, acogiéndose al libro para condenar indirectamente las maniobras de Stalin contra mí. Para dirigir la propaganda antirreligiosa, habían metido de por medio, casi en función de sustituto mío, a Iaroslavsky. Cuando Lenin, después de reintegrarse al trabajo, lo supo, exclamó muy indignado, dirigiéndose aparentemente a Molotof-la cosa ocurría en una sesión del Buró político-, aunque en realidad el tiro se dirigía -contra Stalin:

-¿AIaroslavsky? ¿Pero es que no conocen ustedes a Iaroslavsky? ¡Hombre, esto es para hacer reír a cualquiera! ¿Cómo demonios quieren ustedes que este hombre dirija esa campaña?

Y por ahí adelante. La violencia que Lenin ponía en aquellas palabras podría parecer excesiva a cualquiera que no estuviese en antecedentes. Pero no se trataba exclusivamente de Iaroslavsky, a quien Lenin no podía ver; tratábase de la dirección del partido. Episodios de estos los había a docenas.

En realidad, puede decirse que Stalin, desde que entró en contacto inmediato con él, que fué principalmente después del movimiento de Octubre, se mantuvo siempre en una tendencia bastante aguzada, aunque recatada hipócritamente, de oposición contra Lenin. Dadas sus ambiciones, grandes y colmadas de envidia, Stalin tenía que sentir por fuerza y a cada paso, su insignificancia moral e intelectual. Era evidente que hacía esfuerzos por acercarse a mí. Yo tardé en darme cuenta de que pugnaba por entrar conmigo en relaciones casi familiares. Me repelía, por aquellas cualidades que más tarde, iniciada ya la franca decadencia, habían de ser su fuerza: la mezquindad de sus miras, el empirismo, la tosquedad psicológica y aquel especial cinismo de pequeño-burgués a quien el marxismo ha liberado de muchos prejuicios, pero sin alcanzar a sustituirlos por un sistema ideológico bien digerido y compenetrado con la psicología

personal. Juzgando por observaciones aisladas, que por aquel entonces me parecieron casuales y sin importancia, pero que en realidad la tenían, comprendí que Stalin esperaba encontrar en mí un apoyo contra la presión, para él insoportable, que Lenin ejercía. Ante cada una de aquellas tentativas, yo daba instintivamente un paso atrás y le dejaba a un lado. Tal vez esté aquí la raíz de aquella hostilidad fría, al principio cobarde y solapada, que Stalin fué concibiendo contra mí. Paulatinamente, con arreglo a un plan sistemático, iba reuniendo en torno suyo a las personas afines a él como tipos psicológicos, a los simples, los que vivían a la buena de Dios, sin intuiciones ni sospechas, y a todos los ofendidos y humillados. Y, por cierto, que ninguna de las tres categorías de hombres escaseaba.

Es indudable que para Lenin era más cómodo, en muchos de los asuntos corrientes, encomendarse a Stalin, Zinovief o Kamenef, que dirigirse a mí. Lenin, atento siempre a no malgastar el tiempo propio ni el ajeno, procuraba constantemente reducir al mínimum el desgaste de fuerzas necesario para vencer los rozamientos internos. Yo tenía mis opiniones, mis métodos de trabajo, mi manera personal de ejecutar los acuerdos tomados. Lenin lo sabía de sobra y lo respetaba. Precisamente por esto tenía que saber de sobra que yo no era el más adecuado para asumir ciertos encargos. Cuando necesitaba de ayudas puramente mecánicas para llevar a término sus planes, procuraba encomendarse a otros. Esto, en ciertos momentos, sobre todo en aquellos en que yo me hallaba distanciado de Lenin por alguna divergencia, podía despertar en sus auxiliares la impresión de que tenía más confianza en ellos que en mí. Así se explica que Lenin, designase a Rikof y a Ziurupa como sustitutos suyos en la presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo, y en defecto de ellos, a Kamenef. A mí, esta designación me parecía acertada. Lenin necesitaba de auxiliares prácticos y sumisos. Aquel no era un cargo para mí, y tenía que estarle agradecido de que no me hubiese puesto en el trance de ocuparlo. Jamás se me ocurrió interpretarlo como un acto de desconfianza, sino por el contrario, como una prueba, nada ofensiva ni mucho menos, de la estimación en que tenía mi carácter y nuestras mutuas relaciones.

Algún tiempo después, había de tener sobradas ocasiones de convencerme de ello. Durante todo el tiempo que medió entre el primer ataque y el segundo, Lenin sólo pudo trabajar desarrollando la mitad de las fuerzas habituales en él. Se le estaban presentando a cada momento molestias que, aunque no eran importantes de suyo, lo eran como síntomas de que el sistema circulatorio no funcionaba bien. En una sesión del Buró político, al levantarse para alargarle a no sé quién una esquila-de aquellas que estaba mandando constantemente, para ganar tiempo en los trabajos-, noté que vacilaba un poco. Lo advertí porque vi que se le demudaba el rostro. Era uno de los muchos avisos que le enviarían los centros vitales. él, por su parte, no se hacía tampoco ninguna ilusión. Estaba meditando constantemente cómo marcharían las cosas sin él, cuando él faltase. Fue entonces cuando concibió aquel documento que había de adquirir más tarde tanta fama bajo el nombre de "Testamento de Lenin". Durante aquel período-unas semanas antes de sobrevenir el segundo ataque-, tuvo una larga conversación

conmigo acerca del curso ulterior de mis trabajos. Esta conversación la hube de comunicar, a raíz de celebrarse y en vista de la gran importancia política que tenía, a una serie de personas (Rakovsky, J. L. Smirnof, Sosnovsky, Preobrachensky, y algunas otras). Así se explicará que se me haya quedado grabada fielmente en la memoria.

La cosa fué del modo siguiente: El Comité central de la Liga de Obreros de la cultura envió una comisión a visitarnos a Lenin y a mí con el ruego de que yo me hiciese cargo, complementariamente, del departamento de Instrucción pública, al modo como durante un año había regentado el Comisariado de Transportes. Lenin quiso conocer mi opinión. Le contesté que las dificultades con que tropezaba la labor de Instrucción pública procedían, como todas, del aparato administrativo.

-Sí-dijo Lenin interrumpiéndome-, la burocracia está tomando aquí unas proporciones espantosas; yo me quedé verdaderamente asustado, cuando me reintegré al trabajo, viendo los vuelos que esto tomaba... Pero precisamente por eso no debía usted, a mi juicio, ocuparse de más departamentos que del de Guerra.

Y con una gran pasión, insistencia y manifiesta excitación, Lenin me expuso su plan. Me dijo que las energías que él podría consagrar a la dirección de los trabajos, eran limitadas.

-En cuanto a las personas llamadas a suplirme, usted las conoce. Kamenev, que es sin duda un político hábil, carece de dotes administrativas. Ziurupa es ´ta enfermo. Rikof acaso tenga talento administrativo, pero no tiene más remedio que volver al Consejo Supremo de Economía. Es necesario que se le designe a usted para sustituirme. Dada la situación ante que nos encontramos, hay que proceder a una nueva y radical agrupación de personas.

Nuevamente llamé la atención acerca del "aparato administrativo", que hasta para desarrollar mi labor en el Comisariado de Guerra me ponía obstáculos, cada vez mayores.

-Pues bien, dé usted mismo al traste con el aparato-me replicó vivamente Lenin, queriendo con estas palabras aludir a una frase que yo usara en cierta ocasión.

Le contesté que no me refería solamente a la burocracia del Estado, sino también a la del partido, y que el nudo de todas las dificultades estaba en la fusión de los dos aparatos y en la ayuda mutua que se prestaban los grupos influyentes, compenetrados en torno a la jerarquía de los secretarios del partido. Lenin me escuchaba con gran atención y asentía a mis palabras con aquella especie de nota profunda que solía sacar cuando estaba plenamente convencido de que su interlocutor le comprendía sin la menor sombra de duda y se decidía a abandonar todas las formas convencionales de la conversación, para limitarse a hablar, escueta y abiertamente, de lo que le parecía más importante y más le preocupaba. Después de reflexionar breves instantes, Lenin me preguntó, sin andarse con rodeos:

-¿De modo que lo que usted propone es dar la batalla, no sólo a la burocracia del Estado, sino también a la del Comité central?

Me eché a reír, de puro asombro. El organismo burocrático del Comité era precisamente el centro de todo el aparato staliniano.

-Puede que tenga usted razón.

-Pues bien-prosiguió Lenin, visiblemente satisfecho de que llamáramos a las cosas por su nombre, entrando de lleno en el meollo del asunto-le propongo a usted que formemos un bloque contra la burocracia en general y contra la del Comité en particular.

-Nada más honroso que asociarse con una buena, persona para una obra buena-le contesté.

Convinimos en que volveríamos a vernos dentro de poco tiempo. Lenin me propuso que meditase acerca del aspecto de organización del asunto. Su intención era crear una especie de comisión para la represión del burocratismo, que se incorporaría al Comité central, y a la cual perteneceríamos los dos. En realidad, esta comisión tendría por cometido servir de palanca para descoyuntar la fracción de Stalin, que era la verdadera espina dorsal de aquel régimen burocrático a la par que creaba dentro del partido las condiciones necesarias para que yo pudiera ocupar el puesto de sustituto de Lenin y, según su propósito, el de sucesor suyo en la presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo.

Sólo teniendo en cuenta todo esto, cobra sentido y razón de ser esa declaración suya a que se ha dado el nombre de "testamento". En ella, Lenin menciona nominalmente a seis personas, cuya fisonomía respectiva traza, sopesando muy cuidadosamente las palabras. La finalidad indiscutible que el "testamento" se proponía era facilitarme a mí la tarea de dirección. Lenin pretende, naturalmente, conseguir su propósito evitando en lo posible los rozamientos personales. Habla de todo el mundo con la mayor prudencia. A los juicios que encierran un fondo condenatorio procura rodearlos de una cierta sombra de suavidad. Completando esta táctica, corrige también con algunas salvedades la designación resuelta que hace de quien ha de ocupar el primer lugar. Pero al llegar a la silueta que traza de Stalin, el documento cambia de tono, y el tono cobra carácter manifiestamente hostil en la apostilla puesta más tarde por su autor al "testamento".

Hablando de Zinovief y de Kamenef, dice, como el que no quiere la cosa, de pasada, que su capitulación del año 17 no tenía nada de "casual"; es decir, que lo llevaban en la masa de la sangre. Es evidente -da a entender-que hombres como éstos no eran capaces de acaudillar una revolución, pero aconseja que no se les eche en cara su pasado. De Bujarin dice que, si bien no es un marxista, sino un escolástico, es un hombre muy agradable. De Piatakof, que era muy capaz en el terreno administrativo, pero como político una nulidad; que acaso estos dos últimos, Bujarin y Piatakof, pudiesen aprender todavía algo; que el más capaz de todos era Trotsky, si bien tenía un defecto: exceso de confianza en sí mismo. Que Stalin era hombre zafio, desleal, que propendía al abuso de los poderes confiados a él por el partido. Y que era necesario removerle, para evitar una escisión. Tal es el sentido que inspira todo el "testamento", viniendo a completar y explicar la propuesta que Lenin me hiciera la última vez que conversamos.

Lenin no llegó a saber con certeza quién era Stalin hasta después de Octubre. Le tenía en cierta estima por su dureza de carácter y su sentido práctico, hecho en tres cuartas partes de astucia. Pero, a cada paso que daba, tropezaba siempre con su gran ignorancia,

con su increíble estrechez de horizonte político y con una tosquedad moral y una falta de escrúpulos verdaderamente extraordinarias. Stalin escaló el puesto de Secretario general contra la voluntad de Lenin, que sólo le toleró allí mientras él pudo dirigir personalmente el partido. En cuanto se reintegró al trabajo, después del primer ataque, con la salud quebrantada, Lenin no dejó de ocuparse un solo momento del problema de la dirección del partido, en todo su alcance. De esta preocupación nació la conversación que tuvo conmigo, como más tarde el "testamento". Las últimas líneas de este documento fueron escritas el día 4 de enero. Desde aquella fecha aún transcurrieron dos meses, en los cuales se aclaró totalmente la situación. Ahora, Lenin ya no se contentaba con preparar la destitución de Stalin del cargo de Secretario general, sino que se disponía a hacer que fuese descalificado por el partido. En todas las cuestiones que se planteaban: en la del monopolio del comercio exterior, en la cuestión de las nacionalidades, en la del régimen del partido, en la de la inspección de los obreros y campesinos y en punto a la comisión de vigilancia, toda su preocupación, sistemática y tenazmente manifestada, era encauzar las cosas de tal modo que en el 12.º congreso que había de celebrarse pudiera asestar muerte al burocratismo, al régimen de pandillaje, al funcionarismo, al despotismo, a la arbitrariedad y a la grosería, en la persona de Stalin.

¿Le hubiera sido dado a Lenin llevar a cabo la renovación de personas que se proponía dentro del partido? En aquellos momentos, indudablemente. Había precedentes en abundancia, y entre ellos, uno bastante próximo y muy elocuente. Durante, la convalecencia de Lenin, ausente éste en el campo y ausente yo también de Moscú, el Comité central, en noviembre de 1922, tomó, por unanimidad, un acuerdo que asestaba al monopolio del comercio exterior una puñalada por la espalda. Lenin y yo, cada cual por su parte y sin previo convenio, alzamos el grito contra aquello; luego, nos pusimos de acuerdo por carta y tomamos nuestras medidas combinadamente. A las pocas semanas, el Comité central derogaba el acuerdo, con la misma unanimidad con que lo adoptara. El día 21 de diciembre, Lenin me escribió una carta celebrando el triunfo en los siguientes términos: "Camarada Trotsky: Por lo visto, hemos conseguido tomar la posición sin disparar un solo tiro, por medio de una simple maniobra. Mi parecer es que no debemos detenernos aquí, sino seguir atacando..." Es seguro que nuestra campaña combinada contra el Comité hubiera terminado en una franca victoria a comienzos del año 23. Y no me cabe la menor duda de que, si en vísperas del 12.º congreso del partido, yo hubiera roto por mi cuenta el fuego contra el burocratismo staliniano, acogiéndome a la idea en que se inspiraba el "bloqueo" concertado con Lenin habría conseguido una victoria completa sin necesidad de que éste interviniese. Lo que no aseguro es que hubiera conseguido sostener indefinidamente esta victoria. Para poder decir a ciencia cierta hasta cuándo hubiera logrado yo mantener mi posición triunfante, habría que tener en cuenta una serie de procesos objetivos que se desarrollaron en el país, entre la clase obrera y en el seno del propio partido. Este es ya un tema aparte, y de bastante consideración. En el año de 1927, N. K. Krupskaja hubo que decir que, de vivir Lenin, Stalin le tendría recluído ya, seguramente, en una cárcel. Creo que no se

equivocaba. No se trata exclusivamente de la persona de Stalin, sino de las fuerzas y circunstancias de que Stalin, aun sin saberlo, es expresión. Pero en los años 1922 y 1923, aún era posible conquistar el puesto de mando dando abiertamente la batalla a la fracción, que empezaba a formarse rápidamente, de los funcionarios socialnacionalistas, los usurpadores del partido, los explotadores. de la revolución de Octubre y los epígonos del bolchevismo. El obstáculo principal que se alzaba ante esta batalla era el estado de Lenin. Confiábamos en que volvería a salir del ataque, como había salido del primero, y que tomaría parte personal en las tareas del 12.º congreso, como él mismo daba por supuesto al celebrarse el anterior. Los médicos nos daban esperanzas, aunque cada vez con menor firmeza. La idea de un "bloque" entre él y yo para dar la batida al aparato y a la burocracia, era sólo conocida, por aquel entonces, de Lenin y de mí, aunque los demás vocales del Buró político sospechaban algo. Las cartas de Lenin a propósito de la cuestión nacional y el "testamento" permanecían en el mayor secreto. Mi campaña se hubiera interpretado, o a lo menos hubiera podido interpretarse, como una batalla personal reñida por mí para conquistar el puesto de Lenin al frente del partido y del Estado. Y yo no era capaz de pensar en esto sin sentir espanto. Parecíame que ello había de producir una desmoralización tal en nuestras filas, que, aun dado caso de que triunfase, pagaría el triunfo demasiado caro. En todo los planes y cálculos que pudieran hacerse, se deslizaba siempre un factor decisivo, que era una incógnita: el propio Lenin y su estado de salud. ¿Estaría él, para entonces, en condiciones de exponer personalmente su opinión? ¿Llegaría a tiempo de hacerlo? ¿Sería el partido capaz de comprender que, al dar esta batalla, Lenin y Trotsky luchaban por el porvenir de la revolución, y que no era Trotsky personalmente el que se debatía por ocupar la vacante de Lenin? Dada la posición especial que éste ocupaba dentro del partido, la incertidumbre reinante acerca de su estado convertíase en una incertidumbre acerca de la situación del partido en general. El estado de interinidad se iba alargando. Y la demora laboraba por los epígonos, puesto que Stalin, como Secretario general que era, se veía convertido, de hecho, durante el "interregno", en el verdadero jefe.

Vinieron los primeros días de marzo de 1923. Lenin seguía postrado en su lecho de enfermo, en el gran edificio del Senado. Se avecinaba el segundo ataque, precedido por una serie de pequeños síntomas monitorios. Yo hube de meterme en cama durante varias semanas con un ataque de ciática. Teníamos el domicilio en la antigua "Casa de los Caballeros", separada de las habitaciones de Lenin por el gigantesco patio del Kremlin. Ni él ni yo podíamos acudir al teléfono. Además, a Lenin le habían sido terminantemente prohibidas por los médicos las conversaciones telefónicas. Dos secretarías suyas, Fotieva y Glasser, nos servían de enlace. Me dijeron, por encargo de Wladimiro Ilitch, que éste estaba extraordinariamente disgustado con la campaña que venía haciendo Stalin para preparar el Congreso del partido y, sobre todo, con las maquinaciones que urdía en Georgia para formar las fracciones del modo que mejor le conviniese. "Wladimiro Ilitch prepara una bomba contra Stalin, para el congreso del partido." Tales fueron, literalmente, las palabras de Fotieva. Lo de la "bomba" procedía del propio Lenin. "Wladimiro Ilitch quiere que tome usted por su cuenta lo de Georgia;

sabiendo que usted se encarga de ello, se quedará tranquilo." El día 5 de marzo Lenin dictó las siguientes líneas, dirigidas a mí:

"Estimado camarada Trotsky: Querría rogarle a usted muy encarecidamente que se encargase de defender en el Comité central del partido la causa de Georgia. El asunto está encomendado de momento a los cuidados de Stalin y Dserchinsky, de cuya imparcialidad no puedo fiarme. Antes al contrario. Si usted quisiera hacerse cargo de la defensa, me quedaría tranquilo. Si por cualquier razón no pudiera acceder a ello, le ruego que me devuelva todos los materiales, en cuyo caso interpretaré la devolución en sentido negativo. Le saluda cordialmente como camarada, Lenin."

¿Por qué se habrá embrollado tanto este asunto?, me pregunté. Resultó que Stalin había vuelto a defraudar la confianza que Lenin pusiera en él. Para afirmar su influencia sobre Georgia, no tuvo inconveniente-a espaldas de Lenin y de todo el Comité central, auxiliado por Ordchonikidse y sin que Dserchinsky lo viese tampoco con malos ojos-en echar la zancadilla a los mejores elementos del partido, cubriéndose ilegítimamente con la autoridad del Comité central, que no tenía. Se aprovechó de la circunstancia de que Lenin, postrado en cama, no podía hablar con los compañeros, para informarle mentirosamente. Pero Lenin encargó a sus secretarias que le reuniesen todos los materiales y elementos de juicio que hubiese acerca del asunto y resolvió intervenir personalmente. Es difícil saber qué le indignaría más, si la deslealtad personal de Stalin o la tosca política burocrática seguida por éste en el problema de las nacionalidades. Acaso fuesen las dos cosas a la vez. Se preparó para la lucha, pero temía no poder intervenir personalmente en el Congreso, y esto le traía enormemente preocupado.

-¿Por qué no habla usted del asunto con Zinovief y Kamenef?-le sugirieron las secretarias.

Pero él rechazó de mal humor la sugestión. Preveía claramente que Zinovief y Kamenef, en cuanto él abandonase la dirección de los negocios, se conjurarían con Stalin contra mí, traicionándole, por consiguiente, a él mismo.

-¿Saben ustedes qué posición ha tomado Trotsky en el asunto de Georgia?-preguntó Lenin a sus secretarias.

-Trotsky intervino en el pleno, y lo hizo coincidiendo en un todo con el pensamiento de usted-contestó la Glasser, que había desempeñado en el pleno las funciones de secretaria.

-¿Está usted segura?-tornó a preguntar Lenin.

-Lo estoy; Trotsky acusó a Ordchonikidse, a Woroshilof y a Kalinin de que planteaban falsamente la cuestión de las nacionalidades.

-¡Entérese usted bien!-le dijo Lenin.

Al día siguiente, la Glasser, me entregó en el transcurso de la sesión del Comité central, que se celebraba en mi domicilio, una esquela en que resumía concisamente mi discurso del día anterior, terminando con estas palabras: "Dígame si le he entendido a usted bien."

-¿Para qué quiere usted saberlo?-le pregunté.

-Me lo pregunta Wladimiro Ilitch-me contestó. „Está bien“, le dije por escrito.

Stalin observaba un tanto inquieto aquel intercambio de esquelas... Después que Wladimiro Ilitch hubo leído lo que habíamos escrito en el papel-me contó más tarde la Glasser-, se puso muy contento y dijo: „¡Ah, ahora la cosa cambia de aspecto!“, y me encargó que le entregase a usted todos estos materiales manuscritos que estaban destinados a servir para su „bomba“ en el 12.º congreso. Ahora, ya veía claras las intenciones de Lenin: quería exponer ante el partido entero, sobre el ejemplo de la política de Stalin, y de una manera despiadada, los peligros que encerraba aquella degeneración burocrática de la dictadura.

-Kamenev sale mañana para una Conferencia del partido en Georgia-le dije a la Fotieva, la otra secretaria. Me gustaría hacerle conocer las notas de Lenin para convencerle de que siguiese en Georgia una línea de conducta acertada. Pregúntele usted a Ilitch. Un cuarto de hora después, la Fotieva volvía, jadeante, diciendo:

-¡De ninguna manera!

-¿Y por qué?

-Wladimiro Ilitch dice que Kamenev le ira inmediatamente con el cuento a Stalin y que éste simulará llegar a una avenencia, para luego faltar a ella.

-¿Pero tan allá han llegado las cosas, que Ilitch no cree ya posible llegar a una avenencia provechosa con el propio Stalin?

-No, Ilitch no se fía de Stalin, y se propone atacarle abiertamente delante de todo el partido. Tiene preparada una bomba.

Como una hora después de esta conversación, la Fotieva volvió a donde yo estaba, con una carta de Lenin dirigida a Mdivani, un viejo revolucionario, y a otros adversarios de la política de Stalin en Georgia. Lenin les decía: “Estoy pendiente con verdadero interés de vuestro asunto. Me tiene profundamente indignado la grosería de Ordchonikidse y la tolerancia que están mostrando Stalin y Dserchinsky. Preparo materiales y un discurso para intervenir en vuestra defensa.” De esta carta dirigía una copia a mí y otra a Kamenev. Esto me extrañó.

-¿Es que Wladimiro Ilitch lo ha pensado mejor?-pregunté a la secretaria.

-Sí, su estado de salud empeora por momentos. No se puede hacer caso de los informes tranquilizadores que dan los médicos. Ya le cuesta esfuerzo

hablar. Lo de Georgia le tiene preocupadísimo, y teme que la enfermedad le imposibilite para tomar cartas en el asunto. Al darme la carta, me dijo: “Conviene, para no perder tiempo, actuar resueltamente, anticipándose.

-¿Entonces, eso quiere decir que puedo hablar ya con Kamenev?-Sin duda alguna.

-Vaya usted a llamarle de mi parte.

Kamenev tardó cosa de una hora en presentarse. Venía en un estado de completa perplejidad. El plan del trío Stalin-Zinoviev-Kamenev hacía ya tiempo que estaba ultimado. El vértice de este triángulo se enderezaba contra mí. Toda la misión que se proponían aquellos conspiradores era preparar una base firme de organización contra Trotsky y coronar al trío como sucesor legítimo de Lenin. La breve carta de éste venía a clavarse en el plan como una aguzada quilla. Kamenev no sabía cómo había de

conducirse, y me lo confesó con bastante sinceridad. Le di a leer las notas de Lenin. Era lo bastante experto como político para comprender en seguida que lo que a Lenin le interesaba no era, pura y exclusivamente, el asunto de Georgia, sino la posición de Stalin en el partido. Kamenev me hizo algunas declaraciones complementarias. Me dijo que acababa de estar con Nadeida Constantinovna Krupskaja, llamado por ella, y que, con una gran preocupación, le había contado que Wladimiro Ilitch acababa de dictar taquigráficamente una carta para Stalin, en la que rompía todo género de relaciones con él. La causa inmediata de este paso tenía un carácter semipersonal. Stalin hacia grandes esfuerzos por mantener a Lenin aislado de toda fuente de información, comportándose bastante cínicamente, a este respecto, con Nadeida Constantinovna. -Pero usted-agregó Krupskaja-conoce a Ilitch y sabe que jamás hubiera procedido a romper las relaciones personales con Stalin, si a la vez no creyera necesario anularle políticamente.

Kamenev estaba la mar de excitado y muy pálido. El suelo vacilaba bajo sus pies. No sabía sobre qué pie pisar ni en qué dirección había de moverse. Es posible que temiese simplemente el que yo fuese a tomar represalias contra su persona. Procuré explicarle la situación, tal como yo la veía.

-Hay hombres-le dije-que son capaces de lanzarse a un peligro real para escapar de otro puramente imaginario. Tome usted nota de ello, y hágalo saber así a los demás: nada más lejos de mi ánimo que la intención de librar una batalla en el congreso del partido por ningún género de cambios de organización. Yo soy partidario del statu quo. Si Lenin recobra la salud a tiempo, cosa que por desgracia no es e esperar, procuraré volver a cambiar impresiones con él acerca de este asunto. Soy contrario de que se destituya a Stalin, de que se expulse a Ordchonikidse y de que se separe a Dserchinsky del Comisariado de Transportes. Por lo demás, estoy substancialmente de acuerdo con Lenin. Creo que debe mortificarse radicalmente la política seguida en punto a las nacionalidades, cesar en las persecuciones contra los adversarios de Stalin en Georgia y acabar con la presión administrativa que se ejerce sobre el partido; creo, además, que debemos orientarnos de una manera decidida hacia la industrialización del país y procurar que entre los dirigentes haya una colaboración honrada. La proposición presentada por Stalin en lo referente al problema nacional no es aceptable. El brutal y cínico avasallamiento por parte de los representantes de la "nación dominadora" desempeña en ella el mismo papel que la protesta y la resistencia de los pueblos pequeños, débiles y rezagados. He procurado dar a mi propuesta la forma de una serie de enmiendas hechas a la proposición de Stalin, para de este modo facilitarle el cambio de rumbo. Pero es necesario que se corrija radicalmente la orientación. Asimismo es necesario que Stalin dirija inmediatamente una carta a la Krupskaja, dándole excusas por su conducta grosera, y que esta conducta cambie realmente. No hace falta que se exponga demasiado. Aquí las intrigas sobran, y lo que hace falta es una honrada colaboración. Y en cuanto a usted-dije, refiriéndome a Kamenev-,debiera variar también radicalmente de rumbo en la Conferencia de Tiflis, para compenetrarse

con los partidarios que tiene en Georgia la política nacional de Lenin.

Kamenef respiró tranquilo. Aceptó todo lo que le propuse. Lo único que temía era que Stalin se resistiese, que se fuese a mostrar -tales fueron sus palabras- grosero y encaprichado”.

-No lo creo, pues, tal como están las cosas, no le queda apenas otra salida.

Tarde ya de la noche, Kamenef vino a comunicarme que había visitado a Stalin en el pueblecillo en que éste se encontraba, y que aceptaba todas las condiciones. Me dijo que la Krupskaja había recibido ya una carta suya disculpándose, si bien no pudo enseñarla a Lenin, que se encontraba peor. Parecióme, sin embargo, que la voz de Kamenef tenía ya otro tono que antes, al despedirse. Hasta pasado algún tiempo, no comprendí que el cambio de tono respondía precisamente al empeoramiento de Lenin. En seguida de llegar a Tiflis, recibió un telegrama cifrado de Stalin, en que éste le comunicaba que Lenin había tenido un nuevo ataque y que no podía hablar ni escribir. En la Conferencia de Georgia, Kamenef tomó partido por la política del primero contra la del segundo. Ahora que ya estaba ungido por un perjurio personal, el trío era un hecho. El ataque de Lenin no iba sólo contra la persona de Stalin, sino que se hacía también extensivo a su estado mayor, sobre todo a los cómplices y auxiliares Dserschinsky y Ordchonikidse. Sus nombres aparecen repetidamente en la correspondencia sostenida por Lenin acerca de la cuestión de Georgia.

Dserschinsky era hombre de una gran pasión explosiva. Su energía se mantenía en tensión por medio de constantes descargas eléctricas. Por insignificante que fuese la cuestión que se discutía, montaba en seguida en furia, las aletas delgadas de su nariz empezaban a temblar, los ojos despedían fuego y la voz tomaba un tono agudo, quebrándose a cada paso. A pesar de esta alta tensión nerviosa, Dserschinsky no conocía la apatía ni los estados de depresión. Encontrábase, por decirlo así, en estado de movilización continua. En cierta ocasión, Lenin hubo de compararlo a un fogoso caballo de pura sangre. En todos los asuntos en que tenía que intervenir, se le turbaba en seguida la vista y se ponía a defender con gran pasión, intransigencia y fanatismo a sus colaboradores contra cualesquiera críticas, sin que a él personalmente le tocara nada: Dserschinsky sólo vivía para la causa.

No era hombre de ideas propias. Ni se tenía tampoco, a lo menos mientras vivió Lenin, por un político. Varias veces, y en las más diferentes ocasiones, hubo de decirme: “Yo acaso no sea un mal revolucionario, pero no tengo nada de caudillo, de estadista, ni de político.” En estas palabras había algo más que modestia; esta valoración de sí mismo, era exacta, en lo substancial.. Se pasó muchos años luchando al lado de Rosa Luxemburgo y haciendo suyo, no sólo el combate que ésta libraba contra el patriotismo polaco, sino también el que sostenía contra el bolchevismo. En el año 17 se pasó al partido bolchevique. Lenin, muy satisfecho, me dijo: “No queda en él rastro del pasado.” Durante dos o tres años, sintió una afección especial por mí. Últimamente se había ido a formar en las filas de Stalin. En punto a la labor económica, su fuerte era el temperamento: imprecaba, daba impulso a las cosas, arrastraba a los demás. Pero carecía de un plan meditado respecto al desarrollo que había que

imprimir a la Economía. Compartía todos los errores de Stalin y los defendía con aquella pasión que le caracterizaba. Este hombre murió casi de pie, cuando acababa apenas de descender de la tribuna desde la que clamara iracundo contra la oposición.

Lenin entendía que al segundo aliado de Stalin, Ordchonikidse, era necesario expulsarlo del partido, como sanción contra sus actos de despotismo burocrático en el Cáucaso. Yo me opuse. Lenin me contestó por un secretario: "Al menos, por dos años." ¡Cuán lejos estaba Lenin, en aquel momento de pensar que este mismo Ordchonikidse a quien quería expulsar del partido había de llegar, corriendo el tiempo, a presidir la comisión de vigilancia proyectada por Lenin para dar la batalla a los excesos burocráticos de Stalin y mantener alerta la conciencia del partido! Aparte de los fines políticos generales que se proponía, la campaña iniciada por Lenin tenía por misión crear las condiciones más favorables para mi labor directiva, ya fuese en colaboración con él, si llegaba a reponerse, o en su sustitución, si no alcanzaba a resistir la enfermedad. Pero aquella batalla, que no pudo llevarse hasta el fin, ni siquiera hasta la mitad, dió resultados contrarios a los que se proponía. Lenin, en realidad, apenas tuvo tiempo más que a retar a Stalin y a sus aliados para el combate, sin que ello trascendiese al partido, pues no salió de entre las personas más directamente interesadas. El primer aviso sirvió para que la fracción de Stalin-que por aquel entonces se reducía al consabido trío-apretase las filas. El estado de interinidad seguía vigente. Stalin continuaba timoneando la nave burocrática. La selección artificial de personas seguía su curso veloz. Cuanto más débil se sentía el trío intelectualmente, cuando más me temía-y me temía, porque quería derribarme-, tanto más tenía que apretar los tornillos del régimen imperante dentro del partido y del Estado. Bastante tiempo después, en el año 1925, Bujarin hubo de contestarme, en una conversación privada, replicando a la crítica que yo hacía del régimen que se venía siguiendo en el partido:

-Si no nos gobernamos democráticamente, es porque le tenemos a usted.

-Procuren ustedes sobreponerse a ese miedo-le aconsejé-y vamos a ver si conseguimos trabajar de acuerdo provechosamente.

Pero aquel consejo no sirvió de nada.

El año de 1923 había de presenciar una campaña intensiva, aunque todavía recatada, para estrangular y deshacer el partido bolchevista. Lenin forcejeaba con la espantosa enfermedad. El trío forcejeaba con el partido. En la atmósfera flotaba una tensión agobiante, que al llegar el otoño había de descargarse en una tormenta de discusiones contra la oposición. Comenzaba la segunda etapa de la revolución: la campaña contra el "trotskismo". En realidad, era la campaña contra la herencia de Lenin.

LOS EPIGONOS CONSPIRAN

Corrían las primeras semanas del año 23. Avescinábase el 12.º congreso del partido. No había apenas esperanzas de que Lenin pudiese tomar parte en él. Esto planteaba, con carácter apremiante, la cuestión de quién había de pronunciar ante la asamblea el discurso-resumen acerca de la situación política. Al tratarse de esto en la sesión del Buró político, Stalin dijo: "Trotsky, naturalmente." Inmediatamente esta opinión fué sostenida por Kalinin, Rikof y Kamenev, aunque éste lo hacía visiblemente de mala gana. Yo me opuse. Al partido no podía producirle buena impresión que ninguno de nosotros intentase sustituir a Lenin. Por una vez, no tendríamos más remedio que prescindir del discurso político de orientación, limitándonos a exponer lo estrictamente necesario a propósito de algunos puntos concretos del orden del día. Además, advertí que entre nosotros mediaban diferencias en la manera de apreciar los problemas económicos.

-¿Cuáles son esas diferencias?-me replicó Stalin, y Kalinin añadió:

-En casi todos los asuntos, el Buró Político acepta las proposiciones de usted.

Zinoviev estaba de vacaciones en el Cáucaso. La cuestión se quedó sobre el tapete. Desde luego, accedí a exponer ante el Congreso la situación de la industria.

Stalin, que sabía la tormenta que sobre su cabeza iba a desencadenar Lenin, procuraba hacerme la corte por todos los medios. Dijo y repitió que el discurso político debía correr a cargo de la persona más popular e influyente del Comité central después de Lenin, que era Trotsky; que el partido lo esperaba así y que no se sabría explicar el que así no fuese. Y el caso es que sus esfuerzos por aparecer gatunamente amable conmigo me lo hacían más insoportable todavía que cuando abiertamente daba rienda suelta a su hostilidad, pues los motivos de aquellas carantoñas resaltaban con demasiada evidencia.

Zinoviev regresó del Cáucaso. A mis espaldas estaban celebrándose constantes deliberaciones fraccionales, en que por aquel entonces tomaban parte todavía pocas personas. Zinoviev hizo manifestación de sus deseos de encargarse del discurso político. Kamenev preguntó a los "viejos bolcheviques" de mayor intimidad, la mayoría de los cuales habían vivido alejados del partido por espacio de diez a quince años:

-¿Vamos a tolerar, realmente, que Trotsky se erija en jefe exclusivo del partido y del Estado?

Recatándose por los rincones, empezaban a hurgar en el pasado y a traer a la memoria las antiguas diferencias que me habían mantenido separado de Lenin. Era la especialidad de Zinoviev. Entre tanto, el estado de Lenin se había agravado bruscamente; por este lado no amenazaba, pues, ningún "peligro". El trío adoptó la decisión de que el discurso político correría a cargo de Zinoviev. Al formularse la propuesta ante el Buró político, después de bien madurada entre bastidores, yo no contradije. Todo aquello tenía un marcado carácter de interinidad. Diferencias manifiestas de criterio no las había, y no se veía tampoco que el "trío" siguiese una línea política definida. Al principio, habíanse aprobado sin debate mis tesis sobre la industria. Más tarde, cuando comprendieron

que ya no había que temer que Lenin se reintegrara al trabajo, los del trío, temerosos de que el congreso del partido fuese a prepararse demasiado pacíficamente, dieron un viraje brusco. Ahora, esforzándose en aprovechar todas las ocasiones para enfrentarme con los dirigentes del partido. En los últimos momentos, cuando ya el congreso estaba a punto de reunirse. Kamenev presentó una enmienda a mi proposición, ya aprobada, que hacía referencia a la clase campesina. No hay para qué detenerse a analizar aquí aquella enmienda, que no tenía contenido alguno teórico ni político, sino un carácter de pura provocación. Su finalidad era servir de punto de apoyo para las acusaciones que habían de hacerse-me-aunque de momento no saliesen de entre bastidores-por mi "menosprecio" de los campesinos. Tres años después, cuando había roto con Stalin, Kamenev me contó, con ese cinismo bonachón que le caracteriza, cómo se había guisado aquella acusación, que, naturalmente, ninguno de sus autores tomaba en serio.

El querer operar en política con criterios morales abstractos es una empresa condenada de antemano al fracaso. En política no hay más moral que la que se desprende de la política misma, como una de sus funciones. Pero, sólo la política que se pone al servicio de, una gran misión histórica es capaz de atenerse para sus actos a métodos morales que no admitan tacha. Al descender el nivel de los problemas políticos, desciende también, inevitablemente, su nivel moral. Es sabido que Fíguro se negaba a establecer ningún género de diferencia entre la política y la intriga. ¡Y eso que vivió antes de la era del parlamentarismo! Cuando esos predicadores moralistas de la democracia, burguesa quieren encontrar en la dictadura revolucionaria, como tal, la fuente de costumbres políticas degeneradas, no le queda a uno más que alzarse piadosamente de hombros. Sería muy instructivo poder tomar y proyectar una película del parlamentarismo moderno, aunque sólo abarcase los episodios de un año; siempre y cuando que el aparato de toma de vistas no se colocase precisamente junto al sillal del presidente del Parlamento, en el momento de ser aprobada una proposición patriótica, sino en otros lugares muy distintos: en los despachos de los banqueros y los industriales, en los rincones de las redacciones periodísticas, junto a los príncipes de la Iglesia; en los salones de las damas de la política, en los ministerios, etc., permitiendo también que la óptica de la cámara cinematográfica echase una mirada que otra a la correspondencia secreta de los caudillos de los partidos... Lo que sí puede decirse, porque es cierto, es que a una dictadura revolucionaria se la debe medir con un rasero más exigente, en punto a costumbres políticas, que a los hábitos parlamentarios. Las armas y los métodos de la dictadura reclaman, aunque sólo sea por su aguzado filo, una asepsia mucho más cuidadosa. Una zapatilla sucia no tiene gran importancia. Pero una navaja de afeitar sucia es harto peligrosa. Los métodos seguidos por el "trío" significaban ya, de suyo, un descenso en el nivel político.

La dificultad de mayor monta con que se encontraban los conspiradores era el tener que darme la batalla abiertamente, a la faz de las masas. Zinoviev y Kamenev eran conocidos de la clase obrera, que gustaba de oírles hablar. En el seno del partido, no gozaban de autoridad moral alguna. Estaba demasiado fresca en el recuerdo todavía

la conducta seguida por ellos en el año 17. A Stalin apenas lo conocía nadie, fuera del puñado de viejos bolcheviques que le rodeaba. Algunos de mis amigos me decían:

-¡Verá usted cómo no se atreven a manifestarse contra usted a la luz del día! En la conciencia del pueblo, el nombre de usted se halla inseparablemente unido al de Lenin. ¡Es muy difícil borrar de un manotazo los recuerdos de la revolución de Octubre, del ejército rojo y de la guerra civil!

Yo no compartía esta opinión. La autoridad personal tiene en política, sobre todo en política revolucionaria, una importancia muy grande, imponente acaso, pero nunca decisiva. Son procesos mucho más profundos, procesos de masas, los que deciden en última instancia la suerte de las autoridades personales. Cuando la revolución seguía una línea ascensional, las calumnias lanzadas contra los caudillos del bolchevismo no hicieron más que fortalecer el prestigio de los bolcheviques. Ahora que la revolución iba en descenso, la campaña de difamación seguida contra las mismas personas, podía ser un arma de triunfo en manos de la reacción termidoriana.

La marcha objetiva de las cosas, dentro del país y en la Palestra mundial, era favorable a mis adversarios. Y, sin embargo, no fue empresa fácil la suya. Los libros comunistas, la Prensa, los agitadores vivían con la mirada puesta en el ayer, en que resaltaban unidos los nombres de Lenin y Trotsky. Hubo que dar un viraje de 180 grados, no de una vez, naturalmente, sino en varias etapas. Para que se vea lo brusco que el viraje tenía que ser, voy a reproducir aquí algunas muestras, que dan idea del tono en que venía expresándose la Prensa del partido respecto a los caudillos de la revolución.

El día 14 de octubre de 1922, cuando Lenin se hubo reintegrado al trabajo después del primer ataque, he aquí lo que escribía Radek para la Pravda:

“Si del camarada Lenin podemos decir que es el cerebro de la revolución, que impera por el mecanismo de transmisión de la voluntad, el camarada Trotsky es la voluntad férrea, domada por el cerebro. Los discursos de Trotsky son como la voz de la campana que llama al trabajo. En ellos resalta con una gran claridad toda su importancia y razón de ser, la razón de ser de nuestra labor en los años próximos”... Y así sucesivamente. Hay que reconocer que la expansividad personal de Radek es algo proverbial: es un hombre que sabe hacer las cosas así y que sabe hacerlas también de otros modos. Pero lo que importa es el hecho de que esas palabras se publicasen en el órgano central del partido, cuando aún vivía Lenin, sin que nadie las encontrara disonantes. En el año 23, cuando la conspiración del “trío” empezaba a ser ya franca y manifiesta. Lunatcharsky fué uno de los primeros que empezaron a incensar la autoridad de Zinovief. Pero veamos de qué modo. “Cierto-escribía, trazando su silueta-que Lenin y Trotsky son las figuras más populares (con popularidad hecha de admiración o de odio) de nuestra época, acaso en toda la redondez del globo. A su lado, Zinovief, se queda un poco en segundo plano; pero Lenin y Trotsky venían siendo ya considerados en nuestras filas hacía tanto tiempo como personas de dotes tan extraordinarias; eran tan indiscutidos como caudillos, que a nadie podía causar asombro la enorme personalidad que adquirieron con la revolución.”

Si traigo aquí estos panegíricos enfáticos, de gusto tan dudoso, es pura y exclusivamente porque los necesito como elementos de juicio, para trazar un panorama completo; a modo, si se quiere, de las declaraciones de los testigos en un juicio oral.

Con verdadera repugnancia ya, véome obligado a citar a un tercer testigo: a Iaroslavsky, cuyas adulaciones son acaso más ofensivas aún de lo que puedan serlo sus calumnias. Este sujeto tiene al presente gran predicamento dentro del partido, y por su mezquino formato espiritual se puede medir todo el abismo de decadencia a que han llegado allí las cosas. Iaroslavsky pudo escalar la altura que hoy ocupa, tomando por escalones las difamaciones vertidas contra mí. Este falsificador oficial de la historia del partido se dedica a pintar el pasado como una cadena ininterrumpida de duelos entre Lenin y yo. ¡Y no digamos en lo que se refiere a la clase campesina, que yo, por lo visto, me harté de "menospreciar", de "ignorar", de cuya existencia ni siquiera "tenía noción!" Y el que tal dice es el mismo que en el mes de febrero del año 23, es decir, en un momento en que tenía que conocer perfectamente mis relaciones con Lenin y mi actitud ante el problema campesino, hablaba de mi pasado, en un largo artículo dedicado a las primeras manifestaciones de mi actividad literaria (1902), en los términos siguientes: "El brillante talento literario y publicista del camarada Trotsky le conquistó en el mundo entero el título de "rey de los polemistas", como hubo de llamarle en una ocasión el autor inglés Bernard Shaw. Quien haya seguido sus publicaciones en el transcurso de un cuarto de siglo, tenía que convencerse de que este talento se había de poner de manifiesto muy especialmente...", etc., etc.

"Seguramente que muchos conocen el retrato célebre de Trotsky en su juventud... (etc.). Debajo de aquella espaciosa frente, hervía ya por aquel entonces un río desbordado de imágenes, de pensamientos, de sentimientos, que desviaban a Trotsky de vez en cuando de la gran calzada histórica, que le obligaban unas veces a dar un gran rodeo, y otras, por el contrario, a romper sin miedo por entre lo que parecía impenetrable. Pero en todas estas rebuscas por encontrar el camino acertado, vemos delante de nosotros a un hombre entregado en cuerpo y alma a la revolución, con todas las dotes del tribuno, con una palabra tajante y flexible como el acero, que se clava en el adversario...", etc.

"Los siberianos-sigue desbocándose Iaroslavsky, unas líneas más abajo-leían con entusiasmo aquellos brillantes artículos, y los esperaban con impaciencia. Sólo unos pocos sabían quién era el autor, y los que conocían a Trotsky estaban muy lejos de pensar, en aquella época, que llegaría a ser uno de los caudillos más prestigiosos del ejército más revolucionario y de la revolución más avanzada del mundo."

Veamos ahora qué hay de verdad en mi "ignorancia" del problema campesino. Aquí, Iaroslavski se embrolla todavía más. Resulta que mi carrera de escritor empezó precisamente con un trabajo consagrado a la aldea. Oigámosle:

"Aislado en aquella aldea siberiana, Trotsky no paró hasta penetrar en todos los detalles de la vida aldeana. A lo primero que consagró su atención fué a la organización administrativa de la aldea en Siberia.

En una serie de correspondencias enviadas al periódico, traza una pintura brillante de

esta organización..." Y más adelante: "En torno suyo, Trotsky no veía más que la aldea. Sufría con sus miserias. Le oprimía aquella tiniebla y aquella ausencia de todo derecho." Iaroslavsky acababa pidiendo que mis artículos sobre la aldea pasasen a las antologías. Y esto ocurría en febrero de 1923, es decir, en el mismo mes en que se inventaba la versión de mi indiferencia ante los problemas del campo. Lo que ocurría era que el autor de ese artículo se encontraba, a la sazón, en Siberia y no podía, por este motivo, estar iniciado en el nuevo rumbo que tomaba el "leninismo".

La última muestra que voy a exhibir procede del propio Stalin. Ya al celebrarse el primer aniversario de la revolución de Octubre, publicó un artículo que no tenía más finalidad que atacarme veladamente. Para explicarse esto, precisa recordar que durante el período de preparación de la revolución de Octubre, Lenin hubo de ir a esconderse a Finlandia, que Kamenev, Zinoviev, Rikof y Kalinin se oponían al alzamiento armado, y que de Stalin no había ser viviente que pudiera dar la menor noticia. El resultado de todo esto fué que el partido asociase el movimiento de Octubre muy principalmente a mi nombre. Pues bien; en el primer aniversario, Stalin procuraba disipar esta idea, contraponiendo la dirección colectiva del Comité central a la mía. Sin embargo, para dar un cierto aire de justificación a sus palabras, veíase obligado a escribir lo que sigue: "Toda la labor práctica de preparación del movimiento corrió directamente a cargo del presidente del Soviet de Petrogrado, Trotsky. Y puede afirmarse con absoluta seguridad que si la guarnición se pasó tan rápidamente al lado de los Soviets y los trabajos del Comité revolucionario de Guerra se organizaron tan acertadamente, el partido lo debe, muy en primer término, al camarada Trotsky."

El que Stalin escribiese en tales términos, debíase pura y exclusivamente a que en aquel entonces hasta a él se le hacía imposible escribir de otro modo. Tenían que pasar varios años de furiosa batida para que Stalin pudiera atreverse a decir en voz alta: "Ni en el partido ni en la revolución de Octubre tuvo ni pudo tener el camarada Trotsky papel alguno importante..." Cuando alguien le hizo notar la contradicción, limítense a contestar con una tosca grosería.

El "trío" no podía enfrentarse conmigo en nada. Por eso su táctica era enfrentarme con Lenin. Pero para esto era necesario que Lenin se viese privado de toda posibilidad de enfrentarse, a su vez, con el "trío". En otros términos, la campaña preparada por el "trío", para llegar a un remate victorioso, necesitaba que Lenin estuviese desahuciado o embalsamado ya en el mausoleo. Mas tampoco esto bastaba. Hacía falta que yo me alejase del frente de combate mientras duraba la campaña. También esto lo consiguieron, en el otoño de 1923.

Yo no hago aquí filosofía de la historia, sino que me limito a relatar mi vida sobre el fondo de los acontecimientos, con los que hubo de estar relacionada. Pero no puedo por menos de notar incidentalmente con qué celo lo fortuito se pone siempre al servicio de lo racional. Hablando en términos generales, lo que ocurre es que el fondo racional de todo el proceso histórico se refleja y descompone en una serie de hechos casuales. Usando términos de biología, podríamos decir que las leyes racionales de la historia

se van realizando a través de una selección natural de casualidades. Sobre esta base se desarrolla la actividad consciente del hombre, que consiste en someter los eventos casuales a una selección artificial. Pero aquí he de interrumpir por un momento el relato para decir algo acerca de mi amigo Iván Vasilievich Saizef, natural de la aldea de Kaloshino, situada junto al río Dubna. La comarca se llama Sabolotie,¹ y es, como indica ya su nombre, rica en caza de pantanos. El río Dubna forma aquí una ancha pradería pantanosa, de cerca de cuarenta kilómetros de largo, con pantanos, lagos e islas separadas por canales y cercadas de juncos. En la primavera, se concentran en esta comarca bandadas de patos, de grullas, de ánades de todas las especies, de diversas variedades de chochas y toda esa suerte de bichos que pueblan las superficies pantanosas. Como a unos dos kilómetros de distancia, en el monte bajo, entre colinas de musgo y matas de arándanos, se hacen el amor los gallos monteses. Iván Vasilievich va haciendo deslizarse por el canal adentro, entre las orillas pantanosas, el estrecho bote, que tripula con un corto timón. El canal procede de hace muchos años, doscientos o trescientos, y todos los años hay que dragarlo para que el lodo no lo ciegue. Salimos de Kaloshino al filo de la media noche, para llegar a la cabaña antes de que salga el sol. A cada paso que damos, los pies se hunden en el suelo turboso y encenagado. Al principio, me daba miedo, pero ya la primera vez que vine me dijo Iván Vasilievich:

-Avanza sin miedo, que en el lago ya se han ahogado algunos, pero aquí, en los pantanos, todavía no se ha ahogado nadie.

El bote es tan ligero y zozobante, que lo mejor, sobre todo cuando sopla el aire, es ir tumbado de espaldas sin moverse. Los boteros se ponen generalmente de rodillas, por lo que pueda ocurrir. Sólo Iván Vasilievich va erguido, todo lo alto que es, a pesar de que cojea de una pierna. Iván Vasilievich es el rey de los patos de esta comarca. Ya su padre, su abuelo y su bisabuelo, se dedicaron a la caza. Nada tendría de particular que un antepasado suyo suministrase los patos, los gansos y los cisnes para la cocina de Iván el Terrible. Los gallos monteses, los faisanes silvestres y las chochas no le interesan gran cosa.

-Eso no es de mi competencia-suele decir, concisamente.

En cambio, conoce al dedillo todo lo que a los patos se refiere: conoce sus plumas, el tono de su voz, su alma de pato. De pie en el bote, se agacha a cada poco a coger una pluma que flota en la superficie del agua, la examina y declara:

-Vamos a encaminarnos a Gushtchino, pues anoche durmieron allí los patos...

-¿Por qué lo sabes?

-¿No ves cómo las plumas flotan sobre el agua? Son plumas frescas, caídas del pájaro anoche, pues no están apenas mojadas, y los patos no han podido dirigirse más que a Gushtchino, como te lo digo.

Y mientras que los otros cazadores retornan con una o dos parejas, nosotros volvemos con diez, y a veces hasta con quince piezas cobradas. Para él el trabajo y para mí el honor, como con tanta frecuencia acontece en la vida. Llegados a la cabaña, hecha de juncos,

1- Nombre derivado de la palabra "boloto", pântano.

Iván Vasilievich se lleva la mano sarmentosa a los labios y se pone a gorjear como una hembra de pato, y tan bien, tan dulcemente lo hace, que el pato más cauto y fogueado no sabe resistir a la tentación y viene a dar una vuelta en torno a la cabaña, girando en el aire, o se deja caer pesadamente sobre el agua a cinco pasos de distancia: la verdad es que da a uno vergüenza tirar así. Saizef lo observa todo, lo sabe todo, lo husmea todo.

-Prepárate- me susurra-que el pato se te viene a las manos.

Yo sólo alcanzo a ver allá lejos, encima del bosque, una mancha que aletea, pero Iván Vasilievich, el gran maestro de la patería, ya ha tenido tiempo de averiguar qué variedad de pato es aquel. Y en efecto, el pájaro se viene derecho a mí. Si uno yerra el tiro, Iván Vasilievich lanza un gemido apenas perceptible, muy cortés. Y, sin embargo, quisiera uno que se lo tragase la tierra antes que oír a sus espaldas aquel lamento. Hasta la guerra, Saizef había trabajado en una fábrica de hilados. Actualmente, sigue pasando los inviernos en Moscú, trabajando de fogonero o en una fábrica de electricidad. En los primeros años después de la revolución, cuando todo el país estaba lleno de luchas y ardían los bosques y los terrenos turbosos, y los campos se veían calvos, los patos no volaban. Saizef maldecía del nuevo régimen; pero en el año 1920 volvieron los patos a transmigrar en grandes bandadas, y ya Iván Vasilievich reconoce plenamente la soberanía de los Soviets.

A dos kilómetros de aquí funcionó durante un año una pequeña fábrica de mechas de propiedad del Estado. La dirigía el antiguo fogonero de mi tren militar. La mujer y la hija de Saizef traían a casa todos los meses treinta rublos cada una, que ganaban en la fábrica.. Aquello era una riqueza fabulosa. Pero pronto la fábrica saturó de mechas toda la comarca y hubo de cerrar las puertas. Los patos volvieron A ser base del sustento de toda la familia. El día 1.º de mayo, Iván Vasilievich se vió acomodado en el escenario de un gran teatro de Moscú, entre los huéspedes de honor. Allí estaba, sentado en primera fila, con el pie cojeante recogido, un tanto perplejo, pero siempre digno, escuchando mi discurso. Le había llevado Muralof, con quien solíamos compartir las alegrías y las penalidades de la caza. Iván Vasilievich se volvió a Kaloshino, muy contento de mi discurso y contándoselo a todo el mundo en la aldea, pues lo había entendido todo perfectamente. Esto apretó todavía más los lazos amistosos que a los tres nos unían. Conviene advertir que los cazadores viejos, sobre todo los de las cercanías de Moscú, son gente poco de fiar, pues no en vano han estado en contacto durante muchos años ron los grandes señores: son maestros en adulaciones, mentiras y jactancias. Iván Vasilievich no es de éstos. Es un hombre sencillo, dotado de gran talento de observación y de dignidad personal. Y es que, en el fondo de su alma, no es un mercader, sino un artista de su profesión.

También Lenin se iba, algunas veces, a cazar con Saizef, e Iván Vasilievich enseñaba a todo el mundo el sitio donde, en el granero de madera, solía tenderse Lenin entre la paja. Lenin era muy aficionado, a la caza, aunque sólo salía muy de tarde en tarde. Y cazando, a pesar de la perseverancia enorme que tenía para las grandes cosas, se acaloraba extraordinariamente. Así como los estrategas geniales son generalmente

malos jugadores de ajedrez, los genios políticos, que tienen gran pulso y mirada certera para sus blancos, suelen ser cazadores mediocres. Todavía me acuerdo de cuando me contó, con tono de desesperación, como algo que jamás podía ya repararse y de que la conciencia le acusaba, que, dando una batida al zorro, había errado el tiro a veinticinco pasos de la bestia. Yo le comprendí perfectamente, y sentí el corazón invadido de simpatía y de piedad.

No tuve nunca ocasión de salir de caza con él, a pesar de que llegamos a concertarnos muchas veces, fijando el día como cosa decidida. En los primeros años después de la revolución, no había ni que pensar en semejante cosa. Lenin salía alguna que otra vez al campo, pero yo no podía abandonar ni por un instante el tren, el cuartel general o el automóvil, y pasé todos aquellos años sin coger una sola vez la carabina. En los últimos tiempos, después de sofocada la guerra civil, siempre surgía algo imprevisto a interponerse en nuestros planes. Luego, vino su enfermedad. Poco antes de meterse en cama, nos habíamos concertado para reunirnos a cazar en el río Shosha en la provincia de Tver. Pero el auto en que iba Lenin se quedó parado en medio del campo, y yo no podía esperar más. Después de reponerse del primer ataque, riñó una batalla porque le permitiesen salir de caza. Por fin, cedieron los médicos, a condición de que no se fatigase demasiado. En una reunión que se celebraba, si mal no recuerdo, para asuntos agronómicos, Lenin fué a sentarse junto a Muralof y le preguntó:

-¿Creo que sale usted de caza muchas veces con Trotsky?

-Sí, alguna que otra vez.

-¿Y qué, cazan ustedes mucho?

-A veces, no se da mal.

-¿No quieren ustedes llevarme consigo?

-¿Puede usted?-le preguntó, prudentemente, Muralof.

-Sí que puedo; me han dado permiso... De modo que me llevan ustedes, ¿verdad?

-Con mucho gusto, por supuesto, Vladimiro Ilitch, ¿cómo no habíamos de llevarle?

-Entonces, ya les telefonaré; quedamos en eso.

-Le esperamos a usted.

Pero Ilitch no telefoneó. Fué la enfermedad la que llamó a su puerta. Y luego la muerte.

He tenido que dar todo este rodeo para contar cómo y por qué en aquel domingo del mes de octubre de 1923 me encontraba en Sabolotie, en los pantanos, entre los juncos. La noche había sido fría y la pasé sentado en zapatillas dentro de la tienda. Pero, a la mañana siguiente, el sol calentaba de firme y pronto la niebla se disipó sobre los pantanos. En la orilla, en una de las alturas, me esperaba el automóvil. Davidof, el chofer, que había hecho a mi lado toda la guerra civil, ardía, como siempre, de impaciencia por saber cuántas piezas habríamos cobrado. Desde el bote hasta el coche no habría más de cien pasos. Pero apenas pisé en el suelo, calzado como iba con zapatillas de fieltro, se me encharcaron los pies de agua. Antes de que pudiera alcanzar a saltos el automóvil, tenía los pies completamente helados. Me senté al lado del chofer,

me descalcé y me calenté las piernas en el motor. Pero el enfriamiento se apoderó de mí y tuve que meterme en la cama. Después de la gripe, sobrevino una fiebre criptógena. Los médicos me prohibieron abandonar el lecho, que hube de guardar todo lo que quedaba de otoño y durante el invierno. Es decir, que mientras se desarrollaba toda la discusión en torno al "trotskismo", durante el año 23, yo tenía que estarme atado a la cama. Puede uno prever las revoluciones y las guerras. En cambio, no es tan fácil prever las consecuencias que pueden derivarse de una excursión de caza a los patos, en el otoño.

Lenin yacía enfermo en Gorki, yo en el Kremlin. Los epígonos extendieron el radio de la conspiración. En la primera época habían actuado taimadamente, bajo el manto de la lisonja, pero procurando mezclar en las alabanzas una dosis cada vez mayor de veneno. Hasta el más impaciente de todos los conjurados, que era Zinovief, embozaba las calumnias en bellos giros oratorios. "De todos es conocida la autoridad del camarada Trotsky-dijo Zinovief el día 15 de diciembre (1923), en una asamblea del partido, celebrada en Petrogrado-como lo son también sus méritos. Entre nosotros, esto no es menester proclamarlo, porque todos los conocernos. Pero no por ello las faltas dejan de ser faltas. Yo, siempre que cometí algunas, fui reconvenido duramente por el partido..." Y por ahí adelante, siempre en el mismo tono de cobarde acusación, que fué durante algún tiempo el diapasón de los conjurados. Su voz no cobró un tono de franqueza hasta que no tantearon todas las posibilidades y comprendieron que tenían las posiciones conquistadas.

Nació toda una industria, consistente en la fabricación de prestigios artificialmente improvisados, en la invención de biografías fantásticas, en una campaña de propaganda caudillista: servicios todos ejecutados por encargo. Una rama de esa industria hubo de consagrarse, especialmente a la cuestión de las presidencias de honor. Desde Octubre, venía siguiéndose como práctica usual la de elegir a Lenin y a Trotsky para la presidencia de honor de las infinitas asambleas que se celebraban. El emparejamiento de estos dos nombres pasó a formar parte del lenguaje usual, de los artículos de periódico, de las poesías, de las canciones populares. No había más remedio que desarticular aquella pareja de nombres, aunque fuese por la fuerza, para poder enfrentarlos el uno al otro. A lo primero, se introdujo la norma de elegir a todos los vocales del Buró político para las presidencias de honor. Luego, los fueron poniendo ya por orden alfabético. Más tarde, el orden alfabético se trastornó para establecer una nueva jerarquía de caudillaje, pasando a primer lugar el nombre de Zinovief. El ejemplo vino de Petrogrado. A poco, empezaron a componerse presidencias de honor de las que se había eliminado mi nombre. Al llegar esta supresión a conocimiento de la asamblea, resonaban protestas ruidosas. Muchas veces, el presidente veíase obligado a disculpar la mutilación diciendo que se trataba de un olvido. Los periódicos no decían, naturalmente, nada de esto. En seguida empezó a resaltar a la cabeza el nombre de Stalin. En los casos en que el presidente no conseguía imponer lo que se le ordenaba, se encargaba de corregirle la noticia que se publicaba en los periódicos. Una persona hacía carrera o perdía la que tuviese, según que su nombre figurase o no en el cuadro

de honor de la presidencia. Y esta labor, obstinada y sistemática más que ninguna otra, pretendía justificarse hablando de la necesidad de combatir el "culto al caudillismo". En la conferencia de Moscú del año 1924, Preobrachensky lanzó a los epígonos estas palabras: "Sí, también nosotros somos contrarios al "culto al caudillismo", pero nos oponemos a que se sustituya el culto a un caudillo por el culto a otros de menor cuantía."

"Aquellos fueron días terribles-cuenta mi mujer en su Diario-; días en que L. D. hubo de luchar duramente contra los vocales del Buró político. Era él solo, y enfermo, a luchar contra todos. A causa de su enfermedad, las sesiones se celebraban en nuestro domicilio. Sentada en la alcoba de al lado, le oía hablar. Hablaba con todo su ser, y parecía, por la pasión y la "sangre" con que hablaba, como si con cada uno de aquellos discursos diese una parte de sus fuerzas. Y luego, venían las réplicas frías e inertes de los otros. Ya estaba todo convenido de antemano, ¿para qué excitarse? Al terminar aquellas sesiones, a L. D. le subía bruscamente la temperatura, y tenía que salir del despacho empapado de sudor hasta los huesos, a cambiarse de ropa y meterse en la cama. Había que poner a secar la ropa interior y el traje, que estaba como si saliese de un río. Las sesiones se celebraban con gran frecuencia en el cuarto de L. D., donde estaba aquella alfombra vieja y descolorida con la que yo soñaba todas las noches como si fuera una pantera viviente; las sesiones celebradas durante el día, convertíanse por la noche en terribles pesadillas. Así fué la primera etapa de la lucha, hasta que el combate salió a la luz pública..." Los secretos de esta etapa hubieron de descubrirse más tarde, por los mismos que habían llevado la conspiración, al sobrevenir la ruptura de Zinovief y Kamenev con Stalin. Era, una conspiración en toda regla. Se organizó un Buró político secreto de "siete cabezas", integrado por todos, los vocales del Buro oficial menos yo. Para sustituirme a mí, echaron mano de Kuibyschef, actual presidente del Consejo supremo de Economía. Todos los asuntos eran despachados de antemano por esta central secreta, cuyos componentes habían concertado un seguro mutuo, para caso de peligro. Habíanse obligado entre sí a no entablar polémicas unos con otros, y a valerse de todas las ocasiones para actuar todos juntos contra mí. En las organizaciones locales se montaron también centros secretos, sometidos al negociado de Moscú por la más estricta disciplina. La correspondencia se mantenía por medio de una cifra especial. Era una organización clandestina y firmemente articulada que se levantaba dentro del partido y que en un principio sólo se enderezaba contra una persona. La selección de los elementos que habían de ocupar cargos de responsabilidad en el partido o en el Estado, se hacía ateniéndose celosísimamente a un criterio normativo: contra Trotsky. Durante el "interregno" abierto por la enfermedad de Lenin y que se iba alargando, esta labor se llevó de un modo infatigable, aunque por procedimientos cautelosos y velados, para dejar los puentes minados pero en pie, en caso de que Lenin recobrase la salud. Los conspiradores entendíanse por señas. A los candidatos que aspiraban a un cargo se les exigía que adivinasen lo que de ellos se esperaba. El que lo "adivinaba", hacía carrera, y así surgió ese procedimiento especial de ganar ascensos y escalar cumbres a que más tarde había de darse el nombre, bastante sincero de "antitrotskismo". Hasta

que no murió Lenin, no puedo campar plenamente por sus respetos esta conspiración, saliendo descaradamente a la luz del día. El proceso de selección de personas descendió un escalón más. Ahora, ya nadie podía ocupar el puesto de director de fábrica, de secretario de célula sindical, de presidente del Comité ejecutivo de una aldea, de tenedor de libros, de mecanógrafo, sin hacer profesión de fe antitrotskyista.

Los afiliados al partido que se atrevían a alzar la voz contra esta conjura, no tardaban en caer, víctimas de pérfidos ataques, que, naturalmente, se disfrazaban bajo otros pretextos, no pocas veces inventados. En cambio, aquellos elementos moralmente vacilantes a quienes en el primer quinquenio de los Soviets se había mantenido alejados del partido sin el miramiento, empezaron a conquistar posiciones, sin que para ello tuvieran que hacer más méritos que mostrar su hostilidad contra Trotsky. La campaña prosiguió desde fines del año 23 en todos los demás partidos afiliados a la Internacional comunista: unos directivos eran sustituidos y los otros ascendían, con sólo que se declarasen partidarios de Trotsky o adversos a él. Hízose una selección artificial, que no era precisamente de los mejores, sino de los más adaptables. Todo tendía a sustituir a los hombres capaces e independientes por las mediocridades que debían a la administración todo lo que eran. Y como la más perfecta expresión de aquella mediocridad administrativa, alzóse en el horizonte la estrella de Stalin.

MUERTE DE LENIN Y DESPLAZAMIENTO DEL PODER

Muchas veces me han preguntado, y aun es hoy el día en que hay quien me pregunta: "¿Pero cómo dejó usted que se le fuese de las manos el Poder?" Y generalmente, parece como si detrás de esta pregunta se dibujase la representación simplista de un objeto material que se le resbala a uno de las manos; como si el perder el Poder fuese algo así como perder el reloj o un carnet de notas. Cuando un revolucionario que ha dirigido la conquista del Poder empieza, llegado un cierto momento, a perderlo-sea por vía "pacífica" o violentamente-, ello quiere decir, en realidad, que comienza a iniciarse la decadencia de las ideas y los sentimientos que animaran en una primera fase a los elementos directivos de la revolución, o que desciende de nivel el impulso revolucionario de las masas, o ambas cosas a la vez. Los cuadros dirigentes del partido, salidos de la clandestinidad, estaban dominados por las tendencias revolucionarias que los caudillos del primer período de la revolución supieron formular clara y concretamente, y que acertaron, porque eran capaces de ello, a realizar en la práctica plena y victoriosamente. Esta capacidad fué precisamente la que les elevó a los puestos de dirección del partido, a través del partido de la clase obrera, y a través de ésta de todo el país. Esto es lo que explica que el Poder fuese a concentrarse en manos de determinadas personas. Pero las ideas que habían presidido el primer período revolucionario fueron perdiendo, insensiblemente, la fuerza sobre la conciencia de aquel sector dirigente a cuyo cargo corría directamente el ejercer el Poder sobre el país. En el propio país fueron desarrollándose fenómenos y procesos a los que en conjunto puede darse el nombre de "reacción". Estos procesos afectaban también, más o menos de lleno, a la clase obrera, incluyendo al sector organizado dentro del partido. Entre los directivos que ocupaban los puestos en la organización empezaron a despuntar aspiraciones especiales, a las que se esforzaban por subordinar en todo lo que podían la obra de la revolución. Entre los caudillos que representaban el rumbo histórico de la clase y que sabían ver más allá de la organización administrativa y el aparato burocrático, pesado, gigantesco, tan heterogéneo de composición, en que el comunista medio resultaba fácilmente absorbido, empezó a formarse una escisión. Al principio, esta escisión tenía carácter más bien psicológico que político. El pasado estaba todavía demasiado fresco en las conciencias. Las aspiraciones que presidieran el movimiento de Octubre no se habían evaporado todavía del recuerdo. La autoridad personal de los caudillos del primer período era muy grande. Sin embargo, bajo la corteza de las formas tradicionales, iba formándose una nueva psicología. Las perspectivas internacionales palidecían y se esfumaban. La labor cotidiana se tragaba a los hombres. Los nuevos métodos, creados para servir a los fines antiguos, engendraban fines nuevos, sobre todo una nueva psicología. Para muchos, la etapa actual, llamada a ser punto de paso, iba cobrando el valor de una estación de término. Se iba formando un nuevo tipo de hombre.

Los revolucionarios están hechos, en fin de cuentas, de la misma madera de los demás hombres. Pero tienen, por fuerza, que poseer alguna cualidad personal relevante que

permita a las circunstancias históricas destacarlos sobre el fondo común y articularlos en grupo aparte. El trato constante, la labor teórica, la lucha bajo una bandera común, la disciplina colectiva, el endurecimiento bajo el fuego de los peligros, van formando paulatinamente el tipo revolucionario. Así, puede asegurarse que, hay un tipo psicológico de bolchevique, perfectamente distinto del tipo menchevique. Y un ojo muy experto podría llegar incluso-con un margen pequeño de errores-a distinguir a simple vista y por la facha a un bolchevique de un menchevique.

Pero esto no quiere decir que todo en los bolcheviques fuera bolchevista. No a todos, ni siquiera a los más, les es dado compenetrarse hasta tal punto con una ideología, que la lleven a flor de piel y en la masa de la sangre, que sometan a ella los aspectos todos de su conciencia y a ella aconsonanten el mundo entero de sus sentimientos. En la masa obrera, el instinto de clase, que en los momentos críticos cobra claridad suprema, se encarga de suplir esta compenetración ideológica. Pero en el partido y en el Estado hay una capa extensa de revolucionarios que, aunque proceden en su mayoría de la masa, ya hace mucho tiempo que se han desglosado de ella y a quienes la posición que ocupan coloca en una cierta actitud antagónica frente a la masa. En ellos el instinto de clase se ha esfumado ya. Mas no tienen tampoco la firmeza teórica ni la amplitud de horizonte necesarios para abarcar en su totalidad un proceso histórico. En su psicología quedan una serie de brechas y puntos vulnerables por los que, al cambiar las circunstancias, pueden penetrar a sus anchas influencias extrañas y hostiles. En la época de la propaganda clandestina, del alzamiento, de la guerra civil, estos elementos eran simples soldados que formaban en las filas del partido. En su conciencia no resonaba más que una cuerda y esta cuerda daba el tono que el diapasón del partido marcaba. Pero, cuando la tensión empezó a ceder y los nómadas de la revolución fueron echando raíces en el nuevo suelo, comenzaron a despertar en ellos y a desarrollarse esas cualidades, simpatías y aficiones pequeñoburguesas del empleadillo satisfecho. Manifestaciones escapadas sin querer de la boca de Kalinin, de Woroshilof, de Stalin, de Rikof, le hacían a uno levantar la cabeza, de vez en cuando, con gesto de inquietud. ¿De dónde salía aquello?-se preguntaba uno. ¿Qué grifo destilaba aquellas gotas? Muchas veces, al llegar a una sesión, me encontraba con un grupo de personas que estaban conversando amigablemente y que al entrar yo cortaban bruscamente. Aquellas conversaciones no versaban sobre nada contrario a mí, sobre nada que contradijese a los principios del partido. Pero eran temas en que traspiraban el aquietamiento de una conciencia, la satisfacción y la trivialidad. En aquella gente iba naciendo la necesidad de confiarse mutuamente sus sentimientos, propensión en la que no dejaba de entrar por buena parte esa tendencia de comadrería y murmuración de las mujerucas de la burguesía. Al principio, no se avergonzaban solamente delante de Lenin y de mí; se avergonzaban ante sí mismos. Si, por ejemplo, Stalin se salía con una de sus gracias de mal gusto, Lenin, sin levantar la cabeza, metido por los papeles, echaba una mirada rápida a los que estaban sentados en torno a la mesa, como para convencerse de si todavía quedaban alguno a quien se hiciesen insoportables aquellas cosas. En

situaciones semejantes, nos bastaba una mirada fugaz o un cambio de tono en la voz, para cerciorarnos de que coincidíamos en la apreciación psicológica.

Si yo no tomaba parte en las diversiones que iban haciéndose habituales en la nueva clase gobernante, no era por motivos morales, sino porque no quería exponerme a la tortura del más terrible de los aburrimientos. Aquellas comidas, aquellas visitas asiduas a los ballets, aquellas veladas que se pasaban bebiendo y murmurando de los ausentes, como era de rigor, no tenían para mí el menor atractivo. Los nuevos jefes comprendían que yo no podía adaptarme a su régimen de vida. No hacían tampoco grandes esfuerzos para convertirme. Por eso, las conversaciones se interrumpían al presentarme yo, y los que hacían corro se separaban un poco avergonzados y con un sentimiento recatado de hostilidad contra mí. Dígase, si se quiere, que esto significaba que el Poder empezaba a írseme de las manos.

Quiero limitarme aquí al aspecto psicológico del asunto, dejando a un lado la base social a que todo aquello respondía, o sea el cambio iniciado en la anatomía de la sociedad revolucionaria. Estos cambios son siempre y en última instancia los que deciden. Sin embargo, lo que primero echa uno de ver son los efectos psicológicos en que se reflejan. El proceso interno se desarrollaba con relativa lentitud, lo cual facilitaba a los que estaban a la cabeza de las organizaciones el proceso molecular de transformación, ocultando a la vista de las masas el antagonismo entre las dos posiciones irreconciliables. Hay que añadir que el nuevo espíritu vivió durante mucho tiempo recatado bajo las fórmulas tradicionales, como lo está todavía, en parte, hoy. Esto hacía difícil saber, naturalmente, hasta dónde había llegado ya el proceso de la metamorfosis. La conspiración termidoriana de fines del siglo XVIII (preparada por el curso anterior de la revolución), se verificó de un golpe y asumió la forma de un desenlace sangriento. Nuestro Termidor presentaba, por el contrario, un carácter taimado. A la guillotina sustituía, por el momento al menos, la intriga. La falsificación sistemática del pasado, organizada con arreglo al método de la cinta sin fin, era un arma nueva en el arsenal de todos los recursos oficiales de que disponía el partido. La enfermedad de Lenin y la posibilidad de que, tarde o temprano, retornase a su puesto, daban una gran perplejidad a aquella situación interina, que duró más de dos años. Si la línea de la revolución, en aquel momento, hubiera sido ascensional, aquel paréntesis más hubiera favorecido que perjudicado a la oposición. Pero en el terreno internacional, la revolución iba de descalabro en descalabro, y el compás de espera no hizo más que favorecer al reformismo nacional y fortificó automáticamente a la burocracia stalinista contra mí y mis amigos.

De esta misma raíz psicológica brotó también la batida, verdaderamente mezquina, ignorante y estúpida, que se desató contra la teoría de la revolución permanente. Le parece a uno estar oyendo a aquellos burócratas tan pagados de sí mismos murmurar, apaciblemente sentados junto a una botella de vino o de vuelta del ballet:

-¡Ese pobre diablo no piensa más que en la revolución permanente!... De la misma mentalidad procedían las imputaciones que constantemente me andaban haciendo de que si era un hombre poco sociable, un individualista, un aristócrata, y qué

sé yo cuántas cosas más.

-¡No todo va a ser revolución, hay que pensar también un poco en uno mismo!
Este estado de espíritu tenía una franca traducción: "¡Abajo la revolución permanente!"
En esta gente, la resistencia contra los postulados teóricos del marxismo y las exigencias políticas de la revolución iba cobrando, poco a poco, la forma de una campaña contra el "trotskismo". En los pliegues de este pabellón se envolvía el pequeño burgués que empezaba a asomar la cabeza en el bolchevique. He aquí cómo "se me fué el Poder de las manos"; y conociendo las causas, fácilmente se comprenderá la forma en que ello ocurrió.

Ya dejo dicho cómo Lenin, postrado en cama y poco antes de morir, preparaba un golpe contra Stalin y sus dos aliados, Dserchinsky y Ordchonikidse. Lenin había tenido a Dserchinsky en mucha estima. Las relaciones empezaron a enfriarse cuando éste se dió cuenta de que Lenin no le consideraba bastante capaz para ocupar un puesto directivo en la labor económica. Esto fué lo que le movió a pasarse a las filas de Stalin. Pero Lenin no podía por menos de atacarle también a él, como una de las bases de sustentación del jefe. A Ordchonikidse tenía el propósito de expulsarle del partido, porque se había comportado como un general gobernador en plaza sitiada. La carta en que Lenin ofrecía a los bolcheviques de Georgia todo su apoyo contra Stalin, Dserchinsky y Ordchonikidse, iba dirigida a Mdivani. Los destinos de estas cuatro personas revelan mejor que nada el cambio que había de introducir en el partido la fracción de Stalin. Dserchinsky pasó a ocupar, después de morir Lenin, la presidencia del Consejo Supremo de Economía, que se halla al frente de la industria toda del Estado. Ordchonikidse, el que se había visto a punto de ser expulsado del partido, fue a presidir la Comisión central de vigilancia. Stalin, no sólo siguió siendo, contra el parecer de Lenin, Secretario general, sino que obtuvo de la organización poderes inauditos. Por fin, Budu Mdivani, con el que Lenin había hecho causa común contra los stalinistas, se halla recluído en la cárcel de Tcheliabinsk. "Cambios" semejantes se realizaron en la dirección toda del partido, de la cabeza a los pies. Y no sólo esto, sino que la campaña se hizo extensiva sin excepción, a todos los partidos afiliados a la Internacional. La época de los epígonos queda separada de la época de Lenin, aparte del inmenso abismo espiritual, por una subversión completa en la organización.

Stalin es el instrumento principal de este proceso de subversión. No se puede negar que tiene sentido práctico, perseverancia y tenacidad para conseguir lo que se propone. Pero su mentalidad política no, puede ser más limitada, ni más bajo y primitivo su nivel teórico. Su libro sobre "Los fundamentos del leninismo", compuesto picando de aquí y de allá, en el que intenta rendir tributo también él a las tradiciones teóricas del partido, está plagado de errores de principiante. Como no conoce idiomas extranjeros, no tiene más remedio que informarse de segunda mano de la vida política de otras naciones. Su mentalidad es la de un empírico tozudo, carente, de toda imaginación, de talento creador. Los principales elementos directivos del partido-entre los demás apenas si se le conocía-tenían de él la impresión de que era un hombre a quien sólo se podían

encomendar funciones de segundo o tercer rango. El hecho de que al presente esté a la cabeza de la organización no le caracteriza tanto a él como al periodo transitorio de decadencia política que atraviesan los Soviets. Ya Helvetius decía que "toda época tiene sus grandes hombres, y si no los tiene... los inventa". El stalinismo es, ante todo y sobre todo, sinónimo de la labor automática de un aparato administrativo impersonal por desmontar la revolución.

Lenin murió el 21 de enero de 1924. La muerte no hizo más que liberarle de sus padecimientos físicos y morales. Aquel desamparo en que se encontraba, y sobre todo la pérdida del habla, habiendo conservado clara y lúcida la conciencia, tenía que producirle un indecible sentimiento de inferioridad. Ya no toleraba a su lado a los médicos; le indignaban su tono de protección, sus chistes banales, su falsa manera de hacer concebir esperanzas. Cuando todavía disponía del habla solía hacerles preguntas que aparentemente eran superficiales y sin importancia, pero que, en realidad, tendían a sondearlos, y sin que se diesen cuenta, los sorprendía en contradicciones, los obligaba a completar sus explicaciones, y para llegar a conclusiones más seguras echaba él mismo mano de los libros de medicina. A lo que aspiraba, en punto a su salud como en todo, era a ver claro, cualquiera que la verdad fuese. El único médico a quien consentía a su lado era Fedor Alexandrovich Guetier. Guetier, que era un médico excelente, y emancipado como hombre de todas esas fórmulas convencionales de la cortesía, sentía por Lenin y por su mujer un afecto verdaderamente conmovedor. En una época en que el enfermo había prohibido la entrada en su alcoba a todos los médicos, Guetier seguía visitándole como si tal cosa. Fedor Alexandrovich fué también, durante la revolución, íntimo amigo y médico de cabecera de mi familia. Por él teníamos noticias constantes del estado de Vladimiro Ilitch, noticias concienzudas y sinceras, que venían a completar y a corregir los informes de los partes oficiales.

Varias veces pregunté a Guetier si la inteligencia de Lenin conservaría su lucidez, caso de que curase. Guetier me contestó, poco más o menos, lo siguiente: "La fatiga se acentuará, no volverá a tener la antigua pureza de visión para el trabajo, pero el virtuoso seguirá siendo virtuoso." En el tiempo que medió entre el primero y el segundo ataque, este pronóstico se confirmó plenamente. Al terminar las sesiones del Buró Político, Lenin producía la impresión de un hombre terriblemente fatigado. Todos los músculos de la cara se le paralizaban, el brillo de la mirada se apagaba, y hasta aquella poderosa frente se quedaba un poco marchita, y los hombros le caían pesadamente; la expresión de su rostro y de toda su figura sólo puede acusarse con una palabra: agotamiento. En aquellos momentos desazonadores, Lenin parecía irremisiblemente condenado a muerte. Pero en cuanto pasaba una noche bien, recobraba toda su fuerza mental. Los artículos que escribió en el paréntesis entre el primer ataque y el segundo tienen el valor de sus mejores trabajos. La fuente seguía manando agua tan pura como los primeros días, aunque su caudal era cada vez más menguado. Guetier nos permitió concebir esperanzas aun después de reproducirse el ataque. Pero cada vez apreciaba más pesimistamente la situación. La enfermedad iba arrastrándose taimadamente. Sin cólera, aunque sin

piEDAD tampoco, las fuerzas ciegas de la naturaleza fueron reduciendo a la impotencia, inflexiblemente, al enfermo genial. Lenin no podía ni debía sobrevivir, si era para quedar inválido. Pero no nos resignábamos a perder todas las esperanzas en su curación.

Entre tanto, mi malestar iba adquiriendo un carácter difícil. "Apremiados por los médicos-escríbe mi mujer-hubimos de trasladar a L. D. a una aldea, donde Guetier visitaba frecuentemente al enfermo, del cual cuidaba con un sincero y tierno afecto. No le interesaba nada la política, pero compartía afectuosamente nuestras preocupaciones, sin saber cómo exteriorizar su sentimiento de simpatía hacia nosotros. La campaña que se había desencadenado contra nosotros le sorprendió, pues no tenía la menor noción de aquello. No la comprendía, y esperaba, dolorido, a ver en qué paraban las cosas. Estando en Arcangelskoie me dijo, con cierta excitación, que debíamos trasladar a L. D. a Suchum. Al cabo, después de muchas vacilaciones, nos resolvimos a hacerlo. El viaje, que ya era de suyo bastante largo-por Baku, Tiflis y Batum-, se nos hizo más difícil todavía de lo que era de ordinario, por las tormentas de nieve. Sin embargo, el viaje parecía ejercer sobre L. D. una acción apaciguadora. Cuanto más nos íbamos alejando de Moscú, más libres nos sentíamos de la atmósfera oprimente en que habíamos pasado los últimos meses. No obstante, yo tenía la sensación de ir acompañando a un enfermo grave. Sobre nosotros pesaba una gran incertidumbre. ¿Qué giro tomaría la vida en Suchum? ¿Quiénes nos aguardarían allí: gentes amigas o enemigos jurados?"

El 21 de enero nos sorprendió en la estación de Tiflis, camino de Suchum. Estaba sentado con mi mujer en el departamento de mi vagón en que tenía el cuarto de trabajo con una temperatura bastante alta, como siempre durante toda aquella época. Llamaron a la puerta y entró Sermux, mi fiel colaborador, que me acompañaba en el viaje. En cuanto le vi delante, con la cara pálida, mirándome con aquellos ojos fijos, comprendí que en el papel que me alargaba se anunciaba una catástrofe. Era un telegrama descifrado de Stalin, en que me comunicaba que Lenin había muerto. Alargué el papel a mi mujer, que ya lo había comprendido todo...

Pronto las autoridades de Tiflis recibieron un telegrama semejante. La noticia de la muerte de Lenin iba extendiéndose por todas partes. Hice que me pusieran en comunicación directa con el Kremlin. A mis preguntas, me contestaron: "El entierro tendrá lugar el sábado; de todas maneras usted no había de llegar a tiempo, y le aconsejamos que continúe viaje para ponerse en cura." No había, pues, opción. Luego resultó que el entierro no se celebró hasta el domingo y que hubiera tenido tiempo a llegar a Moscú para asistir a él. Por inverosímil que esto parezca, me mintieron al decirme la fecha del entierro. Supusieron, y desde su punto de vista no se engañaron, que no se me ocurriría rectificar sus indicaciones, y ya más tarde se vería el modo de encontrar una excusa. Recuérdese que al caer enfermo Lenin por vez primera, tardaron tres días en comunicármelo. Era su método. La fórmula tendía a "ganar tiempo". Los camaradas de Tiflis querían que dijese algo inmediatamente acerca de la muerte de Lenin. Pero yo sentía la necesidad apremiante de quedarme solo. Mi mano no acertaba a coger la pluma. Las pocas palabras del telegrama de Moscú me zumbaban en la cabeza. Pero los

reunidos esperaban mi respuesta. Tenían razón. Se detuvo el tren una media hora y escribí las líneas de despedida: "Lenin ya no existe. Ya nos hemos quedado sin Lenin..." Aquellas cuartillas escritas a mano fueron transmitidas inmediatamente a Moscú por el hilo directo.

"Llegamos completamente deshechos-escribe mi mujer-. No conocíamos Suchum. Las mimosas-allí hay muchas-estaban floridas. Magníficas palmeras. Camelias. Era el mes de enero y en Moscú caían unas heladas espantosas. La gente del país nos recibió muy cordialmente. En el comedor del sanatorio de reposo pendían dos retratos: uno, orlado de crespón negro; de Vladimiro Ilitch. Otro de L. D. Quisimos descolgar el segundo, pero no nos atrevimos, pues temíamos que esto pudiera interpretarse como una ostentación."

En Suchum hube de pasar días y días tendido en el balcón, con la cara vuelta al mar. A pesar de estar en enero, el sol brillaba, claro y ardiente, en el firmamento. Entre el balcón y la superficie brillante del mar se erguían las palmeras. La constante sensación de la fiebre se mezclaba con el pensamiento de la muerte de Lenin, que no dejaba de atenazarme ni un instante. Iba rememorando mentalmente las etapas todas de mi vida: mis encuentros con Lenin, nuestras diferencias y polémicas, la reconciliación, la labor común; había algunos episodios que se alzaban en el recuerdo, recortados por una pasmosa claridad. Poco a poco, iba cobrando todo contornos firmes y bien delineados. Ahora, me daba más clara cuenta de quiénes eran aquellos "discípulos" que seguían fielmente al maestro en los pequeños detalles, pero no en lo que tenía de verdaderamente grande. Con el aire del mar que entraba en mis pulmones, todo mi ser respiraba la certeza absoluta de que en aquella campaña contra los epígonos, el derecho histórico estaba de mi lado.

24 de enero de 1924. -Sobre, las palmeras, sobre el mar, flota, bajo la bóveda azul del cielo, un silencio luminoso. De pronto, una descarga cerrada desgarró el silencio. Y luego otra y otra. El eco venía de allí abajo, del lado del mar. Era el saludo de Suchum al caudillo a quien en aquella hora estaban enterrando en Moscú. Pensé en él y pensé también en aquélla que le había acompañado por la vida desde hacía tantos años, viendo el mundo todo a través de él. Y pensé cuán sola, ahora que enterraba a su camarada de vida, tenía que sentirse entre Aquellos millones de gentes que lloraban al muerto, pero no como lo lloraba ella, sino muy de otro modo. ¡Pobre Nadeida Constantinovna Krupskaia! Sentía la necesidad de hacerle llegar desde aquí una palabra de saludo, de simpatía, de amistad, pero no me decidí a escribirle. Ante la gravedad del suceso, todas las palabras parecían vanas, y me daba miedo que pudieran interpretarse como una fórmula convencional. Imagínese, mi sentimiento de gratitud, cuando los pocos días, recibí, inesperadamente, una carta de Nadeida Constantinovna. La carta decía así:

Querido Leo Davidovich:

"Le escribo a usted para comunicarle que Vladimiro Ilitch se puso a leer su libro próximamente un mes antes de morir, y lo dejó en el pasaje en que traza usted la fisonomía de Marx y de Lenin. Me pidió que volviese a leerle estas páginas, y, después de escuchar la lectura atentamente, él mismo quiso tomar en la mano el libro y volverlas a repasar.

"Otra cosa quería decirle, y es que las relaciones que unieron a Vladimiro Ilitch con

usted desde el día en que se presentó en Londres, viniendo de Siberia, no cambiaron un punto hasta la hora de su muerte.

“Le deseo a usted, Leo Davidovich, fuerzas y salud. Un fuerte abrazo de N. Krupskaja.”

En el libro que Lenin tomó en sus manos un mes antes de morir, le comparaba yo con Marx. Supe, comprender claramente la relación que mediaba entre Marx y Lenin, una relación henchida por el amor y la gratitud del discípulo y los valores patéticos de la distancia. La relación entre maestro y discípulo hubo de convertirse, por la marcha de la historia, en la relación entre el precursor teórico y el primer realizador práctico. En mi artículo, ponía de relieve el valor patético tradicional de la distancia. Marx y Lenin, dos figuras tan íntimamente unidas por la historia, y a la par tan diferentes, son para mí las dos cumbres más altas a que puede llegar el poder espiritual del hombre. Y me hizo bien saber que el propio Lenin, poco antes de morir, había leído atentamente, y acaso con cierta emoción, aquellas líneas mías, pues la figura de Marx era, a sus ojos, la medida más grandiosa que podía aplicarse a un hombre. No era menor la emoción que sentía al leer ahora la carta de su viuda. Esta carta hace resaltar los dos puntos extremos de mis relaciones con Lenin: aquel día del mes de octubre de 1902, en que, huido de la Siberia, llamé a su puerta una mañana temprano, arrancándole a su duro lecho londinense, y aquel otro día del mes de diciembre de 1923 en que Lenin hubo de leer, por dos veces seguidas, las líneas en que yo rendía un tributo de homenaje a su vida y a su obra. Entre estos dos puntos quedaban enclavadas dos décadas de nuestras vidas, unidas primero por una labor común, luego separadas por una reñida lucha intestina dentro del partido y reconciliadas al fin para una nueva labor común sobre un plano histórico más alto. Lo mismo que en Hegel: tesis, antítesis y síntesis. Y ahora, su mujer venía a decirme que, a pesar de aquel largo periodo de antítesis, la actitud de Lenin para conmigo había sido siempre la misma de Londres, es decir, una actitud de ayuda calurosa y de benevolencia cordial. Aquella breve carta de la viuda de Lenin, escrita a los pocos días de morir éste, pesaría más en la balanza de la historia, aunque sólo hubiese esta prueba, que todos los folios escritos por los falsificadores.

“Con bastante retraso a causa de las tormentas de nieve, iban llegando los periódicos, que nos informaban de los discursos y artículos necrológicos consagrados a Lenin. Los amigos de L. D. esperaban que éste se presentase en Moscú el día del entierro, pues daban por seguro que se volvería de por el camino. A ninguno se le ocurrió pensar que Stalin le había cerrado el paso con su telegrama. Me acuerdo de la carta que nos escribió a Suchum nuestro hijo. Le conmovió extraordinariamente la muerte de Lenin, y con 40 grados bajo cero, envuelto en su delgado abrigo, desfiló con muchos otros por el Salón de las Columnas para dar el último adiós al muerto, y esperó, esperó, esperó en vano nuestra llegada. En su carta se leía, entre líneas, un amargo disgusto y un velado reproche.” Hasta aquí, no hago más que reproducir las notas del Diario de mi mujer.

En Suchum me visitó una comisión del Comité central, compuesta por Tomsky, Frunce, Piatakof y Gussief, para cambiar impresiones conmigo acerca de las reformas que era

necesario introducir en el Comisariado de Guerra. Todo aquello era una pura comedia. El personal del Comisariado había sido ya renovado en lo que les convenía o se estaba renovando a toda máquina, sin que yo me enterase. Pero querían guardar aún las apariencias.

El primero que sufrió las consecuencias del cambio en el departamento de Guerra fué Skliansky. En él se vengó Stalin de los reveses de Tsaritsin, de la derrota del frente Sur y de la desdichada aventura del avance sobre Lemberg. La intriga empezaba a levantar su cabeza de víbora. Para minar el puesto a Skliansky-y a mí también, para más adelante-habían metido en el Comisariado, unos meses antes, a Unschlecht, un intrigante ambicioso e incapaz. Skliansky fué separado del cargo, y para sustituirlo nombraron a Frunse, que, hasta entonces, había estado mandando las tropas de Ucrania. Frunse era una figura bastante seria. Su pasado de presidiario pesaba más en el partido que la autoridad, demasiado joven, de Skliansky. Además, Frunse, había demostrado, indudablemente, durante la guerra, dotes de caudillo militar. Pero de asuntos administrativos del ramo entendía mucho menos, incomparablemente, que Skliansky. Frunse se entusiasmaba con los esquemas abstractos, tenía muy mal ojo para conocer a las personas y se dejaba llevar fácilmente por influencias de técnicos, principalmente de segundo rango. Pero voy a acabar de contar lo que ocurrió con Skliansky. Le destituyeron de la manera más brutal, es decir, a la manera de Stalin, sin hablar previamente con él, y le destinaron a la organización de la Economía. Dserchinsky, muy contento de quitarse de encima a Unschlecht, que desempeñaba funciones de sustituto suyo en GPU., y de conquistar para la industria el magnífico talento administrativo de Skliansky, puso a éste al frente del trust de los paños. Skliansky se alzó de hombros y se entregó en cuerpo y alma a los nuevos trabajos. A los pocos meses, decidió ir a pasar una temporada a los Estados Unidos, para ponerse al corriente de las cosas de allí y adquirir maquinaria. Antes de marchar vino a verme, para despedirse y aconsejarse de mí. Durante los años de la guerra civil habíamos trabajado los dos en la más íntima compenetración. Nuestras conversaciones habían versado, siempre más sobre compañías y batallones, estatutos militares, cursos sumarios de instrucción para oficiales rojos, suministros de cobre y aluminio a las fábricas de guerra, uniformes y ranchos, que sobre los asuntos del partido. Los dos estábamos demasiado ocupados para perder el tiempo en esas cosas. Cuando, después de caer enfermo Lenin, la intriga tramada por los epígonos empezó a extender sus tentáculos hacia el Comisariado de Guerra, yo procuraba eludir en lo posible el hablar, sobre todo con mis colaboradores militares, de los asuntos partidistas. La situación era demasiado confusa, la disparidad de criterios empezaba apenas a dibujarse, y la formación de fracciones en el ejército hubiera tenido las peores consecuencias. Luego, había caído yo enfermo. Pero, cuando volvimos a vernos en el año 1925, en que ya no estaba yo a la cabeza del departamento de Guerra, hablamos de las cuestiones planteadas en el partido.

-Y dígame usted-me preguntó Skliansky-, ¿qué representa Stalin? Skliansky le conocía sobradamente bien, pero quería que yo le trazase la fisonomía de su personalidad, y le explicase sus éxitos. Me quedé pensando un momento.

-Stalin -le dije- es la más destacada mediocridad que hay en el partido.-Esta definición se

me había ocurrido en aquel momento, revelándoseme de pronto en toda su importancia psicológica y en su aspecto social. Por la expresión de la cara de Skliansky, comprendí en seguida que le había ayudado a llegar a una conclusión de cierta importancia.

-Es asombroso-me dijo-la facilidad con que en este último período la áurea medianía y la plácida mediocridad escalan los primeros puestos en todas las esferas. Y todo esto se ha puesto bajo el caudillaje de Stalin. ¿Cómo explicarlo?

-Es la reacción que tenía que sobrevenir después de la gran tensión de energías sociales y psicológicas de los primeros años de la revolución. Puede que la contrarrevolución, si triunfa, produzca también sus grandes hombres. Pero la primera etapa, el momento termidoriano, necesita de mediocridades que no sepan ver más allá de sus narices. La ceguera política es precisamente lo que les da la fuerza; les ocurre como a la mula de noria, que cree ir cuesta arriba y camino adelante, cuando, en realidad, no hace más que dar vueltas a la rueda. Comprenderá usted que un caballo que sepa por dónde se anda no es hábil para trabajos de estos. Esta conversación me reveló en todo su alcance, con una claridad meridiana, casi me atrevería a decir que con una certeza física, los problemas de nuestro Termidor. Convine con Skliansky que a su regreso de Norteamérica seguiríamos cambiando impresiones acerca del mismo tema. A las pocas semanas llegó un telegrama anunciando que había muerto ahogado en no sé qué lago norteamericano, durante una excursión en barca. La vida tiene una reserva inagotable de invenciones malignas.

Trájose a Moscú la urna con las cenizas de Skliansky. Nadie dudaba que la colocarían en la Plaza Roja, en aquel muro del Kremlin, que es el panteón de los revolucionarios. Pero la Secretaría del Comité central decretó que se le diese tierra extramuros. Es decir, que la visita de despedida que me había hecho no pasé desapercibida, sino que se la cargaron en cuenta. El odio se pasó del hombre a sus cenizas. Además, la degradación de Skliansky entraba en el plan general de la campaña que se había declarado contra los dirigentes a quienes se debía el triunfo en la guerra civil. No creo que a Skliansky le preocupase gran cosa, en vida, el sitio donde hubieran de enterrarle, pero no puede negarse que aquella decisión del Comité central tenía todo el carácter de una perfidia personal y política. Venciendo la repugnancia, telefoneé a Molotof. Pero la decisión tomada era inquebrantable. La historia se encargará de revisar también este asunto.

En el otoño de 1924 me volvió la fiebre. Fue en el momento en que se desencadenaba una nueva discusión. Pero ésta había sido provocada desde arriba, con arreglo a un plan cuidadosamente elaborado. En Leningrado, en Moscú y en las provincias se habían celebrado previamente cientos y miles de deliberaciones secretas para preparar lo que se llamaba la "discusión", es decir, una batida sistemática y completa, que ahora no había de darse contra la oposición, sino contra mí personalmente. Cuando se hubieron terminado los preparativos, que se llevaron en secreto, a una señal que dió la Pravda, en todos los rincones y en los extremos más remotos del país, desde todas las tribunas, en las planas y columnas de todos los periódicos, en todos los escondrijos y lugarejos, se desató una campaña rabiosa contra el "trotskismo". A su modo, aquello era un espectáculo

mayestático. La calumnia tomaba las proporciones de una erupción volcánica. La masa del partido sintióse conmovida ante el ataque. Yo estaba postrado en cama, presa de la fiebre, y guardaba silencio. La prensa y los oradores en los mítines no se ocupaban más que de hacer revelaciones acerca del "trotskismo". Nadie comprendía lo que significaba todo aquello. Día tras día, se le servían al público nuevos episodios desgajados a viva fuerza del pasado, citas polémicas y artículos de Lenin, que fueran escritos veinte años antes; y estas noticias se le servían retorcidas, falseadas, desfiguradas, y todas-que era lo más importante-como si se refiriesen a hechos ocurridos el día antes. Nadie acertaba a comprender el sentido de aquellos ataques. Si aquello era verdad, tenía que haberlo sabido Lenin. ¿Después de todo aquello que contaban, no había ocurrido la revolución de Octubre? ¿Y después de la conquista del Poder, no había ocurrido la guerra civil? ¿Aquel hombre a quien se acusaba no había colaborado con Lenin en la creación de la Internacional comunista? ¿No estaban colgados en todas las salas los retratos de Trotsky junto a los de Lenin? Y así sucesivamente..., pero mientras las gentes manifestaban su asombro, el volcán de la calumnia seguía escupiendo, en frío, su lava. Y esta lava iba depositándose mecánicamente sobre la conciencia y, lo que era todavía peor, sobre la voluntad.

La actitud respecto a Lenin, que era la que cumplía frente a un caudillo revolucionario, fué suplantada por el culto rendido al pontífice máximo de una jerarquía sacerdotal. A pesar de mí protesta, se hubo de erigir en la Plaza Roja aquel mausoleo indigno y humillante para un revolucionario. Y lo malo fué que los libros oficiales que se escribían sobre Lenin se convirtieron también en mausoleos por el estilo. Las ideas del maestro fueron descoyuntadas y picadas para suministrar citas a todos los falsos predicadores. Los epígonos se atrincheraron detrás del cadáver embalsamado para dar la batalla al Lenin viviente y a mí. La masa estaba aturdida, confundida. Y sus imponentes proporciones eran las que daban valor político a aquella papilla de analfabetos. Esta papilla la aturdía, la agobiaba, la desmoralizaba. El partido fué reducido al silencio. Se implantó una dictadura descarada del aparato burocrático sobre el partido. O dicho en otros términos: el partido dejó de existir como tal. Por las mañanas me llevaban a la cama los periódicos. No hacía más que pasar la vista por encima de los telegramas, de los títulos de los artículos y las firmas de sus autores. Sabía sobradamente bien quiénes eran estos tales; sabía lo que pensaban en su fuero interno, lo que eran capaces de decir y lo que les estaba ordenado que dijeran. En la inmensa mayoría de los casos, eran hombres agotados ya por la revolución. Mas tampoco faltaban, entre ellos, los fanáticos estrechos de frente que se dejaban engañar. Había también los jóvenes intrigantes que querían hacer carrera y se apresuraban a dar pruebas de su incondicionalismo. Todos se contradecían los unos a los otros y consigo mismo. Pero aquella campaña de difamación no cesaba un momento, su clamor furibundo se alzaba de las columnas de todos los periódicos, y su estrépito ahogaba sus contradicciones y sus vacuidades. Esta campaña tenía que imponer necesariamente, a fuerza de proporciones.

"La recaída de L. D.-escribe mi mujer-coincidió con la monstruosa campaña desatada

contra él y que teníamos que sufrir como otra cruel enfermedad. Las páginas de la Pravda parecían gigantescas, inacabables; cada línea del periódico, cada letra, era una mentira. L. D. guardaba silencio. ¡Pero qué amargo se le hacía tener que callar! Todo el día desfilaban por allí amigos que iban a visitarle, y algunos le visitaban por la noche. Me acuerdo de que uno le preguntó si había leído el periódico del día. L. D. le dijo que no leía periódicos. Y era verdad, no hacía más que cogerlos, pasarles la vista por encima y dejarlos a un lado. Le bastaba mirarlos, para saber lo que decían. Conocía harto bien a los cocineros que aderezaban aquellos manjares, sin variar nunca de receta. él leer en aquellos tiempos un periódico era lo mismo, dijo un día, que "ponerse al cuello un cepillo de esos de los mecheros de gas". No hubiera habido más remedio que hacerlo, puesto en el trance de tener que contestar. Pero L. D. seguía guardando silencio. La enfermedad no cedía, sostenida por el grave, estado de nerviosidad del enfermo. Se había quedado muy delgado y pálido. En familia, procurábamos hablar lo menos posible de aquella campaña de difamación, pero no acertábamos a hablar tampoco de otra cosa. Todavía me acuerdo del trabajo que me costaba ir todos los días al Comisariado de Instrucción pública, donde tenía mí puesto. Era como si me diesen de palos. Sin embargo, nadie se atrevió ni una sola vez a hacer la menor alusión desagradable en mi presencia. Era evidente que, pese al silencio hostil de unos cuantos directivos, la mayoría de los que allí trabajaban simpatizaban con nosotros. En el partido parecía haber dos vidas: una vida interior, recatada, y aquella de que se hacía gala y ostentación, y las dos se contradecían mutuamente. Solo algún que otro temerario se atrevía a decir en voz alta lo que la inmensa mayoría de la gente sentía y pensaba, pero procurando recatar sus simpatías detrás de un muro de "votaciones unánimes".

Fué por aquellos días cuando hubo de publicarse la carta que yo escribiera en tiempos a Tcheidse contra Lenin. Este episodio, ocurrido en el mes de abril del año 1913, había tenido por origen el que el periódico bolchevista autorizado que se publicaba en San Petersburgo se había apropiado del periódico obrero que yo publicaba en Viena con el título de Pravda. El asunto condujo a uno de aquellos choques violentos en que tanto abundaba la vida de los emigrados. En aquella ocasión escribí a Tcheidse, que osciló durante algún tiempo entre los bolcheviques y los mencheviques, una carta en que daba rienda suelta a mi indignación contra el centro bolchevista y contra el propio Lenin. Puede que unas semanas después yo mismo hubiera sometido la carta a censura; pasados algunos años, la hubiera mirado como se mira un objeto curioso. Sin embargo, aquella carta estaba llamada a tener un destino especial. El departamento de Policía la pescó y allí se estuvo, olvidada en los archivos policíacos, hasta la revolución de Octubre. De allí pasó, ya en el nuevo régimen, al archivo del Instituto de historia del partido... Lenin tenía noticia exacta de la existencia de la carta, que para él, como para mí, no tenía ya más valor que el que podía tener la nieve caída el invierno pasado. ¡Pues no se habían escrito pocas cartas como aquella durante los años de la emigración! Pero llegó el 1924 y los epígonos sacaron la carta de los archivos y se la metieron por los ojos al partido, que ya por aquel entonces estaba integrado en su mayoría por hombres completamente

nuevos. No fué mero azar el elegir para la publicación de esta carta los meses que siguieron a la muerte de Lenin. No fallaba. En primer lugar, Lenin no iba ya a resucitar, para decir a aquellos caballeros lo que venía al caso. En segundo lugar, se sorprendía a las masas en un momento en que estaba vivo en ellas el dolor por la muerte del caudillo. Y aquellas gentes, que no tenían la menor noción del pasado ni de las incidencias que años atrás se desarrollaran en el partido, se encontraban de la noche a la mañana con un juicio condenatorio de Trotsky sobre Lenin. Aquello, por fuerza tenía que aturdirías. Ciertamente que aquel juicio había sido escrito hacía doce años, pero el cómputo del tiempo no existía para los métodos empleados. El uso que los epígonos hicieron de mi carta a Tcheidse se cuenta entre las grandes maniobras fraudulentas que registra la historia. La falsificación de documentos de que se valían los reaccionarios franceses en el asunto Dreyfus no eran nada, en comparación con este fraude político de Stalin y sus cómplices.

Pero, para que la calumnia se convierta en arma de poder, es menester que responda a una necesidad histórica. Algo tiene que haber cambiado en el panorama social o en el ambiente político-pensaba yo-para que la calumnia haya adquirido tan gran predicamento. Había que esforzarse en analizar el contenido de aquella campaña de difamación. Allí, en la cama, disponía de tiempo bastante para hacerlo. ¿De dónde sacaban aquella acusación que se me hacía de que quería "robar a los campesinos", que es la fórmula que todos los agrarios de extracción reaccionaria, todos los socialistas cristianos y todos los fascistas se han hartado de lanzar contra los socialistas, y no digamos contra los comunistas? ¿De dónde provenía aquella batida furiosa contra la idea de la revolución permanente, que no era mía, sino de Marx? ¿De dónde aquellas jactancias nacionalistas, que hablaban a todas horas de la posibilidad de construir un socialismo propio, al margen de la ayuda internacional? ¿Qué capas sociales eran las que necesitaban alimentarse con aquellas trivialidades reaccionarias? ¿Y, finalmente, de dónde nacía y qué perseguía este descenso del nivel teórico, este entontecimiento político? Tendido en la cama, me puse a hojear en mis antiguos artículos, y mis ojos dieron con estas líneas, escritas en el año 1909, en el momento de apogeo de la reacción stolypiniana:

"Cuando la curva del proceso histórico presenta tendencia ascensional, la idea social se hace más aguda, más audaz, más inteligente. Abarca los hechos y los hilvana al vuelo con el hilo de la generalización... Pero tan pronto como la curva política se pone a descender, la necedad se adueña de la idea social. El precioso talento de generalización desaparece sin dejar rastro. La necedad hácese cada vez más atrevida y se burla, rechinando los dientes, de toda tentativa seria de generalización, comprende que tiene el terreno por suyo y empieza a ejercer el poder a su modo." Uno de los instrumentos más importantes, de que se sirve es la calumnia.

Y me dije: estamos atravesando por un período de reacción. Las clases se están desplazando políticamente. La conciencia de clase está sufriendo un profundo cambio. Tras del primer impulso y la tensión ascensional, viene la retirada. ¿Hasta dónde irá? Desde luego, se detendrá antes de llegar al punto de partida. Pero nadie puede señalar, de antemano los límites en que ha de contenerse. Dependerá de la pugna entre las

fuerzas internas que se desaten. Lo primero es darse cuenta de la realidad de las cosas. Los profundos procesos moleculares de la reacción pugnan por romper la envoltura y salir a luz. Su aspiración es emancipar la conciencia social de las ideas, las palabras y las figuras vivientes del movimiento de Octubre, o a lo menos, atenuar la relación de dependencia que la unen a ellas. Tal es el sentido y razón de ser de lo que está ocurriendo. No caigamos en vanos subjetivismos. No nos queramos enfadar con la historia ni sentirnos ofendidos porque ésta discurra por senderos más complicados y tortuosos. El comprender la verdad de lo que ocurre es tener ya media batalla ganada.

ULTIMA FASE DE LA LUCHA DENTRO EL PARTIDO

En 1925 fui relevado del cargo de Comisario de Guerra. Este acuerdo era el fruto de una cuidadosa preparación madurada durante la pasada campaña. Lo que más temían los epígonos, fuera de las tradiciones revolucionarias de Octubre, eran las tradiciones de la guerra civil, y mis concomitancias con el ejército. Abandoné el cargo sin lucha, y hasta con un cierto suspiro de satisfacción, para desarmar a los adversarios de todas las armas de calumnia que para ellos podían ser mis planes militares. Los epígonos, para justificar su proceder, empezaron a achacarme planes militares fantásticos, y poco a poco, llevados de la fantasía, acabaron ellos mismos por creer en la verdad de sus afirmaciones. Mi interés práctico se había desplazado ya, desde el año 21, a otro terreno. La guerra estaba liquidada y los contingentes militares, fueron reducidos de cinco millones trescientos mil hombres, que habían llegado a estar sobre las armas, a seiscientos mil. La milicia discurría ahora por cauces burocráticos. En cambio, pasaron a primer plano, dentro de las preocupaciones del país, los problemas de la Economía, a los que, una vez liquidada la guerra, hube de consagrar mucho más tiempo y atención que a las cuestiones militares.

En mayo de 1925 fuí nombrado presidente del Comité de concesiones, jefe de las explotaciones electrotécnicas, y presidente de la Dirección científico-técnica de la industria. Ningún nexo unía a estos tres cargos entre sí. La elección para ocupar los tres había recaído sobre mí sin que yo me enterara, por una intriga, en la que se deslizaron especiales consideraciones: se trataba de aislarme del partido, de agobiarme de trabajo cotidiano, de tenerme bien vigilado, etc. A pesar de estar convencido de esto, hice un esfuerzo concienzudo por ponerme al corriente de los nuevos trabajos que se me encomendaban. Una vez que me hube hecho cargo de los tres puestos, ajenos los tres completamente a mi formación, no tuve tiempo libre para nada. Los que más me interesaban eran los institutos científico-técnicos, que habían cobrado gran desarrollo en los Soviets, gracias al régimen de centralización de la industria. Me dediqué a visitar todos los laboratorios que pude, a asistir con la mayor atención a los experimentos, a escuchar las explicaciones de los mejores especialistas, y, en las horas libres, me puse a estudiar libros de química e hidrodinámica, lo cual me daba la sensación de compartir a medias las tareas administrativas con los afanes de un estudiante. No en vano en mis años mozos había sido mi intención abrazar la carrera físico-matemática. Los problemas de las ciencias naturales y la tecnología me mantenían apartado casi en absoluto de la política. Como jefe de la administración electrotécnica, había de visitar las estaciones eléctricas en construcción e hice, entre otros, un viaje al Dnieper, donde se estaban ejecutando en gran escala los trabajos para la futura central. Dos boteros me tripularon en una barca de pescadores hasta el otro lado del canal, por el viejo camino de los cosacos de Saporoga. Aquello tenía, por supuesto, un carácter meramente deportivo. Pero, la obra que se estaba construyendo en el Dnieper despertó en mí un interés muy grande, tanto en el aspecto económico como desde el punto de vista técnico. Para

aquilatar bien los cálculos de la central eléctrica que se proyectaba, pedí un informe a varios técnicos norteamericanos, que luego fué completado con otro que dieron los alemanes. Mi preocupación era poner el nuevo cargo a tono con los problemas que nos planteaba la Economía, procurando también atemperarlo a las cuestiones fundamentales del socialismo. Luchando contra el enfoque neciamente nacional con que algunos veían las cuestiones (por entender que Rusia tenía la situación de aislamiento y los medios de subsistencia necesarios para bastarse a sí misma, pudiendo, por tanto, ser "independiente"), me puse a establecer un sistema de coeficientes comparativos entre nuestra Economía y la Economía mundial. No había más remedio que procurar orientarse en el panorama del mercado universal, cuya situación había de determinar asimismo las funciones de importación y exportación en la política de concesiones. En el fondo, este problema de los coeficientes comparativos, que nace de reconocer la superioridad de las fuerzas mundiales de la producción sobre las fuentes de la riqueza nacional, era un golpe asestado contra la teoría reaccionaria del "socialismo en un solo país". Yo procuraba dar conferencias y escribir libros y folletos desarrollando las experiencias que me brindaba aquella nueva clase de trabajos. Mis adversarios no quisieron, ni podían, aceptar la batalla en este terreno. Desde su punto de vista, la interpretación era esta: Trotsky se ha conquistado una nueva plataforma de lucha. La dirección administrativa de los asuntos electrotécnicos y de los institutos científicos, les traía ahora casi tan desazonados como antes el Comisariado de Guerra y el Ejército rojo. El aparato burocrático stalinista seguía pegado a mis talones. Y no podía dar paso en mis trabajos sin despertar inmediatamente una de aquellas complicadas intrigas que se desarrollaban entre bastidores. Ni podía tampoco sacar una conclusión teórica en mis estudios, que no fuese a nutrir, en aquellos cerebros ignorantes, la mitología del "trotskismo". Empezó a tejerse una red de obstáculos que venían a atarme de pies y manos en la gestión de los cargos que se me asignaran. No exagero si digo que una gran parte de la labor y de la iniciativa de Stalin y de su cómplice Molotof no tenía más finalidad que sabotear sistemáticamente mis trabajos. Llegó un momento en que fué punto menos que imposible obtener consignación para los departamentos que yo regia. La gente que trabajaba en ellos temía por su suerte, o a lo menos, por su carrera. Había fracasado la tentativa de reducirme por este medio a la inacción política. Pero los epígonos, no podían quedarse a mitad de camino. Tenían demasiado miedo de la intriga que ellos mismos habían tramado. Las mentiras de ayer pesaban agobiadoramente sobre su conciencia y reclamaban de ella un doble perjurio. Al cabo, solicité que se me relevase de la dirección administrativa de los asuntos electrotécnicos y de los institutos técnico-científicos. Quedaba, no obstante, el Comité de concesiones, que era un campo, aunque pequeño, bastante abonado para la intriga, ya que la suerte que había de correr una concesión se decidía en el Buró Político.

Entre tanto, en el seno del partido, iba avicinándose una nueva crisis. El consabido "trío", que se había enfrentado Contra mí como un solo hombre en la primera época, distaba mucho de formar una compacta unidad. Tanto Zinovief como Kamenev estaban

muy por encima de Stalin, lo mismo en capacidad teórica que en talento político. Pero los dos carecían de esa pequeñez que se llama carácter. La amplia perspectiva internacional-amplia comparada con la de Stalin-que adquirieran en la emigración bajo el magisterio de Lenin, lejos de darles mayor fuerza, debilitaba su posición. El barco navegaba rumbo a "la independencia nacional, apta para bastarse a sí misma". Los esfuerzos de Zinovief y Kamenef por defender, aunque sólo fuese parcialmente, la orientación internacional, les convertía, a los ojos de la burocracia, en trotskistas de segundo rango. Esto movía a atacarme con más furia, para, de este modo, hacerse acreedores a seguir disfrutando de la confianza de los burócratas. Pero estos esfuerzos fueron en vano. Los poderes burocráticos comprendían, cada vez con mayor evidencia, que Stalin era carne de su carne. Pronto Zinovief y Kamenef se encontraron enfrentados con él como enemigos, y cuando intentaron llevar en apelación ante el Comité central su pleito, hubieron de convencerse de que Stalin tenía una mayoría inatacable.

A Kamenef se le consideraba como el caudillo oficial de Moscú. Los comunistas de Moscú, que habían presenciado cómo en el año 23 se destruyó la organización del partido en aquella capital con ayuda suya, en castigo a la mayoría que se había manifestado favorable a la oposición guardaron ahora silencio, despechados. En las primeras tentativas que hizo para resistir contra Stalin, Kamenef no encontró apoyo en nadie. En Leningrado ocurrió muy de otro modo. En el año 23, los comunistas de esta capital estaban a salvo de la oposición gracias a la tupida red burocrática que había venido tejiendo Zinovief. Pero ahora, les llegaba el turno a ellos. El rumbo que se seguía hacia los "kulaks" y el "socialismo en un solo país" tuvo la virtud de indignar a los obreros de Leningrado. La protesta de clase de los trabajadores coincidió con la fronda de los privilegiados desatada por Zinovief. De este modo, surgió una nueva oposición en la que formó en los primeros momentos Nadeida Konstantinovna Krupskaja. Con gran asombro de todos, y en primer lugar de sí mismos, Zinovief y Kamenef veíanse obligados a repetir, en parte, las críticas de la oposición, con lo cual consiguieron que se les adscribiese inmediatamente a las filas de los "trotskistas". Nada tiene de extraño que para los nuestros tuviese que ser, cuando menos, paradójica una alianza con Zinovief y Kamenef. Eran muchos los de la oposición que se resistían a pactar esta alianza, y hasta había algunos-claro está que muy pocos-que abogaban por unirse a Stalin contra los otros dos. Uno de mis mejores amigos, Mratchkovsky, viejo revolucionario, que había sido, durante toda la guerra civil, uno de los mejores caudillos militares, se pronunció contra una y otra alianza, dando la siguiente fundamentación, que puede quedar como clásica: "Stalin faltará a su palabra, y Zinovief huirá." Pero estas cuestiones no se deciden nunca en última instancia por motivos psicológicos, sino por razones políticas. Zinovief y Kamenef reconocieron abiertamente que los "trotskistas" habían tenido razón en la campaña seguida contra ellos en el año 23 y se hicieron cargo de los principios que formaban nuestro programa. En tales condiciones, no era posible que nos negásemos a pactar un bloque con ellos, sobre todo teniendo en cuenta que detrás de ellos estaban varios miles de obreros revolucionarios de Leningrado.

Yo no había vuelto a hablar con Kamenev, fuera de las sesiones oficiales, desde hacía tres años, es decir, desde aquella noche en que, a punto de partir para Georgia, me prometiera apoyar la política de Lenin y la mía, para luego, al saber que Lenin no tenía salvación, pasarse al campo stalinista. La primera vez que volvimos a encontrarnos, Kamenev apresuróse a decirme:

-No tiene usted más que presentarse en público, en la misma tribuna con Zinoviev, y el partido reconocerá inmediatamente cuál es su verdadero Comité central.

Aquel optimismo burocrático no pudo por menos de hacerme reír. Por lo visto, Kamenev no daba importancia a toda la labor de desmoralización del partido que el "trío" había venido realizando por espacio de tres años. Así se lo hice notar, sin la menor consideración. La depresión de nivel revolucionario, que había comenzado a fines del año 23, o sea después de la derrota de la revolución conjurada sobre Alemania, cobraba contornos internacionales. En Rusia navegaba a velas desplegadas la reacción contra el movimiento de Octubre. La burocracia del partido propendía cada vez más abiertamente a la derecha. En estas condiciones, era pueril pensar que por el solo hecho de unirnos, el triunfo se nos caería en las manos como una breva madura. -Hay que disponerse a luchar contando con que la campaña será larga-así se lo dije docenas de veces a nuestros nuevos aliados. Estos, en el arrebató del primer momento, no quisieron hacer caso de mis palabras. Y como aquel arrebató no podía durar mucho, su celo de oposición iba marchitándose por días y por horas. Mi amigo Mratchkovski había acertado en su apreciación de las personas: Zinoviev acabó por desertar de nuestro campo. Pero no se llevó consigo, ni mucho menos, a todos sus correligionarios. La segunda conversión de Zinoviev asestó una herida incurable a la leyenda del "trotskismo".

En la primavera del año 1926 emprendí un viaje a Berlín, acompañado de mi mujer. Los médicos de Moscú, que no acertaban a explicarse la pertinaz temperatura, hacía tiempo que me venían aconsejando, para no cargar ellos solos con la responsabilidad, que hiciese un viaje al extranjero. Yo, por mi parte, quería salir también de aquel atolladero; la fiebre me había puesto fuera de combate en varios momentos críticos de la campaña, como si estuviese conjurada con mis adversarios. La cuestión de mi viaje al extranjero fué objeto de deliberación por parte del Buró político. Este, juzgando, según dijo, por todos los informes recibidos y por la situación política en general, entendía que el viaje podía ser muy peligroso, si bien me reservaba a mí, en definitiva, la decisión. A este informe acompañaba un dictamen de la GPU, declarándose contraria a que me trasladase al extranjero. Era indudable que el Buró político no quería asumir ante el partido la responsabilidad de lo que pudiera ocurrirme. En la cabeza policíaca de Stalin no se había alzado todavía la luminosa idea de mandarme al extranjero-ia Constantinopla!-expulsado por la fuerza. Cabe también la hipótesis de que el Buró político temiera que fuese a fraguar algún plan de ataque con los grupos extranjeros de oposición. No obstante, después de tratar el asunto con mi mujer, decidimos ponernos en viaje.

No nos fué difícil llegar a una inteligencia con la embajada alemana, y a mediados

de abril, mi mujer y yo salimos para Berlín con un pasaporte diplomático extendido a nombre de un consejero del Comisariado ucraniano de Instrucción pública llamado Kusimenko. Nos acompañaban. Sermux, mi secretario, el antiguo jefe de mi tren, y un delegado de la GPU. Zinovief y Kamenef se despidieron de mí con afecto casi conmovedor. La verdad es que no se quedaban de buena gana a solas con Stalin.

Yo conocía bastante bien el Berlín imperialista de antes de la guerra. Aquel Berlín tenía su fisonomía propia, que, si bien a nadie parecía ni podía parecer agradable, a muchos infundía cierto respeto. ¡Cuán cambiada encontré ahora la capital! Este Berlín de la postguerra no tenía ya fisonomía alguna, o, a lo menos, yo no alcancé a descubrísela. La ciudad se iba reponiendo de una larga y penosa enfermedad, acompañada de toda una serie de intervenciones quirúrgicas. La inflación había sido liquidada, pero el nuevo marco no era más que el termómetro de la miseria general. En las calles, en las tiendas, en las caras de los transeúntes se leía la escasez y la impaciencia, acompañadas de vez en cuando por el deseo codicioso de recobrar el nivel de vida de los viejos tiempos. En aquellos años de guerra, de humillación y de paz de Versalles, el sentido alemán de orden y de limpieza habían tenido que rendirse ante la miseria. Y ahora, aquel hormiguero humano se esforzaba tenazmente, aunque sin gozo alguno, por restaurar sus caminos, pasillos y plazas, deshechos por la bota de la guerra. En el ritmo de las calles, en los movimientos y en los gestos de los que pasaban se percibía una sombra trágica de fatalismo: no hacer nada; la vida era un eterno presidio en que había que empezar a cada paso de nuevo.

Hube de someterme durante varias semanas a las observaciones de los médicos, en una clínica privada de Berlín. Para investigar las causas de aquella fiebre misteriosa, los médicos me lanzaban de unos a otros como si fuese una pelota. Por fin, el especialista de garganta expresó la hipótesis de que la fiebre provenía de las amígdalas, y me aconsejó que, por lo que pudiera haber de verdad en ello, me las cortase. Los clínicos y terapéuticos vacilaban: eran hombres viejos que no habían hecho la guerra en el frente. El cirujano, que tenía detrás de sí la experiencia de los hospitales de sangre, los contemplaba con un desprecio anonadador. Para él, el extirparse las amígdalas no tenía más importancia que el afeitarse el bigote. No hubo más remedio que acceder.

Los ayudantes se disponían ya a atarme las manos, pero el profesor se conformó con algunas garantías de orden moral. En los chistes que hacía el cirujano para darme ánimos, entreveía una cierta tensión y emoción contenidas. Lo más desagradable era tenerse que estar de espaldas, inmóvil, tragando sangre. La operación duró de cuarenta a cincuenta minutos. Fué una operación muy feliz, si bien completamente inútil, pues al poco tiempo retornó la fiebre.

El tiempo que hube de pasar en Berlín, o, mejor dicho, en la clínica de Berlín, no fué tiempo perdido. Me lancé codiciosamente sobre la prensa alemana, de la que había estado casi completamente aislado desde agosto del año 14. Todos los días me entraban dos docenas de periódicos alemanes y algunos extranjeros, que echaba al suelo después de leídos. Los médicos que me visitaban tenían que pisar, para llegar a mi cama, sobre

una alfombra de periódicos de todas las tendencias. Era, en realidad, la primera vez que oía toda la escala de sonidos de la política alemana, bajo la República. Confieso que no pude descubrir en ella nada nuevo. Una república con que se había encontrado el país como regalo de la derrota militar; republicanos que lo eran porque el dictado de Versalles les obligaba a serlo, unos socialdemócratas que usufructuaban la revolución de Noviembre estrangulada por ellos, un general Hindenburg elevado a la presidencia de una República democrática... todo, poco más o menos, como me lo había imaginado. Sin embargo, no dejaba de ser instructivo poder observar de cerca todo aquello.

El Primero de mayo salí a pasear en automóvil con mi mujer por las calles de la ciudad. Recorrimos las principales avenidas, presenciamos las manifestaciones, leímos los carteles, oímos una serie de discursos, y al llegar a la Alexanderplatz, nos mezclamos entre la muchedumbre. Yo había visto muchas manifestaciones de Primero de mayo, más imponentes que aquella, más grandiosas, más decorativas, pero hacía ya mucho tiempo que no me era dado moverme con la masa sin llamar la atención, sentirme como una parte orgánica de aquel todo anónimo, limitándome a oír y a observar. Sólo una vez hube de posar la vista en mí, al decirme la persona que me acompañaba: "Ahí están vendiendo retratos de usted." Por aquellos retratos nadie hubiera sido capaz de identificar al consejero Kusimenko del Comisariado ucraniano de Instrucción pública. Por si acaso estas líneas llegaran algún día a conocimiento del Conde de Westarp, de Hermann Müller, de Stresemann, del Conde de Reventlow, de Hilferding u otros que se oponían a que se me permitiera entrar en Alemania, advertiré que no lancé a la muchedumbre ni una sola palabra digna de condenación, que no pegué un solo cartel agitando a nadie y que me limité a ser un espectador que acababa de pasar por una operación quirúrgica.

También acudimos a ver la fiesta de los árboles floridos, que se celebraba en Werder, donde se congregaba una muchedumbre inmensa. Pero, a pesar del ambiente primaveral, exaltado por el sol y el vino, en las caras de los que se divertían o hacían por divertirse, se proyectaba la sombra gris de los años vividos. A poco atentamente que se observase, se veía que todos aquellos seres eran convalecientes que iban recobrando lentamente la salud; la alegría pesaba sobre ellos manifiestamente como un duro deber. Pasamos varias horas perdidos entre la multitud, observando, trabando conversación, comiendo salchichas en platos de papel y bebiendo incluso cerveza, que no habíamos vuelto a paladear desde el año 17.

Cuando ya tenía fijada fecha de partida, pues me iba reponiendo rápidamente de la operación, ocurrió un episodio inesperado, que aun es hoy el día que no he podido llegar a explicarme con toda claridad. Como una semana antes de marchar yo, aparecieron en los pasillos de la clínica dos caballeros de paisano, que presentaban esa facha característica en que a la legua se ve al policía. Asomé la cabeza por la ventana y vi plantados en el patio a otra media docena de caballeros con la misma catadura, que, a pesar de lo que se diferenciaban unos de otros, tenían entre sí el parecido de la especie. Comunicué a Krestinsky, que estaba en mi cuarto en aquel momento, el resultado de mis observaciones. A los pocos minutos llamó a la puerta un ayudante y me comunicó,

asustado, de orden del profesor, que se estaba preparando un atentado contra mí.

-Supongo que no será por la policía-le pregunté, apuntando para los numerosos agentes que estaban a la vista.

El ayudante expresó la conjetura de que la policía habría si o enviada para prevenir el atentado. A los pocos minutos, apareció un comisario y puso en conocimiento de Krestinsky que las autoridades de policía habían tenido noticias de que se tramaba un atentado contra mí y que, en previsión de él, habían adoptado providencias extraordinarias. Toda la clínica era presa de gran excitación. Las enfermeras se contaban unas a otras, y lo contaban también a los enfermos, que el ruso que estaba hospitalizado en la clínica era Trotsky y que sus enemigos iban a echar, de un momento a otro, dos bombas contra el edificio. Con todos aquellos rumores se produjo una atmósfera poco conveniente para un sanatorio. En vista de esto, convine con Krestinsky en trasladarme inmediatamente a la embajada. La calle en que estaba situada la clínica fué acordonada por la policía. Dos automóviles llenos de fuerza policíaca dieron escolta al nuestro.

La versión oficial que se me dió del caso fué, poco más o menos, ésta: una persona a quien se hizo presa por andar en manejos y conspiraciones monárquicos, denunció al juez encargado de instruir el sumario que los elementos blancos de Rusia residentes en Berlín estaban planeando un atentado contra Trotsky, el cual se encontraba pasando unos días en la capital, y que el atentado se ejecutaría un día de aquellos. Conviene advertir que la diplomacia alemana, con quien me había puesto de acuerdo para hacer el viaje, no había dado noticia de él, intencionadamente, a la policía, por temor a los muchos elementos monárquicos que en ella se albergaban. Esto explica el que la policía no concediese mucho crédito en un principio a la delación del monárquico preso, si bien quiso confirmar la noticia de que yo me hallaba hospitalizado en una clínica de Berlín, y se vió grandemente sorprendida al descubrir que era verdad. Como los informes se los pidieron también a los profesores de la clínica, me encontré con dos avisos: el del ayudante y el de comisario de policía. No tengo, naturalmente, motivos para saber si era verdad que se tramaba un atentado contra mí y que la policía tuvo noticia de él por un monárquico preso. Sospecho, sin embargo, que la cosa fué mucho más sencilla. Mi sospecha es que la diplomacia no supo guardar el "secreto", y que la policía, ofendida por aquella prueba de desconfianza, quiso demostrarnos a Herr Stresemann y a mí que allí no podían extirparse amígdalas sin su consentimiento. Pero, cualquiera que la causa fuese, lo cierto era que el pánico traía de cabeza a la clínica y no tuve más remedio que trasladarme a la embajada, guardado por una escolta imponente para protegerme del problemático enemigo. A los periódicos alemanes llegó más tarde un eco débil e inseguro de esta aventura, a la que, por lo visto, nadie se atrevía a dar crédito.

Los días que pasé en Berlín coincidieron con dos grandes acontecimientos europeos: la huelga general inglesa y el golpe de Estado del general Pilsudski en Polonia. Estos dos acontecimientos sirvieron para ahondar aún más las diferencias de criterio que me separaban de los epígonos y trazaron de antemano los derroteros turbulentos que había de seguir la campaña que veníamos manteniendo. No estará, pues, de más, que

digamos aquí algo acerca de ellos.

Stalin, Bujarin, y con ellos, en la primera época, Zinovief, consideraban la alianza diplomática pactada entre los dirigentes de las organizaciones sindicales soviéticas y el Consejo directivo de las trade-unions inglesas como remate y coronación de su política. Llevado por su limitación pequeñoburguesa de horizonte político, Stalin se figuraba que Purcell y otros elementos destacados de las trade-unions estarían dispuestos y serían capaces, llegado un momento difícil para la República de los Soviets, a sostener la causa de éstos contra la burguesía inglesa. Por su parte, los caudillos de las trade-unions entendían, no sin razón, que, dada la crisis que estaba atravesando el capitalismo inglés y el creciente descontento de las masas, era ventajoso para ellos tener refuerzo de izquierda en aquella alianza pactada con los directivos de los sindicatos soviéticos, que no les imponía obligación alguna. Las dos partes procuraban cuidadosamente no tocar al verdadero meollo del asunto, pues temían como a la muerte el llamar a las cosas por su nombre. Ocurre con harta frecuencia que una política, cuando es falsa, se estrella contra los grandes acontecimientos. La huelga general inglesa de mayo de 1926 fué un acontecimiento de importancia, no sólo para la vida de Inglaterra, sino para las vicisitudes interiores de nuestro partido.

La suerte corrida por el pueblo inglés después de la guerra merecía especial atención. El profundo, cambio experimentado en su situación, dentro del panorama mundial, no podía dejar de influir en el juego interior de las fuerzas sociales, dentro del país. Era claro como la luz del día que si Europa, y con ella Inglaterra, conseguía recobrar, más tarde o más temprano, el equilibrio social perdido, Inglaterra tenía que atravesar, para lograr este objetivo, por una serie de choques y conmociones de cierta consideración. Yo tenía por muy verosímil que cualquier conflicto que se presentase en la industria inglesa del carbón, conduciría a la huelga general. De esta premisa, pasaba a inferir que entre las viejas organizaciones de la clase obrera y los nuevos problemas históricos que se le planteaban tenía que surgir una desavenencia inevitable. Acerca de este tema escribí, estando en el Cáucaso, en el invierno y la primavera de 1925, un libro que circula con el título del "¿A dónde va Inglaterra?" En realidad, este libro se encaminaba a combatir las ideas oficiales que profesaba acerca de la cuestión el Buró Político, sus esperanzas respecto al rumbo izquierdista del Consejo directivo trade-unionista, y a la creencia de que el comunismo se iría infiltrando, poco a poco e insensiblemente, en las filas del partido laborista y de las trade-unions. Para evitar complicaciones inútiles, y también con objeto, de ver lo que hacían mis adversarios, creí oportuno entregar el original de este libro al Buró político para que lo revisase. Como no se trataba más que de un pronóstico, y no de una crítica de hechos realizados, los vocales del Buró no tuvieron valor para manifestarse. El libro pasó intacto por la censura y fué publicado tal y como yo lo había escrito. A poco de publicarse, fué traducido al inglés. Los caudillos oficiales del socialismo británico, desdeñaron las doctrinas contenidas en aquel libro, por parecerles fantasías de un extranjero desconocedor de la realidad inglesa, que soñaba con trasplantar a su territorio la huelga general "rusa". Juicios de estos podrían

citarse por docenas, y hasta por cientos, comenzando por el propio Macdonald, a quien nadie podría disputar la primacía en un concurso de superficialidad política. Ni yo mismo podía esperar que mis pronósticos tuvieran tan rápida realización. Y si la huelga general que estalló en Inglaterra demuestra la precisión de los cálculos marxistas contra las críticas primitivas del reformismo inglés, la actitud del Consejo directivo de las trade-unions durante el movimiento pudo bastar para que Stalin se curase de todas las ilusiones y esperanzas que había puesto en Purcell. En aquel cuarto de la clínica, me dediqué a reunir con atención reconcentrada todos los informes que llegaban acerca del curso de la huelga general, y muy especialmente los que daban cuenta de las relaciones mutuas entre las masas y sus dirigentes. Lo más indignante de todo era el carácter que presentaban los artículos publicados en la Pravda de Moscú. Su principal preocupación era encubrir la bancarrota y guardar las apariencias. Para ello, no había más remedio que desfigurar cínicamente los hechos. Si hay alguna prueba patente de la decadencia intelectual a que puede llegar una política revolucionaria, es el que se vea en el trance de engañar a las masas.

De regreso en Moscú, pedí que se rompiera inmediatamente el pacto de alianza con el Consejo directivo de las trade-unions. Zinovief, después de las inevitables vacilaciones, se adhirió a mí. Radek se opuso. Stalin se aferraba con 'todas sus fuerzas al bloque, que ya no era más que una apariencia de tal. Los trade-unionistas ingleses esperaron a que llegase a término aquella dura crisis interior para quitarse de encima, con un movimiento bastante descortés del pie, a sus generosos cuanto necios aliados rusos.

No eran menos importantes los sucesos ocurridos en Polonia. Buscando una salida al atolladero en que estaba metida, la pequeña burguesía abrazó el camino del alzamiento armado y levantó sobre el pavés al general Pilsudski. El caudillo del partido comunista polaco, Warski, soñó que lo que se estaba desarrollando a sus ojos era "la dictadura democrática de los campesinos y los obreros" y pidió que el partido comunista secundase los planes del general. Yo conocía a Warski desde hacía mucho tiempo. Viviendo Rosa Luxemburgo, pudo ser un elemento aprovechable para la revolución. Pero ahora, confiado a sus propias fuerzas, no era más que un lugar vacante. En el año 1924, después de muchas vacilaciones, Warski declaró que había llegado por fin a convencerse de lo dañoso que era el "trotskismo", o sea el desdén hacia la clase campesina, para la causa de la dictadura democrática. En premio de esta obediencia, le colocaron a la cabeza del partido. El hombre se pasó una porción de tiempo esperando con gran impaciencia que se le presentase una ocasión para demostrar que aquellos tardíos entorchados eran merecidos. Llegado el mes de mayo de 1926, no perdió un momento, ya que tan brillante ocasión se le deparaba, para pasear por el lodo su bandera y la del partido. Su hazaña se quedó, naturalmente, sin sanción: la burocracia de Stalin le puso a salvo de las iras de los obreros polacos. La lucha entablada en Rusia, dentro del partido, tomó, en el año 26, caracteres cada vez más agudos. En el otoño, la oposición sufrió un descalabro manifiesto en todas las células y organizaciones. La burocracia la batió duramente en retirada. A la campaña intelectual venía a sustituir

la mecánica administrativa: orden telefónica de enviar la burocracia del partido a las reuniones de las células obreras, concentración de los automóviles de los burócratas delante de los locales en que las reuniones se celebran, pitidos de las sirenas, silbas y protestas clamorosas, magníficamente organizadas en cuanto aparecía en la tribuna algún representante de la oposición. La fracción gobernante se imponía por el terror, mediante su mecánica de poder, a fuerza de amenazas y represalias. Antes de que la masa del partido hubiera tenido tiempo a averiguar, comprender o decir algo, se la atemorizaba con la perspectiva de una escisión o de una catástrofe. La oposición no tuvo más remedio que emprender la retirada. El día 16 de octubre firmamos una declaración en la cual, después de decir que teníamos por ciertas nuestras opiniones, y que nos reservábamos el derecho a luchar para imponerlas dentro de los cuadros del partido, nos comprometíamos a abstenernos de todos cuantos actos pudieran entrañar el peligro de una escisión. Aquella declaración no estaba destinada a la burocracia, sino a las masas del partido. En ella, dábamos expresión a nuestra voluntad de continuar dentro del partido y seguir sirviéndole. Los stalinistas violaron el pacto al día siguiente de firmarse, pero a nosotros nos sirvió para ganar tiempo. El invierno de 1926 a 1927 fué un alto en la campaña, que nos permitió ahondar teóricamente en una serie de cuestiones.

A comienzos del año 27, Zinovief estaba ya dispuesto a capitular, si no de una vez, por varias etapas. Pero, sobrevinieron los acontecimientos catastróficos de China, en que el crimen cometido por la Política de Stalin era tan evidente, que la capitulación de Zinovief y de cuantos le seguían hubo de suspenderse por algún tiempo.

La orientación que imprimieron los epígonos al movimiento chino venía a pisotear todas las tradiciones del bolchevismo. El partido comunista chino se vió obligado, contra su voluntad, a formar en las filas burguesas del Kuomintang y a someterse a su disciplina militar. Le fué vedada la creación de soviets. Se aconsejó a los comunistas que contuviesen la revolución agraria y no armasen a los obreros sin el permiso de la burguesía. Mucho tiempo antes de que Tchangkaichek ametrallase a los obreros de Shanghai y pusiese el Poder en manos de una pandilla militar, habíamos advertido nosotros que el camino que se seguía no podía conducir a otro desenlace. Yo me había cansado de pedir, desde 1925, que los comunistas se saliesen del Kuomintang. La política de Stalin y de Bujarin no sólo preparó y facilitó la represión de la revolución china, sino que puso a la política contrarrevolucionaria de Tchangkaichek, mediante una serie de represalias, a salvo de nuestras críticas. Todavía en el mes de abril de 1927, en una asamblea del partido celebrada en el Salón de las Columnas, se atrevió Stalin a defender la política de coalición con aquel sujeto y a pedir que se le abriese un crédito de confianza. Cinco o seis días después, Tchangkaichek ahogaba en sangre a los obreros de Shanghai y al partido comunista.

Por el partido atravesó una oleada de indignación. La oposición volvía a levantar cabeza. Faltando a todas las normas de una conspiración-pues, en los tiempos que corrían, teníamos que conspirar para poder defender en Moscú a los obreros de Shanghai contra las iras de Tchangkaichek-, las gentes de la oposición venían por docenas a

verme al local en que estaba instalado el Comité central de concesiones.. Había muchos camaradas jóvenes que creían que aquel descalabro tan evidente de la política de Stalin no tenía más remedio que llevar al triunfo a la oposición. En los días que siguieron al golpe de Estado de Tchangkaichek hube de echar muchos jarros de agua fría por las febriles cabezas de mis amigos jóvenes y de algunos que ya no lo eran. Hice todo género de esfuerzos por demostrarles que la oposición no podía incorporarse sobre la derrota de la revolución china, que la confirmación de nuestros pronósticos nos valdría, acaso, mil, cinco mil, diez mil afiliados nuevos, pero que para millones de gentes lo importante y lo decisivo no eran los pronósticos, sino el hecho de que el proletariado chino hubiese salido derrotado. Que después del descalabro de la revolución alemana en el año 23, después de la derrota con que se había liquidado la huelga general inglesa del 26, este nuevo revés experimentado en China no haría más que confirmar a las masas en su desengaño respecto a la revolución internacional. Y que precisamente este desengaño era la fuente psicológica de donde manaba la política stalinista del reformismo nacional.

Pronto se demostró que, considerados como fracción, habíamos adquirido, en efecto, mayor fuerza; es decir, que estábamos ideológicamente más unidos y que éramos más. Pero la espada de Tchangkaichek había cortado el cordón umbilical que todavía nos mantenía unidos al Poder. A su aliado ruso Stalin, que ya no tenía nada que perder, no le quedaba más remedio que completar la represión del movimiento obrero de Shanghai ahogando en las organizaciones nuestro movimiento de oposición. El núcleo de la oposición lo formaban un grupo de viejos revolucionarios. Pero ahora ya no estábamos solos. Se agrupaban en torno nuestro cientos y miles de revolucionarios de la nueva generación a quienes la revolución de Octubre había alumbrado a la vida política, que habían hecho toda la guerra civil, que se mantenían sinceramente rendidos a la autoridad del Comité central de Lenin. Esta nueva generación no había empezado a pensar por su cuenta, a ejercer sus facultades críticas, a pulsar los nuevos giros de la situación con un criterio marxista hasta el año 23, y ahora hubo de aprender-aprendizaje harto más difícil-a cargar con la responsabilidad que supone toda iniciativa revolucionaria. Actualmente, miles de revolucionarios de estos jóvenes tienen ocasión de ahondar, en la cárcel o en el destierro a que les ha enviado el régimen de Stalin, su experiencia política mediante el estudio de los problemas teóricos.

Para el grupo que formaba la médula de la oposición, este desenlace no podía ser ninguna sorpresa. Nosotros sabíamos perfectamente, que no íbamos a trasplantar nuestras ideas a la generación joven a fuerza de pactos ni de transigencias, sino en lucha a campo abierto y sin asustarnos de ninguna de las consecuencias prácticas que ello pudiera acarrear. Sabíamos que íbamos a una derrota, pero con esta derrota preparábamos el triunfo ideal de un mañana remoto.

La aplicación de la violencia física ha desempeñado siempre y sigue desempeñando un gran papel en la historia de la humanidad. Unas veces, esta violencia es un elemento de progreso, otras veces, de reacción, según la clase que la aplique y los fines a que se dirija. Lo que en modo alguno puede asegurarse es que por medio de la violencia se

resuelvan todos los problemas y se remuevan todos los obstáculos. Querer contener por la fuerza de las armas las tendencias de progreso de la historia, es posible. Pero de esto a cerrarles para siempre el paso, hay un gran trecho. Por eso el revolucionario, cuando se trate de luchar por grandes principios, no puede dejarse guiar más que por una norma: *fais ce que dois, advienne que pourra*.

El partido, conforme se iba acercando el 15.º congreso, anunciado para fines de 1927, presentía que iba a verse colocado ante una encrucijada histórica. Un profundo desasosiego atravesaba sus filas. A pesar del enorme terror desatado, en el partido despertaba el deseo de oír la voz de la oposición. Para ello, había que valerse de los recursos clandestinos. En varios lugares de Moscú y Leningrado celebrábanse reuniones secretas de obreros, obreras y estudiantes, en que se congregaban de veinte a cien, y a veces doscientas personas, a oír la voz de un representante de nuestras filas. Yo solía asistir a dos o tres, y en ocasiones hasta a cuatro reuniones de estas, en un día. Generalmente, se celebraban en casas de obreros. Imagínense dos habitaciones pequeñas abarrotadas de gente y al orador dirigiendo la palabra desde la puerta por la que las dos habitaciones se comunicaban. A veces, los concurrentes se sentaban por los suelos, aunque lo frecuente era que estuviesen de pie, por falta de sitio. De vez en cuando, se presentaba un delegado de la Comisión de vigilancia e intimaba a los reunidos a que se disolviesen. En tales casos, lo que se hacía era invitarle a que tomase parte en la discusión. Y si molestaba, se le ponía de patitas en la calle. En total, y calculando entre Leningrado y Moscú, serían unas veinte mil personas las que acudirían a estas reuniones. La corriente crecía. Se organizó hábilmente una gran asamblea en la sala de conferencias de la Escuela Técnica, que fué llenándose desde adentro. Consiguieron entrar en la sala unas dos mil personas. Una compacta muchedumbre hubo de quedarse en la calle. Todas las tentativas que hizo la dirección de la Escuela para estorbar nuestro propósito fueron estériles. Kamenef y yo hablamos por espacio de unas dos horas. En vista de esto, el Comité central dirigió una proclama a los obreros diciendo que había que disolver por la fuerza las reuniones de la oposición. Esta proclama no era mas que una careta bajo la cual se organizaba cuidadosamente una campaña de asaltos de las tropas de choque de la GPU. contra nosotros. Stalin quería un desenlace sangriento. Circulamos órdenes de que por el momento se suspendiesen todas las reuniones de alguna consideración. Pero esto ocurrió ya después de la manifestación del día 7 de noviembre.

En el mes de octubre de 1927 reuniose en Leningrado el Comité ejecutivo central. Para celebrarlo se organizó una gran manifestación. Por un engranaje casual de las circunstancias, aquella manifestación tomó un giro completamente inesperado. Zinovief, yo y algunos otros elementos de la oposición habíamos salido a pasear en automóvil por la capital, con objeto de observar la magnitud y el ambiente que reinaba en la manifestación. Ya de retirada, pasamos por delante del Palacio de Taurida, donde habían levantado, sobre unos camiones, las tribunas para que hablasen los del Comité central. El coche en que íbamos encontró cerrado el paso. No nos dió apenas tiempo

pensar cómo saldríamos de aquel atolladero, cuando el Comandante se acercó al "auto", e inocentemente nos escoltó hasta la tribuna. Sin darnos tiempo a acallar los escrúpulos que nos asaltaban, vimos que dos filas de soldados de la milicia nos abrían paso al último camión, vacío aún. Apenas la gente se enteró de que estábamos nosotros en la tribuna del extremo, la manifestación cambió de carácter, en un momento. La muchedumbre desfiló indiferente por delante de la primera tribuna, sin escuchar los discursos de salutación que le dirigían desde lo alto y se precipitó a donde estábamos nosotros. Nuestro camión se vió cercado al instante por un mar de cabezas. Los obreros y los soldados del ejército rojo se plantaban delante de nosotros, mirando para arriba, dirigiéndonos palabras de saludo, hasta que se veían arrastrados por los que venían detrás. El destacamento de la milicia que habían mandado para restablecer el orden se vió envuelto también en el entusiasmo colectivo y no pudo hacer nada. En vista de esto, mandaron a unos cincuenta agentes del aparato burocrático. Estos intentaron silbar, pero sus silbidos aislados se perdían entre los clamores generales de aplauso. La situación hacía cada vez más insostenible para los organizadores oficiales de la manifestación. Al fin, el presidente del Comité ejecutivo central panruso, seguido de otros prestigiosos miembros del Comité, abandonó la primera tribuna, casi, desierta de público, y trepó con los demás a nuestro camión, que ocupaba el último lugar y estaba destinado a huéspedes menos "distinguidos". Pero tampoco este golpe de audacia bastó para salvar la situación. La masa no se cansaba de gritar nombres, y estos nombres no eran precisamente los de los héroes oficiales del día.

De Zinovief se apoderó en seguida el optimismo; él esperaba que la manifestación se tradujese en consecuencias magnas e inmediatas. Yo no compartía su apreciación impulsiva acerca de la situación. Las masas obreras de Leningrado se limitaban a mostrar su descontento con el régimen por una manifestación platónico de simpatía hacía los caudillos de la oposición; pero esto no quería decir, ni mucho menos, que fuesen capaces de impedir a la burocracia que liquidase sus cuentas con nosotros. En este respecto, no me hacía ninguna ilusión. Por otra parte, era evidente que aquel incidente de la manifestación tenía que convencer al clan gobernante de la necesidad de acabar cuanto antes con la oposición, para poner a las masas ante un hecho consumado.

El último jalón en el camino fué la manifestación organizada en Moscú para celebrar el décimo aniversario de la revolución de Octubre. Por todas partes aparecían, como organizadores de los actos que se celebraban como autores de los artículos jubilares y como oradores, hombres que en las jornadas de Octubre habían luchado del lado de allá de las barricadas o permanecido ocultos en el regazo de la familia, esperando a ver qué giro tomaban las cosas, sin atreverse a abrazar el partido de la revolución hasta que ésta hubo triunfado. Aquellos artículos que venían en los periódicos y aquellos discursos transmitidos por la radio, en que todos estos aventureros e intrigantes me acusaban a mí de traicionar la revolución de Octubre, me causaban más risa que indignación. Cuando uno comprende la dinámica de la historia y sabe que hay una mano, misteriosa para él, que tira del hilo al adversario, se llega a no hacer

caso de las más repugnantes vulgaridades e infamias que se acumulan contra uno.

La oposición acordó tomar parte en la manifestación llevando carteles propios. Los lemas inscritos en estos carteles no se dirigían contra el partido, ni mucho menos. Eran lemas como éstos: "Queremos que se rompa el fuego contra la derecha: contra el kulak, el nuevo rico y el burócrata"; "Queremos que se cumpla el testamento de Lenin"; "¡Abajo el oportunismo y la escisión, y viva la unidad del partido leninista!" Estos lemas son hoy, oficialmente, los de la fracción staliniana en su cruzada contra las derechas. El día 7 de noviembre de 1927, estos carteles les fueron arrebatados de las manos a la oposición, y los destacamentos especiales que lo hacían, después de desgarrarlos, apaleaban a quienes los llevaban. La célebre manifestación de Leningrado no había pasado desapercibida para los caudillos oficiales. Esta les cogía mejor preparados. En la masa reinaba cierto desasosiego. La gente tomó parte en la manifestación en un estado de gran inquietud. Sobre las cabezas de aquella gigantesca, confusa y excitada muchedumbre se alzaban dos grupos activos: el de la oposición y el de la burocracia. Era notorio que los que se adscribían a la Administración como voluntarios en la batida contra el "trotskismo" no eran elementos revolucionarios, sino gentes, muchas de ellas, de las que rodaban por el arroyo, y algunos incluso fascistas. Como admonición por lo visto, un soldado de las milicias hubo de disparar contra mi automóvil. Alguien guiaría su mano. Un empleado borracho de la brigada de bomberos saltó al estribo de mi auto y, después de proferir contra mí los insultos más repugnantes, rompió un cristal de un puñetazo. Todos los que tenían ojos en la cara pudieron ver, aquel 7 de noviembre de 1927, un ensayo del Termidor ruso en las calles de Moscú. La manifestación de Leningrado siguió su curso parecido. Zinovief y Radek, que habían salido de Moscú para asistir a ella, viéronse acometidos por un destacamento especial que, a pretexto de protegerlos de las iras de la muchedumbre, les tuvo secuestrados en un local mientras duró la manifestación. He aquí lo que me escribió Zinovief a Moscú, aquel mismo día: "Todas las noticias que yo tengo parecen indicar que estas infamias no conseguirán más que favorecer nuestra causa. Estamos inquietos sin saber lo que haya pasado ahí. Nuestras comunicaciones (es decir, las discusiones clandestinas con los obreros) marchan bien. Un gran movimiento a nuestro favor. No saldremos todavía de aquí." Esta fué la última llamarada que dió en Zinovief la energía oposicional. Al día siguiente, estaba ya en Moscú navegando derechamente rumbo a la capitulación.

El día 16 de noviembre se suicidó Joffe; su muerte sobrevino en lo más álgido de la campaña que se estaba riñendo. Joffe estaba muy enfermo. Del Japón, donde estuvo de embajador, hubieron de traerle a Rusia en condiciones deplorables de salud. Costó gran trabajo conseguir que saliese al extranjero. El poco tiempo que allí residió le alivió considerablemente, pero no fué bastante. Le nombraron vicepresidente del Comité central de concesiones, que yo presidía. Todo el trabajo pesaba sobre él. Le dolía muchísimo la c del partido. Lo que más le conmovía era la deslealtad. Por varias veces quiso lanzarse también él decididamente a la batalla. Yo le contenía, por consideración a su salud quebrantada. Le indignaba sobremanera la campaña que se

estaba sosteniendo contra la revolución permanente. No acertaba a sobreponerse a la batida vil que se venía dando contra todos los que habían previsto desde mucho tiempo atrás el curso y carácter de la revolución por parte de los que no hacían ni habían hecho otra cosa que percibir sus frutos. Joffe me refirió una conversación que había tenido con Lenin, en el año 1919, si mal no recuerdo, sobre el tema de la revolución permanente. "Sí; Trotsky tenía razón". Tales fueron, según me dijo, las palabras de Lenin. Joffe, quería hacer pública ahora esta conversación. Procuré convencerle por todos los medios de que no lo hiciera. Preveía toda la avalancha de vilezas que iba a precipitarse sobre él. Era hombre muy tenaz, de una firmeza especial, suave en la forma, pero en el fondo inflexible. A raíz de cada una de aquellas explosiones de incultura agresiva y de felonía política, venía a verme indignado, con sus mejillas pálidas, de enfermo, y me decía: -No, no hay más remedio que publicarla.

Pero yo volvía a convencerle de que aquel testimonio suyo, uno más, no haría cambiar el curso de las cosas, que no había más remedio que ir formando pacientemente a las nuevas generaciones del partido y montarse muy a larga vista.

El estado de salud de Joffe, que no se había curado en el extranjero, empeoraba de día en día. Al llegar el otoño, no tuvo más remedio que abandonar el trabajo y meterse en la cama. Sus amigos quisieron mandarle de nuevo al extranjero, pero esta vez el Comité central se negó resueltamente a dar el permiso. Los stalinistas se disponían a expedir a los de la oposición con rumbo muy distinto. Mi expulsión del Comité central, a la que siguió poco después la del partido, produjo a Joffe más efecto que a nadie. A la indignación política y personal, venía a unirse la clara conciencia de su estado de impotencia física. Joffe, que veía las cosas con una gran claridad, comprendió que no se trataba de la suerte de un hombre, sino de la suerte de la revolución. Su estado de salud no le permitía lanzarse a la lucha. No luchando, la vida no tenía para él sentido. Y como era un hombre firme, sacó y puso por obra la consecuencia lógica de aquel dilema.

Por aquel entonces, yo no vivía ya en el Kremlin, sino en el domicilio de mi amigo Beloborodof, que seguí al frente del Comisariado del Interior, aunque los agentes de la GPU. Andaban colgados de sus talones. Beloborodof estaba pasando una temporada en su tierra natal de los Urales, esforzándose por llegar directamente a las masas obreras y buscar en ellas un apoyo en la campaña que venía librando con la Administración. Llamé por teléfono al domicilio de Joffe, para enterarme del estado de su salud. El mismo me contestó, pues tenía el teléfono junto a la cama. Su voz-no me di cuenta de ello hasta más tarde-tenía un tono extraño, de tensión e inquietud. Me rogó que me pasase por su casa. Algo surgió entre tanto que me impidió cumplir sin tardanza aquel ruego. Aquellos eran días turbulentos, y por el domicilio de Beloborodof estaban desfilando constantemente camaradas que venían a tratar de cuestiones inaplazables. Al cabo de una o dos horas, me llamó al teléfono una voz desconocida para decirme: -Adolfo Abramovich se ha pegado un tiro. Encima de la mesita ha dejado una carta para usted. En casa de Beloborodof había siempre algunos militares afiliados a la oposición montando

la guardia, que me acompañaban cuanto salía con dirección a la ciudad. Nos trasladamos a toda prisa a casa de Joffe. Llamamos al timbre, golpeamos la puerta, y al cabo, después de pedirnos el nombre, nos abrieron, pero no sin que pasase un rato; algo misterioso ocurría allí. Sobre las almohadas cubiertas de sangre se recortaba el rostro sereno de Adolfo Abramovich, iluminado por una gran bondad interior. B., vocal de la GPU., revolvía en su mesa de trabajo. No había manera de encontrar carta alguna encima de la mesa. Pedí que me la entregasen inmediatamente. B. gruñó que allí no había ninguna carta ni cosa que lo valiese. Su talante y tono de voz no dejaban lugar a duda: mentía. Pasados algunos minutos, empezaron a concentrarse en casa del muerto los amigos, que acudían de toda la ciudad. Los agentes oficiales del Comisariado de Negocios Extranjeros y de las instituciones del partido se sentían solos entre aquella muchedumbre de gentes de la oposición. Toda la noche desfilaron por allí miles de personas. La noticia de que había sido raptada la carta se extendió por toda la ciudad. Los periodistas extranjeros transmitieron la noticia en sus telegramas. No había posibilidad de seguir secuestrando aquel documento. Al fin, entregaron a Rakovsky una copia fotográfica de la carta. ¿Por qué aquella carta que Joffe había dejado escrita para mí, con mis señas y metida en un sobre cerrado, se la entregaban a Rakovsky y no en su original, sino por medio de una copia fotográfica? No me lo explicaba. La carta de Joffe era imagen fiel de mi amigo, una imagen tomada media hora antes de morir. Joffe sabía bien cuál era mi actitud de cordialidad para con él, estaba unido a mí por un lazo de confianza moral muy profunda y me autorizaba para suprimir en la carta todo cuanto pudiera parecerme superfluo o inadecuado para la publicidad. Después de ver que le era imposible ocultar la carta a los ojos del mundo, el enemigo, cínicamente, procuró explotar en provecho suyo aquellas líneas precisamente que no estaban destinadas a ser conocidas del público.

Joffe quiso poner incluso su muerte al servicio de la causa a la que había consagrado su vida entera. Y con la mano con que media hora después había de llevarse el revólver a la sien, escribió su último testimonio y sus últimos consejos a un amigo. He aquí lo que acerca de mí decía Joffe, en su carta de despedida:

"Con usted, querido León Davidovich, me unen varias décadas de colaboración al servicio de una obra común, y me atrevo a decir también que de amistad personal. Esto me da derecho a decirle, al despedirme de usted, las que me parecen sus faltas. Yo no he dudado jamás de que el camino que usted trazaba era certero, y usted sabe bien que hace más de veinte años, desde los tiempos de la "revolución permanente", que estoy con usted. Pero siempre he pensado que a usted le faltaban aquella inflexibilidad y aquella intransigencia de Lenin. Aquel carácter del hombre que está dispuesto a seguir por el camino que se ha trazado por saber que es el único, aunque sea solo, en la seguridad de que, tarde o temprano, tendrá a su lado la mayoría y de que los demás reconocerán que estaba en lo cierto. Usted ha tenido siempre razón políticamente, desde el año 1905, y repetidas veces le dije a usted que le había oído a Lenin, por mis propios oídos, reconocer que en el año 1905 no era él, sino usted, quien tenía razón. A la hora de la muerte no se miente, por eso quiero repetírselo a usted una vez más, en

esta ocasión... Pero usted ha renunciado con harta frecuencia a la razón que le asistía, para someterse a pactos y compromisos a los que daba demasiada importancia. Y eso es un error. Repito que, políticamente, siempre ha tenido usted razón y ahora más que nunca. Ya llegará el día en que el partido lo comprenda, y también la historia lo ha de reconocer, incuestionablemente, así. No tema usted, pues, porque alguien se aparte de su lado ni tanto menos porque muchos, no acudan a hacer causa común con usted tan rápidamente como todos deseáramos. La razón está de su lado, lo repito, pero la prenda de la victoria de su causa es la intransigencia más absoluta, la rectitud más severa, la repudiación más completa de todo compromiso, que son las condiciones en que residió siempre el secreto de los triunfos de Ilitch. Esto se lo quise decir a usted en muchas ocasiones, pero no me he atrevido a hacerlo hasta ahora, como despedida."

El entierro de Joffe fué organizado para un día de labor y una hora de trabajo que hacían imposible, la asistencia del proletariado de Moscú. Sin embargo, asistieron a él más de diez mil personas, y el entierro se convirtió en una potente manifestación contra el régimen de Stalin. Entre tanto, la fracción stalinista iba preparando el congreso del partido y esforzándose por colocarle ante el hecho consumado de una escisión. Las llamadas „elecciones“ para las asambleas locales que habían de enviar los delegados al congreso se habían celebrado ya antes de abrirse oficialmente la „discusión“, plagada de mentiras, mientras las columnas de silbantes militarmente organizadas según los métodos fascistas hacían fracasar las reuniones. Sería difícil imaginarse nada más infame que la preparación del 15.º congreso del partido. Para Zinovief y su grupo no era difícil adivinar que este congreso había de poner remate, políticamente, a la campaña de represión iniciada en las calles de Moscú y de Leningrado en el décimo aniversario de la Revolución de Octubre. La única preocupación de Zinovief y de sus amigos, ahora, era capitular a tiempo. No podían por menos de comprender, naturalmente, que los burócratas stalinistas no veían en ellos, en los del segundo rango de la oposición, el verdadero, enemigo, sino que la médula de la oposición estaba, para ellos, en el grupo de personas concentrado en torno a mí. Por eso tenían que confiar en que, al romper ostensiblemente conmigo ante la faz del 15.º congreso, conseguirían, si no la benevolencia, al menos el perdón de la otra parte. No se pararon a pensar que aquella doble traición iba a ser su muerte política. Y si bien, de momento, la decepción debilitó a nuestro grupo, asestándole una puñalada por la espalda, los desertores no salieron ganando nada, pues se hundieron, políticamente, para siempre. El 15.º congreso expulsó del partido a la oposición en conjunto. Los expulsados fueron puestos a disposición de la GPU.

EL DESTIERRO

Acerca de nuestra deportación al Asia central, me limitaré a reproducir, íntegramente, los apuntes del Diario de mi mujer.

El día 16 de enero de 1927, desde las primeras horas de la mañana, nos pusimos a recoger y empaquetar las cosas. Tengo temperatura, y entre la fiebre y la debilidad se me va la cabeza en este caos de los objetos que acaban de traer del Kremlin y de los demás que hay que empaquetar para llevar con nosotros. Aquello era una algarabía de muebles, cajones, ropas y libros. Póngase, además, la sucesión constante de visitas, de amigos, que venían a despedirse. Nuestro médico y amigo F. A. Guetier nos aconseja candorosamente que aplacemos el viaje a causa de mi enfriamiento. No tiene la menor idea de la causa a que este viaje responde y de lo que significaría aplazarlo. Confiemos en que me repondré un poco en el tren, pues en las condiciones de los "últimos días" era completamente imposible reponerse en casa. Desfilan por allí una serie de caras nuevas, muchas de las cuales era la primera vez que las veía. Abrazos, apretones de manos, manifestaciones de simpatía, votos porque nos fuese bien. Vienen a aumentar aquel caos los envíos de flores, de libros, de dulces, de cosas calientes, etcétera. Va expirando el último día de batida, de tensión, de excitación. Ya se han llevado a la estación todas nuestras cosas. Los amigos se han trasladado también a la estación para despedimos. La familia está toda reunida en el comedor, preparada para el viaje. Esperamos a los agentes de la GPU. Miramos al reloj... Son las nueve, las nueve y media..., no aparece nadie. Las diez, la hora de salida del tren. ¿Qué ocurre? ¿Es que han cambiado de plan? Suena el teléfono. De la GPU. comunican que el viaje queda aplazado. No nos dan razones.

-¿Por mucho tiempo?- pregunta L. D.

-Por dos días-le contestan-, hasta pasado mañana.

A la media hora, empiezan a llegar los amigos de la estación. Primero los jóvenes, luego Rakovsky y otros. Nos dicen que en la estación se había formado una manifestación gigantesca. La gente nos esperaba gritando: ¡Viva Trotsky! Pero Trotsky no aparecía. ¿Dónde estaba? Delante del departamento que se nos había destinado, se apelotonaba una muchedumbre excitada. Unos cuantos jóvenes alzaron sobre el techo del vagón un retrato grande de L. D., que fue saludado con vivas estentóreos. El tren gimió, dio una arrancada, otra, una sacudida, y de pronto se quedó parado. Los manifestantes corrían delante de la máquina y se aferraban a los coches, hasta que consiguieron detener el tren, siempre vitoreando a Trotsky. Entre la muchedumbre empezó a correr el rumor de que los agentes de la GPU. tenían escondido al viajero en el vagón y que le impedían asomarse para saludar a la multitud. En la estación reinaba una excitación indescriptible. Se produjeron choques con la milicia y los agentes de la GPU., que causaron heridos en los dos bandos; practicáronse varias detenciones. Era ya pasada hora y media de la de salida, y el tren no conseguía arrancar. Al cabo de un rato, volvieron a traernos el equipaje de la estación. A cada paso estaban telefoneando los amigos para preguntarnos si estábamos en casa e informarnos de lo ocurrido en la estación.

No pudimos acostarnos hasta mucho después de las doce. Rendidos por las emociones del día anterior, nos quedamos dormidos hasta cerca de mediodía. Nadie llamaba a la puerta. Todo estaba tranquilo. La mujer de nuestro hijo mayor se fué al trabajo; aún quedaban dos días. Pero acabábamos de desayunarnos cuando llamaron. Primero se presentó F. W. Beloborodova y luego M. M. Joffe. Volvieron a llamar y la casa se nos llenó de agentes de la GPU., de uniforme y de paisano. Comunicaron a L. D. la orden de detención y de inmediata conducción con una escolta a Alma-Ata. ¿Y los dos días de que nos hablara ayer la GPU? ¡Una mentira más! Esta astucia de guerra tenía por finalidad evitar que se repitiesen las manifestaciones de despedida. El timbre del teléfono suena incesantemente. Pero un agente apostado junto a él nos impide, con un gesto bonachón, atender a las llamadas. Por una casualidad, conseguimos comunicar con Beloborodof, dándole cuenta de que teníamos la casa ocupada por la GPU, y de que pretendían sacarnos de ella por la fuerza. Más tarde, supimos que habían encargado a Bujarin de "dirigir políticamente" el transporte de L. D. En aquello se veía la mano de Stalin y sus maquinaciones... Los agentes estaban visiblemente emocionados. L. D. se negó a partir voluntariamente y aprovechó la ocasión para poner en claro la realidad de la situación. El Buró político aspiraba dar al destierro-al menos, al de los elementos más destacados de la oposición-la apariencia de un pacto voluntario. Así se les había hecho creer a los obreros. Tenía, pues, su importancia el poder destruir esta leyenda y presentar las cosas en su verdadera faz, dándoles además una forma que hiciese imposible silenciarlas o falsearlas. Esto fué lo que decidió a L. D. a obligar al adversario a que le aplicase la fuerza. Nos metimos con las dos visitas en un cuarto y cerramos por dentro. Las negociaciones con los agentes se entablaron a través de una puerta cerrada. No sabían que hacer, vacilaban, todo se volvían sostener conferencias telefónicas con sus superiores y recibir instrucciones, hasta, que al cabo declararon que echarían abajo la puerta, pues no tenían más remedio que ejecutar las órdenes recibidas. Entre tanto, L. D. dictaba las instrucciones a que habría de atenerse en lo futuro la oposición. No abrimos. Dieron un mazazo a la puerta y un trozo de ella saltó hecho astillas. Asomó una manga de uniforme.

-¡Dispare usted contra mí, camarada Trotsky, dispare usted!-gritaba, todo excitado, Kitchkin, un antiguo oficial que había acompañado a L. D. muchas veces en sus viajes al frente.

-¡No diga usted tonterías, Kitchkin-le contestó serenamente L. D.-, que nadie pretende disparar contra usted, pues sabemos que no hace más que cumplir las órdenes que le dan!

Abrieron la puerta y entraron al cuarto, todos excitados y confusos. Al ver que L. D. estaba en zapatillas, los agentes le buscaron las botas y se las calzaron. Luego, se fueron a buscar el abrigo y la gorra de piel y se los pusieron también. L. D. se negaba a dar un paso. En vista de esto, le cogieron en brazos y se lo llevaron. Yo me eché encima, corriendo, el abrigo de pieles, y me calcé las sobrebotas. Bajamos a la carrera. Al salir oí detrás de mí un portazo. Detrás de la puerta se oía ruido. Llamé a gritos a los agentes que se llevaban a L. D. por las escaleras abajo y los mandé que dejaran salir a

los chicos. El mayor había de acompañarnos al destierro. Se abre la puerta y salen los chicos, y con ellos, Beloborodova, Joffe y las dos amigas que habían ido a visitarnos. Todos se colaron por la puerta entreabierta. Sergioska echó mano a sus trucos de deportista. Al bajar por la escalera, Liova fué llamando a todas las puertas y gritando: -¡Que se llevan al camarada Trotsky!

Por las puertas y por el hueco de la escalera se asoman una serie, de caras asustadas. En esta casa no viven más que altos funcionarios soviéticos. El automóvil va abarrotado. Las piernas de Sergioska no encuentran sitio dónde acomodarse. Beloborodova nos acompaña. Cruzamos las calles de Moscú. Está cayendo una terrible helada. Sergioska va descubierto. Con las prisas, no le ha dado tiempo a coger la gorra; todo el mundo está sin galochas y sin guantes. No llevamos una sola maleta; ni siquiera un maletín de mano. El auto no se dirige a la estación de Kazán, sino que toma una dirección distinta, camino de la estación de Iaroslavia, como pronto hubimos de comprender. Sergioska, intenta saltar del automóvil para ir a dar aviso a nuestra nuera de que nos llevan conducidos. Pero los agentes le cogen fuertemente de la mano y se vuelven a L. D., rogándole que le persuada a no salir del coche. Llegamos a la estación, que está completamente desierta. Los agentes sacan a L. D. del automóvil en brazos, como antes le sacaran de casa. Liova grita a los pocos obreros ferroviarios que hay por allí: ¡Camaradas, mirad cómo se llevan al camarada Trotsky! Un agente, de la GPU., que en otros tiempos acompañó varias veces a L. D. yendo de caza, coge a Liova por el cuello, gritando: "¡Cállate, mocoso!" Sergioska le contesta con una bofetada de deportista. Estamos ya en el departamento. En las ventanillas y en las puertas montan la guardia varios centinelas. Los demás departamentos van llenos de agentes de la GPU. ¿Adónde nos llevan? No lo sabemos. Vamos sin equipaje alguno. La locomotora se pone en marcha, arrastrando nuestro vagón, al que se reduce todo el tren. Son las dos de la tarde. Averiguamos que nos llevan, dando un rodeo, a una pequeña estación, donde empalmarán nuestro coche al tren correo que hace el recorrido de Moscú, saliendo de la estación de Kazán, hasta Tachkent. Hacía las cinco nos despedimos de Sergioska y de Beloborodova, que se vuelven a Moscú en el tren descendente. Seguimos viaje. Yo iba tiritando de frío. L. D. iba de buen humor, casi alegre. La situación se había aclarado. La atmósfera era tranquila. Los centinelas de vista eran atentos y corteses. Nos comunicaron que el equipaje llegaría en el próximo tren y que nos alcanzaría en Frunse (la última estación del ferrocarril), es decir, al noveno día de viaje. íbamos sin ropa y sin libros. Sermux y Posnansky habían clasificado atenta y amorosamente los libros, separando cuidadosamente los destinados al viaje y los que habían de servirnos para los primeros días después de llegar al punto de destino. Sermux, que conoce bien los hábitos y los gustos de L. D., había empaquetado celosamente los materiales de escribir. Este colaborador acompañó a L. D. como taquígrafo y secretario en muchos de sus viajes, durante los años de la revolución. En los viajes, L. D. trabajaba con energía redoblada, aprovechando la circunstancia de verse libre de visitas y llamadas telefónicas, asistido principalmente, primero por Glasmann y más tarde por Sermux.

De pronto, nos veíamos lanzados a un largo viaje sin un libro, sin un lápiz, sin una hoja de papel. Sergioska nos había buscado, antes de salir de Moscú, el libro de Semionof-Tianchanski, una obra científica sobre el Turquestán. Queríamos informarnos por el camino acerca de nuestra futura residencia, de la que no sabíamos apenas nada. Pero el libro de Semionof-Tianchanski se había quedado con los otros en Moscú, metido en la maleta. Y allí nos íbamos, sentados en el departamento, con una mano encima de otra, como si hiciésemos un viaje en tranvía. Por la noche, nos tendíamos a descansar en los bancos,, con la cabeza apoyada en el brazo. En la Puerta del departamento, que quedaba entreabierta, montaba la guardia sin perdemos de vista un centinela. ¿Qué nos esperaba? ¿Qué faz iba a presentar nuestro viaje? ¿Y el destierro? ¿Con qué condiciones de vida nos íbamos a encontrar allí? Los comienzos no prometían nada bueno. Pero, a pesar de todo, no perdíamos la serenidad. El coche se columpiaba ligeramente. íbamos tendidos en los bancos. La puerta entreabierta nos recordaba constantemente que íbamos allí en calidad de prisioneros. Estábamos fatigados de todas las emociones y sorpresas del viaje, de la incertidumbre y la tensión de espíritu de los últimos días; ahora, descansábamos. Reinaba un gran silencio. Los centinelas no hablaban. Yo me sentía mal. L. D. hacía todo lo posible por aliviarme el malestar, pero no disponía más que de su buen humor que, poco a poco, iba comunicándome. Acabamos por no darnos cuenta del ambiente que nos rodeaba y gozamos del descanso. Liova iba en el departamento de al lado. En Moscú se había consagrado por entero a los trabajos de la oposición. Ahora partía con nosotros al destierro, para ayudarnos en todo lo que pudiera, sin haber tenido siquiera tiempo para despedirse de su mujer. A partir de este momento, era el único medio de que disponíamos para comunicarnos con el mundo exterior. En el coche reinaba una oscuridad casi completa, pues las velas de estearina que alumbraban encima de la puerta no daban más que un débil resplandor. Nos íbamos adentrando por el Oriente.

Cuanto más nos alejábamos de Moscú, más atenta se mostraba con nosotros la escolta. En Samara bajó a comprarnos ropa interior para la muda, jabón, cepillos de dientes y algunos otros objetos de que necesitábamos. En las estaciones nos servían de comer a nosotros y a los centinelas. L. D., que tiene que seguir un régimen riguroso de alimentación, comía ahora de todo lo que nos daban, y nos infundía ánimos a mí y a Liova. Yo observaba aquel apetito con asombro y con miedo. Los objetos de uso doméstico que nos habían comprado en Samara fueron bautizados cada cual con su nombre. Había, por ejemplo, un pañuelo de bolsillo que se llamaba Menchinsky, y unos calcetines a los que habíamos puesto por nombre Jagoda (que así se llamaba el sustituto de Menchinsky). Con esto, aquellos objetos cobraban un carácter alegre. El tren se detenía largamente a cada paso por las tormentas de nieve. Pero día por día, nos íbamos internando, poco a poco. Asia adentro.

Antes de partir, L. D. había pedido que dejasen ir con él a dos de sus antiguos colaboradores. Pero no lo autorizaron. En vista de esto, Sermux y Posnansky decidieron ponerse en viaje por su cuenta y se embarcaron en el mismo tren en que habíamos de ir

nosotros. Se habían acomodado en otro coche; habían sido testigos de la manifestación, pero no abandonaron su puesto, pues creían que nosotros íbamos en el tren. Al cabo de algún tiempo, descubrieron que no íbamos allí, se bajaron en Arissi y esperaron al tren próximo. Nos encontramos allí con ellos. Es decir, el único que los vió fué Liova, que gozaba de una cierta libertad de movimientos; pero todos tuvimos, al saberlo, una gran alegría. Reproduzco a continuación un apunte tomado por mi chico a raíz de aquello: "Por la mañana, fui a la sala de espera, con la esperanza de encontrarme allí a los camaradas de cuya suerte habíamos venido hablando, preocupados, durante todo el trayecto. Y, en efecto, allí estaban los dos, en la fonda, sentados en una mesita, jugando al ajedrez. Sería difícil pintar la alegría que tuve al verlos. Les hice seña de que no se acercasen, pues apenas presentarme yo comenzó a maniobrar en la fonda, como de costumbre, la GPU. Volví corriendo al tren a dar cuenta del descubrimiento. Alegría general. Ni el propio L. D. les podía tomar a mal aquello, a pesar de que habían faltado a sus instrucciones, quedándose a esperarlos aquí, en vez de seguir viaje. Esto les exponía a peligros inútiles. Después de cambiar impresiones con L. D., escribí una esquela, con el propósito de entregársela al caer las sombras de la noche. En ella les daba las siguientes instrucciones: Posnansky debe continuar viaje solo hasta Tachkent y esperar allí hasta que le avisemos. Sermux continuará viaje directo hasta Alma-Ata, sin ponerse en contacto con nosotros. Conseguí citar a Posnansky y tener una entrevista con él en un rincón oculto detrás de la estación, que no estaba alumbrado por ningún farol. Se presentó en el lugar convenido, pero no pudimos vernos de pronto; cuando conseguimos encontrarnos, estábamos los dos excitadísimos y nos pusimos a hablar a toda velocidad, interrumpiéndonos el uno al otro. Los agentes-le hicieron saltar la puerta y le sacaron en brazos. Pero él no comprendía. ¿Quién saltó la puerta y por qué y a quién sacaron en brazos? Pero no había tiempo para hablar con más claridad, pues podían descubrirnos. De modo que la entrevista resultó estéril..." Después de la revelación que nos hizo Liova en Arissi, seguimos viaje, ya con la conciencia de que iba en el mismo tren que nosotros un amigo leal. Esto nos daba ánimos. Al décimo día, nos encontramos con el equipaje. Lo primero que hicimos fué sacar el libro de Semionof-Tianchanski. Nos pusimos a leer con gran interés la descripción que hacía de Alma-Ata, su naturaleza, sus gentes, sus pomaradas, y nos enteramos, que era lo más importante, de que había caza en abundancia. L. D. sacó, muy contento, los utensilios de escribir que le había preparado Sermux. Llegamos a Frunse (Pichpek) por la mañana temprano. Era la última estación de ferrocarril. Hacía mucho frío. La nieve, blanca, limpia, apetitosa, sobre la que se derramaban los rayos del sol, cegaba los ojos. Nos trajeron abrigo de pieles, de los que usan los campesinos, y botas de fieltro. A pesar de que las ropas me agobiaban, todavía tuve frío por el camino. El autobús se desplazaba lentamente sobre la calzada crujiente, cubierta de nieve; el aire de hielo le mordía a uno la cara. A los treinta kilómetros de camino, nos detuvimos. Estaba oscuro y parecía que habíamos hecho alto en la estepa nevada. Dos soldados de la escolta (nos acompañaban de doce a quince hombres) se acercaron a

nosotros, a comunicarnos, con cierta timidez, que allí no había grandes "comodidades" para pasar la noche. Nos apeamos pesadamente del autobús y, a tientas en la noche, dimos con la puerta baja del edificio en que estaba la estafeta de Correos, donde nos desprendimos, muy contentos, de las pesadas envolturas. El local estaba frío, sin calefacción. Las ventanucas practicadas en las paredes, tapiadas completamente por el hielo, para desdicha nuestra. Nos calentamos con té y comimos algo. Conversamos con la hostelera de la estafeta, que era una mujer cosaca. L. D. se informó de la vida en aquella comarca y le hizo algunas preguntas, de pasada, acerca de la caza que había por allí. Todo presentaba un aire de misterio. Y lo peor era la incertidumbre de cómo acabaría aquella aventura. Nos pusimos a preparar modo de dormir. La escolta fue a buscar albergue por la vecindad. Liova se instaló sobre un banco. L. D. y yo hicimos cama en la mesa grande, tendidos sobre los abrigos de pieles de los aldeanos. Al vernos acostados en aquel cuarto oscuro y frío, pegando casi al techo, no pude por menos de echarme a reír, exclamando:

-¡Esta alcoba no se parece en nada a las del Kremlin!

L. D. y Liova me hicieron coro. Al amanecer seguimos viaje. Nos quedaba todavía la parte más dura del camino, que era la que remontaba las montañas del Kurdai. Helaba de un modo terrible. El pesado ropaje era una carga agobiadora: parecía como si llevásemos encima un muro. En el siguiente alto, trabamos conversación con el chófer y un agente de la GPU que había salido a nuestro encuentro desde Alma-Alta. Poco a poco, iban abriéndose ante nosotros los horizontes de aquella vida desconocida y extraña. El camino era difícil para el automóvil. La calzada estaba devastada por las nieves. Pero el chófer guiaba diestramente, pues conocía bien todos los secretos del camino, y de vez en cuando entraba en calor con un trago de vodka. Conforme iba anocheciendo, hacía-se más intensa la helada. Alentado por la conciencia de que en aquel desierto de nieve todo dependía de él, el chófer daba rienda suelta a sus murmuraciones, criticando desembarazadamente a las autoridades y al régimen... El agente de la autoridad de Alma-Ata, que iba sentado a su lado, procuraba contestarle con buenas palabras, deseoso de salir con bien de aquel trance. Hacia las tres de la mañana, en medio de la más completa oscuridad, el coche hizo alto. Habíamos llegado. ¿Pero a dónde? Según se averiguó después, a la calzada de Gogol, delante del hotel "Dchetysu" que procedía realmente de los tiempos del novelista. Nos dieron dos cuartos. El cuarto inmediato al nuestro fue requisado por la escolta y por los agentes locales de GPU. Al revisar Liova los equipajes, se encontró con que, dos maletas con ropa y libros se habían caído por el camino, entre la nieve. Habíamos vuelto a quedarnos sin el libro de Semionof-Tianchanski. Se habían perdido también los mapas y libros de L. D. sobre China y la India, así como los utensilios de escribir. Quince pares de ojos no habían sido bastantes a evitar que se cayesen las maletas...

Liova se lanzó a la calle a la mañana siguiente a enterarse de las cosas. Dió varias vueltas inspeccionando la villa y se informó, en primer término, del estado del Correo y el Telégrafo, que, a partir de aquel momento, habían de ser el centro de nuestra vida.

Dió también con una botica. Revolvió infatigablemente hasta reunir los objetos más necesarios, tales como plumas, lápices, pan, manteca. En los primeros días, ni L. D. ni yo salíamos del cuarto; más tarde, lo abandonábamos para dar unas vueltas al atardecer. Era nuestro chico el que nos servía de enlace con el mundo exterior. La comida nos la traían de la fonda más próxima. Liova se pasaba días enteros sin aparecer. Esperábamos siempre su regreso con gran impaciencia. Al cabo, se presentaba trayéndonos periódicos y dándonos toda clase de detalles interesantes acerca de los usos y costumbres de la villa. Estábamos inquietos sin saber dónde podría estar escondido Sermux. Por fin, al cuarto día, oímos en el pasillo su voz, aquella voz para nosotros tan grata. Nos pusimos a escuchar detrás de la puerta, con gran emoción, las palabras y los pasos de nuestro amigo. Su aparición abría ante nosotros nuevas perspectivas. Consiguió que le diesen un cuarto pegando al nuestro. Salí al pasillo, le vi, y me saludó con un gesto mudo. No nos atrevíamos todavía a entrar en conversación, pero estábamos muy contentos con tenerle cerca. Al día siguiente, pudo deslizarse furtivamente en nuestro cuarto, le comunicamos en pocas palabras todo lo ocurrido y nos pusimos a concertar medidas para el porvenir común. Pero este porvenir había de ser muy breve. Al día siguiente, hacia las diez de la noche, sobrevino el desenlace. El hotel permanecía silencioso. Yo estaba con L. D. en el cuarto, con la puerta que daba al frío pasillo abierta, pues la estufa de hierro despedía un calor insoportable. Liova se había metido en su habitación. Sentimos unos pasos suaves, cautelosos, blandos, como de botas de fieltro, en el pasillo y nos pusimos los tres a escuchar (pues también Liova se puso al acecho, según después averiguamos, adivinando en seguida lo que pasaba). ¡Ahí están!: tal fué la idea que cruzó como un rayo por nuestra mente. Oímos cómo entraban, sin llamar, en el cuarto de Sermux, cómo le decían:

-¡Dése usted prisa! Y su voz que contestaba:

-¿Por lo menos, me permitirán ustedes que me calce las botas?

Le habían sorprendido, sin duda, en zapatillas. Volvieron a oírse los pasos cautelosos y retornó el silencio profundo de antes. Poco después, el portero cerró la puerta del cuarto de Sermux. A éste, no volvimos a verle. Le tuvieron recluído varias semanas en los calabozos de la GPU de Alma-Ata, mezclado con criminales de delitos comunes y pasando hambre o poco menos, hasta que le reexpidieron a Moscú con veinticinco copeques por día para que se mantuviese. Una cantidad que no le habría alcanzado ni para pan. Más tarde, supimos que a Posnansky le habían detenido en Tachkent, enviándole también a Moscú. Pasados unos tres meses, tuvimos noticias de ellos, ya desde el destierro. Por una feliz casualidad, se encontraron en el mismo coche, en el tren, en que les llevaban conducidos hacia Oriente; iban sentados frente a frente. Después de haber pasado una temporada separados, volvían a reunirse, para separarse de nuevo a los pocos días, pues iban destinados a dos lugares distintos.

L. D. se quedó, pues, sin colaboradores ni auxiliares para sus trabajos. Sus adversarios se vengaban así cruelmente de la lealtad con que, los dos habían servido a su lado a la revolución. A Glasmann, aquel hombre modesto a quien tanto queríamos, le habían

obligado ya, fuerza de acosarlo, a suicidarse en 1924. A Sermux y a Posnansky los mandaron al destierro. A Butof, aquel silencioso trabajador Butof, le encarcelaron, y como quisieran obligarle a prestar falso testimonio le forzaron a defenderse por la huelga del hambre, huelga que terminó con su muerte en el hospital de la cárcel. Con esto, quedaba aniquilado el "secretariado", al que los enemigos de L. D. perseguían con un odio fanático como a la fuente de todo mal. El adversario creía haber desarmado por entero y para siempre a L. D. en aquel lejano rincón de Alma-Ata. Woroshilof se jactaba públicamente de ello diciendo: "Si se muere allí, el mundo tardará en enterarse." Pero L. D. no estaba desarmado. Entre los tres formábamos un pequeño balasterio. Sobre nuestro chico pesaba, principalmente, la tarea de sostener las comunicaciones con el mundo exterior. Era el que dirigía nuestra correspondencia. L. D. te llamaba algunas veces "Ministro de Negocios Extranjeros" y otras "Ministro de Comunicaciones". Pronto la correspondencia adquirió un volumen considerable y seguía pesando, en su parte principal, sobre Liova. Asimismo corría de su cargo el montar el servicio de vigilancia. Además, reunía el material de que necesitaba L. D. para sus trabajos. Revolvía en los antiguos fondos de las bibliotecas, conseguía periódicos extranjeros, sacaba extractos. él era el encargado de entablar todo género de negociaciones con las autoridades locales, de organizar las cacerías, de cuidar del perro de caza y de la escopeta, y todavía le quedaba tiempo para dedicarse a estudiar celosamente Geografía económica e idiomas extranjeros. A las pocas semanas de llegar a Alma-Ata, L. D. había reanudado todos sus trabajos científicos y políticos. Poco tiempo después, Liova descubrió también una mecanógrafa. La GPU la dejó trabajar con nosotros, con la obligación, seguramente, de informarles de todo cuanto le diésemos a escribir. Sería divertidísimo, probablemente, oír lo que esta pobre chica, tan poco experta en la lucha contra el trotskismo, pudiera contarles.

La nieve, en Alma-Ata, es muy hermosa, blanca, limpia, seca; como allí hay muy poco tráfico, conserva su frescura durante todo el invierno. En la primavera, vienen a sustituirla las rojas amapolas, que florecen en muchedumbre gigantesca, formando sábanas imponentes de varios kilómetros, de un rojo resplandeciente. En el verano, las manzanas, las famosas manzanas de Alma-Ata, grandes y coloradas. La villa carecía de conducción de aguas, de luz, de calles pavimentadas. En el centro, a lo largo de la plaza, toda sucia, sentados delante de las tiendas, tomaban el sol los kirgises, tentándose el cuerpo en busca de insectos. La malaria hacía grandes estragos. De vez en cuando, se presentaban también casos de peste. En el verano, había muchos perros rabiosos. Los periódicos daban también cuenta, bastante frecuentemente, de casos de lepra. A pesar de todo esto, no pasamos mal el verano. Alquilamos a un hortelano una cabaña que daba vista a las montañas cubiertas de nieve, las últimas estribaciones del Tian-Chan. Observábamos atentamente, día por día, en unión del casero y de su familia, cómo iba madurando la fruta y colaborábamos intensamente en la recolección. La huerta se nos presentó en varias fases. Primero, cubierta de flores blancas. Luego, con las ramas de los árboles doblándose pesadamente y apoyadas en puntales. Luego, la fruta extendida como una alfombra de colores debajo de los

árboles, sobre una capa de paja, y las ramas libres de la carga, que volvían a erguirse. La huerta, en aquellos días, olía a manzanas y peras maduras, y por encima de nuestras cabezas giraban, zumbando, las abejas y las avispas. Pusimos fruta en conserva.

Durante los meses de junio y julio, trabajamos intensamente en la huerta, bajo los pomares, y en la cabaña, debajo del techo de junco; la máquina de escribir teclaba infatigable, produciendo un ruido que era bastante desacostumbrado en aquellos parajes. L. D. dictaba su trabajo de crítica al programa de la Internacional comunista, corregía las cuartillas y una vez corregidas, mandaba volver a copiarlas. Recibíamos una correspondencia voluminosa, diez a quince cartas al día, con todo género de tesis, críticas, polémicas intestinas, novedades de Moscú; llegaban también una porción de telegramas de carácter político y preguntando por nuestra salud. Los grandes problemas mundiales se mezclaban con los pequeños asuntos de carácter local, que, vistos desde aquí, no dejaban de presentar ciertas proporciones grandiosas. Las cartas de Sosnovsky trataban siempre de asuntos cotidianos y se distinguían por su ingenio y agudeza. Las magníficas cartas de Rakovsky eran copiadas y enviadas a los amigos. Aquel cuartito de techo bajo estaba lleno de mesas cubiertas de originales, de carteras con papeles, de periódicos, de extractos y recortes. Liova se pasaba días enteros sin salir de su cuarto, que caía al lado de la cuadra, escribiendo a máquina, corrigiendo lo escrito por la mecanógrafa, poniendo direcciones en los sobres, preparando el correo, recibiendo las cartas que llegaban y buscando las citas que necesitaba su padre. Nos traía el correo de la villa un propio, medio tullido, a caballo. Al atardecer, L. D., muchos días, cogía la escopeta y se iba con el perro al monte, acompañado unas veces por mí y otras por Liova. Volvíamos con las codornices, las palomas, las gallinas monteses o los faisanes que habíamos cobrado. Todo iba bien, hasta que no volvía a presentarse el consabido ataque periódico de la malaria.

Así pasamos un año entero en Alma-Ata, la ciudad de los terremotos y las inundaciones, al pie de las últimas estribaciones del Tian-Chan, junto a la frontera china, a 250 kilómetros del ferrocarril y a 4.000 kilómetros de Moscú, rodeados de cartas, libros y la naturaleza.

A pesar de que no dábamos un solo paso sin tropezar con un amigo secreto-todavía es demasiado pronto para hablar de esto-, vivíamos completamente aislados, exteriormente, de la gente que nos rodeaba, pues no había nadie que intentase acercarse a nosotros que no fuese castigado, a veces duramente...

Voy a completar las noticias de mi mujer con algunos extractos sacados de la correspondencia sostenida por entonces.

El día 28 de febrero, inmediatamente de llegar, escribí a algunos amigos, también desterrados. Al llegar a Alma-Ata, nos encontramos con que todas las viviendas estaban requisadas para el Gobierno de tan, que iba a trasladarse a esta villa de un día a otro. Hube de dirigir varios telegramas a los soberanos señores de Moscú para que, después de tres semanas de hotel, nos asignasen una casa. Fué necesario, comprar, por lo menos, los muebles más indispensables, restaurar el hogar, completamente deshecho y entregarse a una serie de trabajos de reconstrucción aunque no ateniéndonos, precisamente, al programa de la Economía centralizada. Estos trabajos pesaron por entero sobre Natalia

Ivanovna y Liova, pero aun es hoy el día en que no están terminados, pues el hogar no se decide a calentarse...

Yo me ocupo mucho en estudiar las de Asia: Geografía, Economía, Historia. Me faltan los periódicos extranjeros. Ya he escrito a varias partes pidiendo que me los envíen, aunque no sean completamente nuevos. El correo se recibe con grandes retrasos, y, a lo que parece, muy irregularmente...

El papel que desempeña en la India el partido comunista no puede ser más oscuro. Los periódicos han dado noticias de la aparición de "partidos obreros y campesinos" en varias provincias. Ya, el solo nombre despierta legítima inquietud, pues así se tituló también en su tiempo el Kuomintang. ¡Ojalá que la historia no se repita!

Al fin, ha cobrado claro relieve el antagonismo entre Inglaterra y Norteamérica. Parece que hasta Stalin y Bujarin empiezan a darse cuenta de lo que ocurre. Sin embargo, nuestros periódicos simplifican la cosa demasiado, exponiendo la situación como si las diferencias anglo-americanas, ahora agudizadas, fueran a desencadenar inmediatamente la guerra. Es indudable que en este proceso histórico han de sobrevenir todavía varios virajes. La guerra sería un juego demasiado peligroso para las dos partes. Aún harán varias tentativas para llegar a una pacífica avenencia. Pero en general, es evidente que el curso que lleva el asunto avanza a pasos agigantados hacia un desenlace sangriento.

Durante el viaje, he leído por vez primera el Herr Vogt, de Marx. Para refutar una docena de afirmaciones calumniosas de Carlos Vogt, Marx escribe un libro de doscientas páginas de apretada letra impresa, reúne documentos y testimonios, analiza las pruebas por la vía directa e indirecta... Si nosotros hubiéramos de pararnos a refutar con tales proporciones las calumnias de los stalinistas, necesitaríamos editar una enciclopedia de miles de tomos."

En abril compartí, por carta, con algunos "iniciados" las alegrías y las penalidades de la caza: Nos pusimos en camino, acompañados de mi hijo, en dirección del río Ilí, firmemente decididos a sacarle el mayor jugo posible a la temporada de primavera. Esta vez, llevamos con nosotros tiendas de campaña, fieltros, pieles y todo lo necesario para no tener que pernoctar en los "yourtos"... Pero volvió a nevar y cayeron grandes heladas. Aquellos días fueron días terribles de prueba. Por las noches, el frío alcanzaba hasta ocho y diez grados bajo cero. A pesar de eso, estuvimos nueve días seguidos sin entrar en una cabaña. Como íbamos muy abrigados por dentro y por fuera, apenas pasábamos frío. Pero las botas amanecían completamente heladas, y para poder calzarlas teníamos que calentarlas a la hoguera. En los primeros días, cazamos en los pantanos, y luego en el lago. Yo me avié una pequeña tienda sobre un montón de tierra, en la que pasaba de doce a catorce horas del día; Liova tenía el puesto entre los árboles, en plena junquera.

Como el tiempo era malo y el vuelo de los pájaros variaba mucho, la caza no fué muy abundante. Sólo pudimos cobrar unos cuarenta patos y algunos gansos. Y, sin embargo, el viaje me produjo una gran satisfacción, consistente, principalmente, en aquella conversión transitoria a la barbarie: era magnífico aquello de dormir al cielo

raso, de comer al aire libre carne de cordero preparada en un cubo, aquello de no lavarse ni desnudarse, ni tenerse, por tanto, que vestir, de caer del caballo en el río (la única vez en que hube de quitarme la ropa bajo el ardiente sol de mediodía), tener que pasar casi las veinticuatro horas sobre una estrecha tabla entre el agua y la junquera; emociones todas que no tiene uno ocasiones frecuentes de experimentar. Regresé de la expedición sin el menor enfriamiento. Al día siguiente de estar en casa, cogí un resfriado, y hube de guardar cama durante ocho días...

Rakovsky se encarga de mandar periódicos extranjeros desde Moscú y Astrakán. Hoy he tenido carta suya. Está trabajando sobre el tema del saint-simonismo para el Instituto Marx-Engels. Además, se ocupa, en escribir sus Memorias. A poco que se conozca la vida de Rakovsky, se comprenderá lo interesante que el libro, cuando llegue a escribirlo, tiene que ser".

El día 24 de mayo escribí a Preobrachensky, que ya empezaba a flaquear: "He recibido sus tesis y no he escrito a nadie una palabra de esto. Anteayer recibí el telegrama siguiente de Kalpachovo: "Rechazar resueltamente propuestas y críticas Preobrachensky. Conteste en seguida. Smilga, Alskii, Netchaief." Ayer recibí este telegrama desde Ustikulom: "Tenemos por falsas las propuestas Preobrachensky. Beloborodof, Valentinof." De Rakovsky se recibió ayer una carta en que no habla de usted en términos muy halagüeños y expresa su actitud ante el "rumbo izquierdista" de Stalin con la fórmula inglesa que dice: "Espera y no te duermas." Ayer recibí también carta de Boloborodof y Valentinof. Los dos están muy intranquilos por no sé qué escrito enviado por Radek a Moscú lleno de pesimismo. Usted está completamente fuera de sí. Si reproduce usted fielmente la carta de Radek, estoy completamente de acuerdo con ellos. Le aconsejo toda intransigencia para con los impresionistas.

Desde que regresé de la caza, es decir, desde fines de marzo, no me he movido de casa; estoy constantemente con un libro o con la pluma en la mano, desde las siete o las ocho de la mañana hasta las diez de la noche. Me propongo hacer un alto de varios días, y como ahora no hay caza, voy a ir a pescar al río Ili con Natalia Ivanovna y Sergioska (que está ahora aquí). Ya le informaremos a usted oportunamente. ¿Tiene usted una idea clara de lo ocurrido en las elecciones francesas? Yo no acabo de comprenderlo bien. La Pravda ni siquiera se ha cuidado de dar un estado comparativo entre los votos obtenidos en ésta y en las elecciones anteriores, de modo que no puede saberse si los sufragios comunistas han aumentado o disminuido. Voy a ver si puedo estudiar este asunto en los periódicos extranjeros y le escribiré a usted."

El día 26 de mayo, escribí a Michail Okudchava, un viejo bolchevique de Georgia: "En todos aquellos problemas que se le plantean al nuevo rumbo stalinista, Stalin se esfuerza indiscutiblemente en acercarse a nuestra posición. Pero en política no sólo importa el qué, sino que importa también el quién y el cómo. Las grandes batallas que han de decidir la suerte de la revolución no se han librado todavía.

Nosotros hemos pensado siempre, y así lo dijimos repetidas veces, que podía ocurrir que el proceso de decadencia política de la fracción gobernante no se ajustase

completamente a una línea descendente e ininterrumpida. Este proceso de deslizamiento no se realiza en el vacío, sino en una sociedad de clase, con una serie de rozamientos internos bastante considerables. La gran masa del partido no es uniforme, sino que constituye más bien, en su gran mayoría, una materia política en bruto. Bajo la presión de los impulsos de clase de derecha e izquierda, son inevitables en ella los procesos diferenciales. La aguda crisis producida dentro de la historia del partido en este último período, cuyas consecuencias estamos pagando nosotros, no es más que el prelude del desarrollo que han de tomar en lo futuro los sucesos. Y así como el prelude de una ópera adelanta, en apretada síntesis, los temas musicales de la obra entera, nuestra "obertura política" ha esbozado las melodías que el porvenir se encargará de desarrollar en toda su extensión; es decir, dando entrada a las trompetas, a los contrabajos, a los timbales y a todos los demás instrumentos de la Música de clase. Los acontecimientos, tal como se han venido desenvolviendo, se han encargado de demostrar irrefutablemente que nosotros no sólo teníamos razón contra esos molinillos y veletas de Zinovief, Kamenev, Piatakof, etc., sino también contra los caros amigos de la "izquierda", esas cabezas embrolladas de los ultraizquierdistas, que propenden a confundir la obertura con la ópera; es decir, que piensan que los procesos fundamentales por que están atravesando el partido y el Estado, se han cerrado ya y que el Termidor, de que no tuvieron idea hasta que nos oyeron hablar a nosotros de él, es un hecho consumado... No dejarse llevar de los nervios, no consumirse estérilmente ni a uno ni a los demás, aprender, esperar, observar sin perder detalle, y no consentir que nuestro rumbo político se altere por ninguna molestia y depresión personal: esta, y no otra, debe ser nuestra conducta."

El día 9 de junio falleció en Moscú mi hija Nina, que era, además, una rendida correligionaria. Tenía veintiséis años cuando murió. A su marido le habían encarcelado poco antes de desterrarme a mí. Ella siguió trabajando por la oposición, hasta que hubo de meterse en cama presa de la tisis galopante, que acabó con su vida en varias semanas. Una carta que me escribió tardó setenta y tres días en llegar a mis manos, cuando ya se había muerto.

Rakovsky me envió el 16 de junio el siguiente telegrama: "Recibidas ayer tus noticias sobre grave enfermedad Nina. He teleografiado a Moscú a Alejandra Georgievna (su mujer). Hoy leo en los periódicos que la vida revolucionaria de Nina ha terminado. Estoy en todo contigo, querido amigo. Es terrible tener que vivir separados por una distancia tan insuperable. Te abrazo muchas veces cordialísimamente. Cristián." Catorce días después llegó una carta suya:

"Mi querido amigo: Siento profunda y doloridamente lo de Ninoska, lo tuyo, lo de todos vosotros. Ya hace mucho tiempo que cargas con la pesada cruz del marxista revolucionario, pero ahora experimentas, por vez primera, el dolor indecible del padre. Estoy contigo de todo corazón y apenado de estar tan lejos.

Seguramente que Sergioska te ha contado las absurdas medidas que se han tomado contra tus amigos, después de la estúpida conducta que contigo se siguió en Moscú. Llegué a tu casa a la media hora de haberte sacado. En el recibimiento encontré a un

grupo de amigos, mujeres la mayoría de ellos, entre los que se encontraba Muralof.

-¿Quién es aquí el ciudadano Rakovsky?-preguntó estentóreamente una voz.

-Yo soy, ¿qué se desea de mí?

-¡Sígame usted!

Me llevaron por un pasillo a un cuarto pequeño. Delante de la puerta me ordenaron:

-¡Manos arriba!

Y después de cachearme, me hicieron preso. No me soltaron hasta eso de las cinco. A Muralof le sometieron a los mismos métodos y le tuvieron preso hasta tarde de la noche. ¡Esta gente ha perdido la cabeza!-dije para mí, y no fue cólera lo que sentí, sino vergüenza por nuestros camaradas."

El día 14 de julio escribí a Rakovsky:

"Querido Cristián Georgievich: Hace una eternidad que no os escribo, a ti ni a los demás amigos, limitándome a enviar diferentes papeles. A nuestro regreso de Ili, donde me cogió la noticia de que Nina estaba muy grave; nos trasladamos en seguida a una casa que habíamos alquilado para el verano. A los pocos días, llegó la nueva de la muerte de Nina... Ya comprenderás lo que esto significaba para nosotros... pero no había tiempo que perder, pues teníamos que preparar los documentos para el 6.º Congreso de la internacional comunista. En aquellas circunstancias, no era cosa fácil. Y, sin embargo, la necesidad de realizar aquel trabajo, costase lo que costase, nos alivió como un sinapismo y nos ayudó a sobrellevar las primeras semanas, que fueron terribles. Esperábamos aquí a Sinuska (nuestra hija mayor), para el mes de julio. Pero no tuvimos más remedio, sintiéndolo mucho, que renunciar a su visita. Guetier insistió apremiantemente en la necesidad de mandarla a un sanatorio. Hacía ya tiempo que estaba enferma del pulmón, y la campaña que hubo de sostener atendiendo a su hermana durante los tres últimos meses, cuando ésta estaba ya desahuciada por los médicos, acabó de minar por entero su salud..."

Pero hablemos de los trabajos referentes al congreso. Decidí comenzar por la crítica del proyecto del programa, llevando a ella todas las cuestiones que nos separan de la dirección oficial. El resultado de estos trabajos fué un libro de once pliegos impresos. En general, no he hecho más que resumir el fruto de nuestros trabajos colectivos del último quinquenio, desde que Lenin se apartó de la dirección del partido y el Poder cayó en manos de los ligeros epígonos, los cuales, después de vivir algún tiempo sobre los intereses del capital acumulado, cuando ya éstos no les bastaron, empezaron a meter mano también al capital.

La apelación al congreso me ha valido unas cuantas docenas de cartas y telegramas. El recuento de votos no ha terminado aún. Pero sabemos que de cada cien votos aproximadamente no se han pronunciado por las tesis de Preobrachensky más que unos tres.

Es muy probable que el bloque pactado por Stalin y Bujarin con Rikof pueda sostener todavía en este Congreso las apariencias de la unidad, para, de ese modo, hacer el último esfuerzo desesperado por echar encima de nosotros la "definitiva" losa sepulcral.

Pero este nuevo esfuerzo y su inevitable esterilidad es, precisamente, lo que puede acelerar el proceso de desintegración dentro del bloque; pues al día siguiente de cerrarse el Congreso, surgirá de nuevo, y más sin recato que nunca, la pregunta de siempre: ¿Y ahora, qué? Ya veremos qué contestación le dan. Después de desaprovechar la situación revolucionaria de Alemania en el año 23, tuvimos como compensación, en los años 24 y 25, una violenta conversión ultraizquierdista. El rumbo ultraizquierdista de Zinovief subió, impulsado por un fermento ejemplar: la campaña contra los partidarios de la industrialización, la aventura de Raditch, La Follette, la internacional campesina, el Kuomintang, y por ahí adelante. Cuando el rumbo ultraizquierdista hubo fracasado por doquier experimentó un alza, siempre con el mismo fermento, el rumbo de derecha. No está fuera de lo posible la repetición sobre una escala más extensa del mismo fenómeno; es decir, de una nueva política ultraizquierdista, apoyada sobre las mismas circunstancias de oportunismo. Sin embargo, las fuerzas económicas latentes, podrán dar al traste nuevamente y de una manera brusca con esta orientación de ultraizquierda, imprimiéndole un viraje resueltamente derechista."

En el mes de agosto escribí a una serie de camaradas en los términos siguientes: "Seguramente habréis notado que nuestra Prensa no da cuenta del eco que los sucesos ocurridos en el seno de nuestro partido ha despertado en los periódicos europeos y norteamericanos. Bastaba esto para sospechar, con ciertos visos de verdad, que ese eco no respondía a los deseos del "nuevo rumbo". Pero hoy, ya puedo decir que no son sólo sospechas lo que poseo, sino un testimonio claro de la propia Prensa. El camarada Andreitchin me envía una página arrancada del número de febrero de la revista norteamericana The Nation. Después de describir concisamente los sucesos últimamente producidos aquí, el periódico, que es el órgano más prestigioso de la izquierda democrática, escribe: "Todo lo que queda dicho nos lleva a formular, por encima de todas, esta pregunta: ¿Quién representa en Rusia la aplicación del programa bolchevista, y quién la indubitable reacción contra ella? El lector norteamericano ha creído siempre que Lenin y Trotsky sostenían la misma causa, y a idénticas conclusiones habían llegado también la prensa conservadora y los estadistas. Así, por ejemplo, el Times, de Nueva York, en el número del Año nuevo, expresaba como su motivo de mayor regocijo, el que Trotsky hubiera sido expulsado felizmente del partido comunista, declarando sin ambages que "la oposición eliminada era partidaria de eternizar aquellas ideas y estados de cosas que habían apartado a Rusia de la civilización occidental". En idéntico sentido se han expresado la mayoría de los grandes diarios europeos. Sir Austen Chamberlain dijo, durante la conferencia de Ginebra, si los informes de los periódicos no mienten, que Inglaterra no podía entablar ningún género de negociaciones con Rusia por la pura y sencilla razón de que "a Trotsky no se le había quitado todavía de en medio". Por el momento, tendrá que contentarse con que se le haya expulsado... Desde luego, los representantes todos de la reacción en Europa están de acuerdo en que el enemigo comunista peligroso no es precisamente Stalin, sino Trotsky. Y esto, nos parece a nosotros que es bastante significativo..." He aquí ahora algunos datos estadísticos, sacados de los apuntes de Liova. Desde abril

hasta octubre de 1928, expedimos desde Alma-Ata unas ochocientas cartas políticas, algunas de ellas con trabajos bastante extensos, y hacia quinientos cincuenta telegramas. Las cartas recibidas ascendieron a mil, en números redondos, incluyendo las grandes y las pequeñas, y los telegramas a setecientos, la mayoría de ellos colectivos. Esta correspondencia se cruzó, principalmente, dentro de la zona de los desterrados, pero éstos se encargaban de hacerla circular también por el país. En los períodos más favorables recibíamos a lo sumo la mitad de las cartas que se nos dirigían. Además, recibimos desde Moscú unas ocho o nueve veces, por medio de propios, envíos secretos; es decir, material y cartas clandestinas, y otras tantas veces hicimos nosotros envíos semejantes con destino a la capital. Estos envíos nos informaban de todo, y nos permitían adoptar una actitud frente a los sucesos más importantes, aunque con un retraso considerable muchas veces. Mi salud empeoró al llegar el otoño. Pronto el rumor de mi enfermedad se corrió a Moscú. Los obreros, en sus reuniones, empezaron a interpelar al Gobierno. Pero los gaceteros oficiales se despacharon pintando mi salud de color de rosa.

El día 20 de septiembre, mi mujer envió a Uglanof, por entonces secretario de la organización de Moscú, el siguiente telegrama:

“En un discurso pronunciado en el pleno del Comité de Moscú, habla usted de la supuesta enfermedad de mi marido, L. D. Trotsky. Y como sobreviniesen las protestas y cuidados de innumerables camaradas, exclama usted con tono de indignación: ¡Hay que ver de qué recursos echan mano! De modo que, según sus palabras, los que se valen de recursos indignos no son los que mandan al destierro y ponen a merced de las enfermedades a los colaboradores de Lenin, sino a los que protestan contra eso. ¿Por qué razón y con qué derecho se cree usted autorizado a comunicar al partido, a los trabajadores y al mundo entero que las noticias que circulan acerca de la enfermedad de L. D. son falsas? Con eso, no hace usted más que engañar al partido. En el archivo del Comité central se custodian los dictámenes de nuestros mejores médicos acerca del estado de salud de L. D. Más de una vez hubieron de reunirse los médicos en consejo a instancias de Vladimiro Ilitch, a quien tenía enormemente preocupado el estado de salud de L. D. Los médicos reunidos en junta han dictaminado, aun después de morir Vladimiro Ilitch que L. D. padece de colitis y de podagra, causada ésta por la mala asimilación. Acaso tenga usted noticia de que en el mes de mayo de 1926 L. D. hubo de someterse en Berlín, sin resultado alguno, a una operación para curarse de la fiebre de que viene padeciendo desde hace varios años. La colitis y la podagra son enfermedades incurables, y si no lo fuesen, Alma-Ata no sería el punto más indicado para tratarlas. Estas enfermedades van agravándose con el tiempo. Lo único que pueden contener el avance de la enfermedad en un régimen conveniente de vida y una buena cura. En Alma-Ata no es posible atender a ninguna de las dos cosas. Acerca del régimen y la cura que se imponen puede informarle a usted el Comisario de Higiene, Semasko, que intervino repetidas veces en las juntas de médicos reunidas para examinar la salud de L. D. a requerimientos de Vladimiro Ilitch. Además, L. D. ha tenido aquí varios ataques de malaria, que influyen en la podagra y en la colitis y producen fuertes dolores periódicos

de cabeza. Hay semanas y meses enteros en que la estancia aquí se hace más llevadera, pero luego vienen semanas y meses de grandes penalidades. Tal es la realidad. Ustedes han enviado a L. D. al destierro por "contrarrevolucionario", amparándose en el artículo 56. Procederían ustedes lógicamente si declarasen que no les interesaba en lo más mínimo su salud. Con esto, no harían más que proceder de un modo consecuente. Con esa consecuencia anonadora que, si no se le pone remedio, acabará por mandar a la sepultura, no sólo a los mejores revolucionarios, sino también al partido y a la propia revolución. Pero, por miedo seguramente a la clase obrera, les falta a ustedes valor para llegar a esa consecuencia. Y en lugar de decir que la enfermedad que padece Trotsky es favorable para la causa de ustedes, puesto que tarde o temprano le imposibilitará para pensar y escribir, lo que hacen es negar redondamente la existencia de la enfermedad. Es la misma táctica que siguen en sus discursos Kalinin, Molotof y otros. El hecho de que se les obligue a dar cuenta a las masas de este asunto e intenten ustedes salir del paso de una manera tan indigna, demuestra que la clase obrera no cree las mentiras políticas que le dicen acerca de Trotsky. Tampoco creerá la que hacen circular acerca de su salud. N. J. Sedova Trotskaia."

EXPULSADO DE RUSIA

En el mes de octubre de 1928, nuestra situación cambió bruscamente. Se nos cortaron repentinamente las comunicaciones con los correligionarios, los amigos y hasta con los parientes de Moscú, y de pronto, dejamos de recibir cartas y telegramas. En la estación telegráfica de Moscú se iban acumulando, como supimos por nuestro conducto, cientos de telegramas, la mayoría de los cuales se me habían dirigido, con motivo del aniversario de la revolución de Octubre. El cerco se iba apretando cada vez más en torno nuestro.

Durante el año 1928 la oposición, a pesar de la persecución furiosa de que era objeto, no hacía más que aumentar visiblemente, sobre todo en los grandes centros industriales. Esto hizo que se extremasen las represalias, procediéndose ante todo a cortar de raíz la correspondencia que se sostenía entre los desterrados. Comprendimos que no pararían allí las cosas, y no nos equivocamos.

El día 16 de diciembre, un agente de la GPU., venido expresamente desde Moscú, me entregó el ultimátum formulado por la Policía, en el que se me pedía que abandonase la dirección de la campaña que la oposición venía sosteniendo, si no quería exponerme a medidas que "me aislasen totalmente de la vida, política". En este ultimátum no se aludía para nada a una deportación al extranjero, y yo pensé que se trataría de medidas de orden interior. Contesté al ultimátum con una carta dirigida al Comité central del partido y a la presidencia de la Internacional comunista. Creo oportuno reproducir aquí el contenido esencial de esta carta.

"Hoy, 16 de diciembre, se ha presentado ante mí Wolinsky con poderes de la GPU., trasmitiéndome de palabra, en nombre de este organismo, el siguiente ultimátum: La labor de sus correligionarios dentro del país-tales fueron casi literalmente sus palabras-ha llegado a presentar, en los últimos tiempos, marcado carácter contrarrevolucionario. Las condiciones de vida que le rodean a usted en Alma-Ata le permiten seguir dirigiendo estos trabajos, en vista de lo cual la GPU. ha decidido exigirle que diga, en términos categóricos, si está dispuesto a suspender toda su actuación, pues en otro caso se vería obligada a introducir en su vida un cambio que le aislase en absoluto de las actividades políticas. Para ello, se haría necesario desplazar el lugar de su residencia.

Hube de contestar al agente de la GPU. que no podía darle contestación más que por escrito, y eso en el caso de que también él me formulase por escrito el ultimátum de la GPU. Mi negativa a darle una contestación verbal nacía de la convicción, basada en la experiencia del pasado, de que mis palabras serían desfiguradas malignamente para desorientar a las masas obreras de Rusia y del mundo entero.

Pero, independientemente de lo que pueda hacer en este asunto la GPU., que no desempeña aquí en realidad papel alguno, sino que se limita a ejecutar técnicamente un antiguo acuerdo, conocido por mí hace ya mucho tiempo, de la reducida fracción stalinista, estimo necesario poner en conocimiento del Comité central del partido comunista, de la Unión soviética y del Comité ejecutivo de la Internacional comunista, lo siguiente:

Esa exigencia que se me hace a que renuncie a toda actuación política equivale a

decirme que renuncie a luchar por los intereses del proletariado internacional, a cuya defensa he venido consagrando sin interrupción treinta y dos años, que tanto vale decir mi vida entera, desde que tuve uso de razón. La pretensión de presentar mi labor política como "contrarrevolucionaria" procede de aquellos a quienes yo acuso delante del proletariado internacional de estar pisoteando las teorías fundamentales de Marx y de Lenin, de hollar los intereses históricos de la revolución internacional, de haber roto con las tradiciones y la obra de Octubre y de estar preparando inconscientemente, pero no por ello con menor peligro, la reacción termidoriana.

Renunciar a toda actuación política equivaldría a deponer las armas en la lucha contra la ceguera de los actuales jefes del partido comunista, que con su oportunista incapacidad para dirigir una política proletaria en gran escala, están acumulando obstáculos políticos cada vez mayores, que vienen a unirse a las dificultades objetivas con que tropieza para la reconstrucción socialista del país la República de los Soviets. Equivaldría a renunciar a seguir luchando contra el régimen hoy imperante en el partido, que no hace más que reflejar la presión cada día mayor que ejercen las clases enemigas sobre la vanguardia del proletariado.

Equivaldría a resignarse pasivamente ante la política económica del oportunismo que está minando y desarraigando los pilares de la dictadura del proletariado, que se interpone ante su desenvolvimiento material y cultural, infiriendo además golpes muy duros contra la alianza de los obreros y los trabajadores del campo, que es la base del poder de los Soviets.

El ala leninista del partido viene sufriendo una granizada de ataques desde el año 23, en que fracasó, de una manera escandalosa, la revolución alemana. La furia de estos ataques aumenta con cada nueva derrota del proletariado ruso e internacional como consecuencia de la dirección oportunista que a nuestra política se imprime.

La inteligencia teórica y la experiencia política demuestran a una que los períodos de decadencia histórica, de retroceso, es decir, de reacción, pueden sobrevenir, no sólo en las revoluciones burguesas, sino también en las proletarias. Llevamos ya seis años, en la Unión de los Soviets, viviendo bajo el signo de una reacción cada vez más aguda contra el movimiento de Octubre, en la cual late, por consiguiente, el Termidor. Y donde esta reacción cobra un volumen más visible y perfecto, dentro del partido, es en la batida furiosa que se viene dando contra el ala izquierda y en los esfuerzos que se hacen para dejarla fuera de combate en todas las organizaciones.

En las tentativas más recientes que ha venido haciendo la fracción de Stalin para defenderse contra las fuerzas manifiestamente termidorianas, no ha hecho más que alimentarse de los despojos espirituales de la oposición. La fracción gobernante no tiene talento alguno original. La campaña contra la izquierda la priva de todo equilibrio. La política práctica que viene siguiendo carece de eje, es falsa, contradictoria, desatentada. La ruidosa cruzada contra el peligro derechista no es, en sus tres cuartas partes, más que una campaña aparente, principalmente encaminada a disimular ante las masas la guerra de exterminio-ésta sí que lo es-que se está librando contra los leninistas. La burguesía del mundo entero y los menchevistas de todos los

países han declarado, al unísono, que ésta era una guerra santa. Hace ya mucho tiempo que estos jueces han sancionado "el derecho histórico" que asiste a Stalin. Sin esta política, ciega, miedosa y mezquina, de adaptación a la burocracia y a la pequeña burguesía, la situación de los trabajadores en el duodécimo año de la dictadura proletaria sería incomparablemente más próspera; la situación militar incomparablemente más fuerte y más segura, la Internacional comunista ocuparía otras posiciones y no tendría que retroceder, paso a paso, como lo hace, ante la socialdemocracia venal y traidora.

La irremediable impotencia a que se ve reducida la Administración, bajo sus apariencias externas de poder, está en no saber lo que hace. Y lo que hace, en realidad, es cumplir el mandato de las clases enemigas. No puede recaer maldición histórica mayor sobre la cabeza de un grupo gobernante, que, nacido de la revolución, no hace más que minarla.

La gran fuerza histórica de la oposición, pese a toda su aparente debilidad externa y momentánea, está en saber pulsar el proceso histórico universal, en no perder de vista la dinámica de las fuerzas de clase, en saber prever y preparar conscientemente el día de mañana. Renunciar a nuestra actividad política equivaldría a renunciar a esta preparación del día de mañana.

Al amenazarme con cambiar mis condiciones de vida y aislarme de toda actividad política, parece como si no se me hubiese mandado ya a una comarca situada a 4.000 kilómetros de Moscú y a 250 kilómetros del ferrocarril, y a una distancia aproximadamente igual de la frontera en que comienzan las provincias esteparias del occidente de China; a una comarca en que reinan la malaria, la lepra y la peste. Como si la fracción de Stalin, por medio de su órgano inmediato, que es la GPU., no hubiese ya hecho cuanto estaba de su mano para aislarme, no ya de la vida política, sino de toda vida en general. Los periódicos de Moscú tardan de diez días a un mes en llegar aquí, cuando no más. Las cartas llegan a mis manos, con raras excepciones, después de pasar dos o tres meses en los tiradores de la GPU. Y en los de la Secretaría del Comité central. Dos de mis colaboradores más íntimos, que lo venían siendo desde los tiempos de la guerra civil, los camaradas Sermux y Posnansky, que se habían decidido voluntariamente a acompañarme al destierro, fueron detenidos inmediatamente de llegar, metidos en un calabozo con los criminales de delitos comunes y deportados luego a los rincones más remotos del Norte. Una carta que me dirigió mi hija, enferma de muerte, a quien se expulsó del partido y se privó de trabajo, tardó setenta y tres días en llegar a mis manos, desde el hospital de Moscú, y cuando la recibí no tuve ya lugar a contestarla, pues mi hija había muerto. Otra carta escrita desde Moscú, en que se me daba cuenta de la grave enfermedad de mi segunda hija, expulsada también del partido y privada de trabajo, me fue entregada hace próximamente un mes, a los cuarenta y tres días de expedida. La mayoría de los telegramas que se nos dirigen preguntando por nuestra salud no llegan al punto de destino. Y en iguales o peores condiciones se tiene hoy a millares de intachables leninistas, que han contraído para con la revolución de Octubre y el proletariado internacional méritos inmensamente superiores a los de aquellos que nos mandan a la cárcel y el destierro. La reducida fracción de Stalin-a quien Lenin hubo de llamar ya en su testamento "grosero y desleal", cuando todavía estas cualidades no

habían dado de sí ni una centésima parte de lo que son hoy-trama represalias cada vez más graves contra la oposición, y, al mismo tiempo, valiéndose de los agentes de la GPU. Intenta constantemente echarnos encima todo género de "relaciones" con los enemigos de la dictadura proletaria. En sus corros, los jefes actuales no se cansan de decir: "Esto es necesario para las masas." Y a veces, la expresión es todavía más cínica: "Esto es para los tontos." A mi íntimo colaborador Georgiie Vasilievich Butof, que fue durante toda la guerra civil Secretario del Consejo revolucionario de Guerra de la República, se le detuvo y se le sometió a condiciones inauditas, intentando arrancar de aquel hombre puro y humilde, de aquel intachable camarada, una confirmación de acusaciones hechas a sabiendas de que eran falsas, desfiguradas, fraudulentas, por el procedimiento de las amalgamas termidorianas. Butof contestó a aquellas exigencias con una heroica huelga de hambre que sostuvo por espacio de cerca de cincuenta días y que, en septiembre del corriente año, acabó con su vida en la cárcel. Contra los mejores elementos bolchevistas que han permanecido fieles a las tradiciones de Octubre, se emplea la violencia, el látigo, el tormento físico y moral. Tales son, en términos generales, las condiciones que a juicio de la GPU., no oponen, por lo visto, "ningún obstáculo" a la labor política de la oposición en general ni a la mía en particular.

La mísera amenaza de cambiar estas condiciones, sometiéndonos a un aislamiento todavía mayor, parece como si la fracción stalinista hubiese tomado el acuerdo de cambiarnos el destierro por la cárcel. Este acuerdo no tiene, ya lo dejo dicho, nada de sorprendente para nosotros. Es un acuerdo previsto ya en el año 1924, y que va desarrollándose poco a poco, paulatinamente, para ir preparando insensiblemente al partido, oprimido y defraudado, a los métodos de Stalin, cuya grosera deslealtad presenta hoy todo el carácter de una felonía burocrática y venenosa. En la "declaración" que formulamos ante el 6.º congreso hubimos de escribir y literalmente-como si adivinásemos este ultimátum que hoy se me comunica: "Sólo una burocracia corrompida hasta el tuétano podía exigir de un revolucionario semejante renuncia (a seguir actuando políticamente al servicio del partido y de la revolución internacional), y sólo unos renegados despreciables podrían aceptarla."

No tengo nada que quitar ni que añadir a estas palabras.

A cada uno lo suyo. La fracción de Stalin está resuelta a seguir escuchando las sugerencias de las fuerzas de clase enemigas del proletariado. Nosotros sabemos cuál es nuestro deber, y lo cumpliremos hasta el fin.

Alma-Ata, 16 de diciembre de 1928.

L.rotsky."

Un mes entero transcurrió, desde que cursé esta carta, sin que surgiese ningún cambio en nuestra situación. Nuestras comunicaciones con el mundo exterior, incluyendo las que teníamos montadas con Moscú clandestinamente, siguieron cortadas. En el mes de enero sólo recibimos los periódicos de Moscú. Cuanto más se insistía en ellos en la

campaña entablada contra la derecha, más nos preparábamos a esperar el golpe que se tramaba contra la izquierda. Ya conocíamos los métodos de la política de Stalin.

El enviado de la GPU. de Moscú, Wolinsky, se quedó todo ese tiempo en Alma-Ata, aguardando instrucciones. El día 20 de enero se presentó, acompañado de varios agentes armados, que tomaron todas las entradas y salidas de la casa y me hizo entrega del siguiente extracto sacado del libro de actas de la GPU., sesión de 18 de enero de 1929:

“Después de deliberar acerca de la situación del ciudadano León Davidovich Trotsky, incurso en el artículo 58/10 de la Ley penal, por acusársela de sostener campañas contrarrevolucionarias consistentes en la organización de un partido clandestino hostil a los Soviets, cuya actuación se redujo durante todo este tiempo a provocar un alzamiento antisoviético y a preparar un movimiento armado contra el Poder de los Soviets,

Decretamos que el ciudadano León Davidovich Trotsky sea expulsado del territorio de la Unión de los Soviets.”

Y como más tarde me exigiesen recibo de aquella comunicación, lo extendí en los siguientes términos: “El decreto, criminal en el fondo e ilegal en la forma, de la GPU., me ha sido notificado con fecha de 20 de enero de 1929.”

Y digo que el decreto es criminal porque me acusa, a sabiendas de que falta a la verdad, de haber estado preparando un movimiento armado contra los Soviets. Pero, además esta fórmula de que se valía Stalin para cohonestar mi deportación venía a socavar de la forma más perversa el propio Poder soviético. Pues, si fuera verdad que la oposición acaudillada por los elementos de la revolución de Octubre, por los constructores de la República de los Soviets y del Ejército rojo, preparaba el derrumbamiento por las armas del Poder soviéticos esto bastaría por sí sólo para poner al descubierto la situación catastrófica del país. Pero, por fortuna, la fórmula encontrada por la GPU es una descarada invención. La política seguida por la oposición no prepara, ni ha preparado nunca, ningún movimiento armado. Todos los que formamos en ella estarnos plenamente convencidos de la profunda vitalidad y de la gran capacidad de adaptación de régimen soviético. El camino que nos hemos trazado es el de las reformas interiores.

Cuando pedí que me dijese cuándo y adónde se me había deportar, se me contestó que esto me lo diría, antes de abandonar el territorio de la Rusia europea, un agente de la GPU, que venía a nuestro encuentro. Todo el día siguiente nos lo pasamos empaquetando febrilmente nuestras cosas, que eran casi exclusivamente libros y originales. Advertiré de pasada que los agentes de la GPU no me mostraban ningún género de hostilidad, sino todo lo contrario. Al amanecer del día 22 tomé asiento con mi mujer, mi hijo y la escolta en el autobús, que nos llevó por un camino liso y cubierto de nieve hasta el puerto, por el que habíamos de remontar las montañas del Kurdai. En el puerto nos encontramos con una tormenta de nieve y el viento nos cerraba el paso. El potente tractor que había de sacarnos del trance, se hundía hasta el cuello en la nieve, con los siete automóviles que tenía que arrastrar. Durante la tormenta se quedaron helados en el puerto siete hombres y un buen golpe de caballos. Tuvimos que transbordar a varios trineos y empleamos más de siete horas en recorrer unos treinta kilómetros. A lo largo

del camino devastado veíanse emerger de la nieve muchos trineos con las lanzas punta arriba, con cargamentos para el ferrocarril de Siberia al Turquestán, que estaba en construcción, muchos carros-tanques de petróleo. Los hombres y los caballos habían salido huyendo de la nevada que se avecinaba, a refugiarse a los poblados de kirgises más próximos.

Después de pasar el puerto, volvimos a subir a un automóvil y en Pichpek tomamos el tren. Los periódicos de Moscú que nos salían al paso iban preparando a la opinión oficial para recibir la noticia de la deportación al extranjero de los caudillos de la oposición. En el distrito de Aktiubinsk nos comunican que el punto de destino para mi deportación es Constantinopla. Pido que me dejen ver a dos personas de mi familia: a mi hijo pequeño y a mi nuera, que están en Moscú. Los traen a la estación de Riask y los someten al mismo régimen que a nosotros. El nuevo enviado de la GPU., Bulanof, intenta convencerme de las grandes ventajas de Constantinopla, que yo rechazo resueltamente. Bulanof conferencia por el hilo directo con Moscú. En Moscú lo han previsto todo; lo único que no han previsto es que yo pueda negarme a pasar voluntariamente la frontera. El tren, al que han hecho variar de dirección, se pone pesadamente en movimiento y va a detenerse en una vía muerta, junto a una pequeña estación solitaria, donde muere entre dos traviesas. Así se pasan varios días, uno tras otro. Los montones de latas vacías de conserva en torno al tren van en aumento. Los cuervos y los grajos vienen en bandadas a revolver en ellas, buscando botín. Soledad. Desolación. Por aquí no hay liebres: el otoño pasado hubo una epidemia que las exterminó. Pero, en cambio, se ve el rastro fresco de un zorro, que llega hasta muy cerca del tren. La máquina sale todos los días con un coche camino de una estación grande a buscar la comida y los periódicos. En nuestro coche se ha desatado una epidemia de gripe. No hacemos más que leer a Anatole France y la Historia de Rusia, de Kliutchevsky. Leo también a Panait Istrati; es la primera vez que me encuentro con este autor. El frío desciende hasta 38 grados Réaumur, y la locomotora tiene que ponerse a pasear por los rieles para no helarse. Por el éter vienen las ondas de las estaciones radiotelegráficas preguntando dónde estamos. Pero nosotros no nos enteramos de estas llamadas; distraemos las horas jugando al ajedrez. Y aunque nos enterásemos, no podríamos contestar, pues nos han traído aquí de noche y ni nosotros mismos sabemos dónde estamos.

Así pasan doce días y doce noches. Por los periódicos, nos informamos de que han hecho otra redada de detenciones, en la que cayeron varios centenares de hombres, de ellos unos ciento cincuenta del "centro trotskista". En los periódicos venían los nombres siguientes: Kavtaradse, antiguo presidente del Soviet de Comisarios del pueblo, de Georgia; Mdvani, antiguo representante comercial de los Soviets en París; Woronsky, el mejor crítico literario ruso, y algunos otros más. Viejos obreros del partido todos, caudillos del movimiento de Octubre. El día 8 de febrero nos comunica Bulanof que, a pesar de todas las instancias de Moscú, el Gobierno alemán se niega resueltamente a visarme el pasaporte, en vista de lo cual le han dado orden definitiva de acompañarme a Constantinopla.

-Pero, conste-le dije-que me opongo y que lo declararé así en la frontera turca.

-Con eso no conseguirá usted nada, pues, de todas maneras, le trasladaremos a usted a Turquía.

-Ah, ¿de modo que se han puesto ustedes de acuerdo con la policía turca para hacerme pasar por la fuerza la frontera?

Un gesto evasivo, como diciendo: Nosotros no hacemos más que ejecutar órdenes

Después de doce días de parada, el tren vuelve a ponerse en movimiento. El pequeño tren crece conforme aumenta la escolta. Desde Pichpek no nos había sido posible bajar del coche en todo el trayecto. Ahora, vamos a toda velocidad camino del Sur. Sólo nos detenemos a reponer agua y combustible, y siempre en pequeñas estaciones. Son todas precauciones adoptadas bajo la impresión de la manifestación organizada en Moscú para despedirme, cuando me sacaron conducido, en enero de 1928. Durante el viaje, los periódicos nos traen un eco de la nueva y furiosa campaña desencadenada contra los trotskistas. No es difícil leer entre líneas la lucha sostenida entre los dirigentes en torno a mi expulsión. Pero a la fracción stalinista le corre prisa. Tiene sus razones para acelerar el paso. Mas, para ello, hubo de vencer ciertos obstáculos políticos y hasta físicos. El vapor Kalinin, que tenían preparado para sacarme de Odesa, estaba aprisionado entre los hielos. Todos los esfuerzos que hicieron los rompehielos para libertarlo fueron inútiles. Moscú no se retira del telégrafo, metiendo prisa. A toda velocidad, preparan para hacerse a la mar el vapor Ilitch. El tren en que íbamos llegó a Odesa en la noche del día 10 de febrero. Por la ventanilla desfilaron ante mis ojos todos aquellos lugares con los que estaba tan familiarizado, pues en aquella ciudad había pasado siete años, estudiando en el Instituto. Colocaron el coche junto al costado del vapor. Estaba cayendo una buena helada. Y a pesar de ser ya muy tarde de la noche, el muelle estaba acordonado por agentes y tropas de la GPU. Aquí hubimos de despedirnos de nuestro hijo y de la nuera, que habían compartido nuestra prisión en las dos últimas semanas. Cuando divisamos el vapor por la ventanilla del coche, nos acordamos de otro que nos condujo también, como éste, a un punto de destino que nosotros no habíamos elegido. Nos acordamos de aquel día del mes de marzo del año 1917, junto a Halifax, en que los marineros de guerra ingleses me sacaron en brazos, delante de todo el pasaje, del barco noruego Christianiafiord. Mi familia constaba entonces del mismo número de miembros, con la diferencia de que todos eran doce años más jóvenes.

El Ilitch zarpó del puerto de Odesa, sin carga y sin pasaje, hacia la una de la mañana. Hasta unas sesenta millas mar adentro, nos fué abriendo paso un rompehielos. De la tormenta que había descargado aquí ya no nos cogió más que el último aletazo. El día 12 de febrero entrábamos en el Bósforo. Al oficial de la policía turca que subió a bordo a inspeccionar el pasaje-que se reducía, fuera de los agentes de la GPU, a mi familia y a mí-le entregué la siguiente declaración escrita, para que la cursase al Presidente de la República turca, Kemal Paschá:

“Muy estimado señor mío: Desde las puertas de Constantinopla, tengo el honor de poner en su conocimiento que no he venido hasta aquí por mi voluntad y que, si paso la frontera

turca, es porque se me obliga a hacerlo por la fuerza. Sírvase usted, señor Presidente, aceptar los sentimientos a que me fuerza esta situación. L. Trotsky. 12 de febrero de 1929.” Esta declaración no surtió ningún efecto. El vapor enfiló el puerto. Después de un viaje de veintidós días con un recorrido de 6.000 kilómetros, arribamos a Constantinopla.

EL PLANETA SIN VISADO

Estamos en Constantinopla. Al principio, vivimos en el edificio del Consulado; luego, nos instalamos en un cuarto particular. Reproduzco algunas líneas del Diario de mi mujer, correspondientes a esta época: "Apenas merece la pena pararse a hablar de estos pequeños aventureros a quienes se confió el encargo de trasladarnos a Constantinopla. Mentirucas y pequeñas coacciones. Referiré tan sólo un episodio. Yendo todavía en el tren, camino de Odesa, como Bulanof, el representante de la GPU., empezase a hacer una serie de consideraciones sin sentido acerca de nuestra seguridad personal en el extranjero, L. D. le interrumpió para decirle:

-Dejen ustedes a Sermux y Posnansky, mis colaboradores, venir conmigo; sería la única medida un poco eficaz que podrían tomar.

Bulanof transmitió estas palabras inmediatamente a Moscú. En una de las estaciones siguientes volvió a presentarse, comunicándonos, con aire de solemnidad, la contestación recibida: la GPU., es decir, el "Buró político", accedía a lo solicitado.

-No le creo- repuso L. D. riéndose.

-¡Entonces-exclamó Bulanof, muy ofendido-diga usted que soy un canalla!

-No ha sido mi intención ofenderle a usted-contestó L. D.-ni tengo por qué; no he querido decir que me engañe usted, sino Stalin.

Cuando hubimos llegado a Constantinopla, L. D. pidió noticias acerca de Sermux y Posnansky. A los pocos días, el representante consular nos transmitía la contestación telegráfica de Moscú, diciendo que no se les dejaría salir de Rusia. Pues así nos ocurrió con todo."

Apenas llegados a Constantinopla, la prensa se encargó de volcar sobre nosotros un torrente de rumores, invenciones y conjeturas que no acababan nunca. La prensa, que no tolera que haya el menor vacío en sus informaciones, no escatima nada para colmarlos. Para que la simiente no se pierda, la naturaleza se encarga de desparramarla pródigamente a los cuatro vientos. La prensa procede de un modo parecido. Coge todos los rumores que encuentra al paso y los echa al voleo, aumentados en tercio y quinto. Y para que se confirme una versión veraz, hay cientos y miles de noticias que mueren en flor. A veces, pasan unos cuantos años hasta que la confirmación llega. Y se daban también casos en que el momento de la verdad no llega nunca.

Lo que a uno más le sorprende es ver, en cualquier asunto en que se halle vivamente interesada la opinión pública, qué extremos alcanza la humana mendacidad. Lo digo sin asomo de indignación moral, en el tono con que habla el naturalista cuando aduce un hecho. La necesidad, y a la par la costumbre, de mentir, reflejan las contradicciones del medio social en que vivimos. Podría uno afirmar, sin miedo a equivocarse, que los periódicos no dicen la verdad más que en casos excepcionales. Y con esto no quiero, ni mucho menos, ofender a los periodistas, seres que no se distinguen gran cosa de los demás mortales. Son, sencillamente, su portavoz y auricular.

Zola escribió de la prensa financiera francesa que podía dividirse en dos grupos:

la venal y la titulada "incorruptible", es decir, aquella que sólo se vendía en casos especiales y por mucho dinero. Algo parecido se podría decir acerca de la mendacidad de los periódicos en general. La prensa amarilla bulevardiera miente constantemente, sin reparos ni miramientos de ninguna clase. En cambio, periódicos del corte del Times o el Temps dicen verdad en los asuntos triviales e indiferentes para, de este modo, conquistarse el derecho de engañar a la opinión en los asuntos grandes con la necesaria autoridad.

Ese Times precisamente fué quien dió, al poco tiempo de llegar yo a Turquía, la noticia de que Trotsky iba destinado a Constantinopla, de acuerdo con Stalin, para, desde allí, preparar la conquista militar de los países del lejano Oriente. De modo que el duelo de seis años que yo había venido sosteniendo contra los epígonos, no era, según esto, más que una comedia vil en que nos habíamos repartido los papeles. ¿Pero, hay alguien que crea esto?, se preguntarán los optimistas. Sí que los hay. Muchos. Es posible que Churchill no dé crédito a su periódico. Pero Clynes, en cambio, le creerá a pies juntillas; por lo menos, a medias. En eso consiste precisamente la mecánica de la democracia capitalista, o, por mejor decirlo, uno de sus resortes más importantes. Pero cerremos esta digresión. Ya tendremos ocasión de volver sobre mister Clynes. A poco de estar en Constantinopla, leí en un periódico de Berlín el discurso pronunciado por el presidente del Reichstag para conmemorar el décimo aniversario de la Constitución de Weimar. El discurso terminaba con las palabras siguientes: "Y nada tendría de particular que llegásemos incluso a brindar al Sr. Trotsky un asilo de libertad en nuestro país." (Vivos aplausos en la mayoría.)

Las palabras de Herr Löbe me pillaron completamente desprevenido, pues todo lo ocurrido anteriormente parecía indicar que el Gobierno alemán se negaba de un modo resuelto a dejarme entrar en su territorio. Así, a lo menos, me lo habían afirmado categóricamente los agentes de los Soviets. El día 15 de febrero llamé a mi presencia al delegado de la GPU que me había conducido a Constantinopla, y le dije:

-Tengo que suponer, pensando lógicamente, que se me informó de una manera falsa. El discurso de Löbe fué pronunciado el día 6 de febrero. De Odesa no salimos, rumbo a Turquía, hasta la noche del 10. Aquel discurso tenía que, ser conocido ya en Moscú, a la fuerza. Le ruego que telegráfie inmediatamente solicitando que, esta vez de verdad y remitiéndose al discurso, pidan a Berlín el visado para mí. Es el camino más airoso que se le ofrece a Stalin para liquidar la intriga de que manifiestamente me ha hecho víctima al decir que se me negaba el permiso para entrar en Alemania. A los dos días, el representante de la GPU acudió con la siguiente respuesta:

-De Moscú contestan a mi telegrama insistiendo en que el Gobierno alemán se negó resueltamente a dar el visado ya en los primeros días de febrero y que carece de objeto reiterar la petición, pues el discurso de Löbe no tiene carácter oficial ni compromete a nada. Y que si quiere convencerse de que esto es verdad, solicite usted personalmente el visado.

Yo no podía dar crédito a esta versión. Parecíame que el presidente del Reichstag

tenía que conocer mejor que los agentes de la GPU. las intenciones de su partido y de su Gobierno. Aquel, mismo día, telegrafíé a Löbe diciéndole que, en vista de sus palabras, me dirigía al Cónsul de Alemania solicitando el visado de mi pasaporte. La prensa democrática y la socialdemócrata hacían resaltar, no sin cierta fruición, el hecho de que un defensor de la dictadura revolucionaria se viera obligado a buscar asilo en un país democrático. Y hasta hubo algunos que expresaron la esperanza de que aquella lección me enseñase a respetar un poco más, en lo sucesivo, las instituciones de la democracia. A mí no me quedaba más que esperar a ver qué giro tomaba en la realidad aquella lección.

Es indudable que el derecho democrático de asilo no consiste en que un gobierno brinde hospitalidad tan sólo a sus parciales, pues esto lo ha hecho también, sin tener nada de demócrata, Abdul Hamid. Tampoco consiste, me parece, en que la democracia admita en su seno a los expulsados, previo el permiso del Gobierno que los expulsa. El derecho de asilo consiste-teóricamente-en que el Gobierno preste acogida y refugio aun a sus enemigos, bajo la sola condición de que respeten las leyes del país. Era evidente que yo sólo podía entrar en Alemania como enemigo irreconciliable del Gobierno socialdemócrata. Al representante de la prensa socialdemocrática en Constantinopla, que fué a pedirme una interviú, le hice, a este propósito las declaraciones necesarias, que voy a reproducir aquí tal y como las transcribí a raíz de hacerlas:

"Y puesto que he pedido autorización para entrar en Alemania, cuyo Gobierno está integrado en gran parte por socialdemócratas, me interesa, ante todo, decir sin ambages cuál es mi posición respecto a la socialdemocracia. En este punto, nada ha cambiado. Mi actitud ante la socialdemocracia sigue siendo la de siempre. Más aún: puede afirmarse que la campaña que vengo sosteniendo contra la fracción centrista de Stalin no es, en realidad, más que un reflejo de mi campaña contra la socialdemocracia en general. Ni a ustedes ni a mí nos convienen, en este punto, vaguedades ni equívocos.

Algunos periódicos socialdemócratas se empeñan en encontrar contradicción entre mi modo de enjuiciar la socialdemocracia y el hecho de que solicite entrar en Alemania. No hay tal contradicción. Nosotros no "repudiamos" la democracia, como lo hacen, por ejemplo-de palabra-, los anarquistas. Es innegable que la democracia burguesa tiene sus méritos, comparada con las formas de gobierno que la han precedido. Pero no es un régimen eterno. Tarde o temprano, tiene que dejar el puesto al socialismo. Y el puente para llegar al régimen socialista es la dictadura del proletariado.

En todos los países capitalistas vemos a los comunistas intervenir en las luchas parlamentarias. Pues bien: el que nos aprovecharnos del derecho de asilo no se diferencia en nada, sustancialmente, del hecho de que hayamos de aprovecharnos del derecho de sufragio, de la libertad de palabra y de reunión, etc."

Esta interviú no llegó, que yo sepa, a ver la luz pública. Y no tiene nada de extraño que se quedase inédita. No obstante, en la prensa socialdemócrata se alzaron algunas voces sosteniendo que debía concedérseme el asilo solicitado. Un abogado socialdemócrata, el Dr. K. Rosenfeld, tomó en su mano, por propia iniciativa, sin que yo le pidiese nada, las

gestiones necesarias para que se me autorizase a entrar en su país. Indudablemente, debió de tropezar desde el primer momento con ciertas resistencias, pues a los pocos días me preguntaba por telégrafo a qué restricciones estaría dispuesto a someterme durante el tiempo que pasase en Alemania. He aquí mi contestación: "Propóngome vivir completamente aislado fuera de Berlín, no actuar nunca en asambleas públicas y limitarme a mis trabajos de publicista, dentro de lo que consientan las leyes alemanas."

Como se ve, ya no se trataba del derecho democrático de asilo, sino del derecho a vivir en Alemania sujeto a un estado de excepción. Es decir, que la lección de democracia que querían brindarme los adversarios quedaba un tanto mutilada. Pero no habían de parar aquí las cosas. A los pocos días, nueva pregunta telegráfica: ¿Qué si estaría dispuesto a entrar en Alemania exclusivamente para ponerme en cura? Mi contestación por telégrafo: "Ruego, al menos, se me conceda posibilidad de pasar en Alemania la temporada que necesito urgentemente para mi curación."

Ahora, el derecho de asilo quedaba ya reducido a un mísero derecho de tratamiento médico. Al efecto, cité una serie de médicos alemanes eminentes que me habían tratado durante los diez años anteriores y de cuyos auxilios estaba ahora, más que nunca, necesitado.

Allá por Pascuas, los periódicos alemanes empezaron a dar una nota nueva: que si la gente del Gobierno se inclinaba a creer que Trotsky no estaba tan grave que necesitase imprescindiblemente de los auxilios de los médicos y balnearios alemanes. El 31 de marzo hube de telegrafiar al Dr. Rosenfeld en los términos siguientes: "Según las noticias de los periódicos, no estoy aún tan desahuciado que necesite acudir a Alemania. Y pregunto, ¿es que Löbe quiso brindarme el derecho de asilo o el derecho al cementerio? No tengo inconveniente en someterme al examen de la comisión de médicos que se nombre. Me obligó a salir de Alemania terminada la curación."

Poco a poco, en término de unas cuantas semanas, el principio democrático había venido a reducirse a una tercera parte de su contenido original. El derecho de asilo convirtiéndose, primero, en un derecho de residencia bajo un estado de excepción, luego, en un derecho al tratamiento médico y, por fin, en un derecho a la sepultura. Por lo visto, para gozar de las ventajas de la democracia en todo su esplendor, tenía que esperar a ser cadáver.

A este telegrama no obtuve contestación. Pasados algunos días, volví a telegrafiar a Berlín:

"Interpreto silencio como una forma poco leal de negativa."

Con esto, conseguí que el día 12 de abril, o sea a los dos meses de entabladas las negociaciones, se me notificase que el Gobierno alemán había resuelto negativamente mi solicitud. Ya no me quedaba más que telegrafiar a Löbe, presidente del Reichstag, como lo hice, en los términos siguientes:

"Lamento mucho que se me deniegue la posibilidad de estudiar prácticamente las ventajas del derecho democrático de asilo. Trotsky."

Tal es la breve y sustanciosa historia de mi primer intento para conseguir un visado

“democrático” en Europa.

Claro está que, porque me hubieran concedido el derecho de asilo, no iba a conmovirse en lo más mínimo la teoría marxista del Estado de clase. El régimen de la democracia no responde a principios soberanos, sino a las necesidades reales de la clase gobernante, y este régimen abarca, entre otros, por la fuerza de su lógica interna, el derecho de asilo. Por el hecho de que se brinde acogida a un revolucionario socialista no queda desvirtuado en lo más mínimo el carácter burgués de la democracia. Pero huelga la argumentación, pues ya hemos visto que en esta Alemania gobernada por socialdemócratas el derecho de asilo no rige.

El día 16 de diciembre me había invitado Stalin, por mediación de la GPU., a que renunciase a toda actividad política. Es la misma condición que formularon, como cosa evidente, los periódicos alemanes, en el debate que se abrió en la prensa en torno al derecho de asilo. Esto quiere decir que el Gobierno de Müller y Stresemann tenía por peligrosas y nefandas las mismas ideas perseguidas por Stalin y Thälmann y sus secuaces. Stalin por la vía diplomática y Thälmann por medio de una campaña de agitación, presionaron al Gobierno alemán para que no me dejase entrar en su territorio, y al hacerlo así, hay que suponer que obraban en interés de la revolución proletaria. Pero es el caso que, mientras tanto, por el otro flanco, apretaban Chamberlain, el conde de Westarp y otros personajes por el estilo para que se me negase el visado... en interés del orden capitalista. Y he aquí cómo Hermann Müller pudo, por una vez, dejar satisfechos por igual a sus socios de la derecha y a sus aliados de la izquierda. El Gobierno socialdemócrata fué en este caso el gran elemento de enlace para mantener la unidad del frente internacional contra el marxismo revolucionario. El que quiera formarse una idea de este frente único no tiene más que leer las primeras líneas del “Manifiesto comunista” de Marx y Engels: “Todas las potencias de la vieja Europa- el papa y el zar, Metternich y M. Guizot, los radicales franceses y la policía alemana, todos-se han conjurado en una jauría santa contra este espectro que es el comunismo.” Aunque hoy los nombres sean otros, el contenido no ha cambiado gran cosa. El cambio de menos monta es, desde luego, el de los gendarmes alemanes en socialdemócratas. En el fondo, estos -caballeros defienden exactamente lo mismo que defendían los gendarmes de los Hohenzollers.

En la variedad de razones que hubo de alegar la democracia para negarme el visado, las hay para todos los gustos. El Gobierno noruego se dejó guiar exclusivamente-nunca se lo sabré agradecer bastante-por consideraciones atentas a mi seguridad personal. Jamás pensé que tenía en Oslo, y ocupando puestos tan elevados, unos amigos tan cariñosos. No hay que decir que el Gobierno noruego es un entusiasta del derecho de asilo, exactamente igual que el alemán, el francés, el inglés y todos los demás Gobiernos del mundo. Ya sabemos que el derecho de asilo es un principio sacrosanto e incommovible. Sólo que, en Oslo, el expulsado que quiera acogerse a él tiene que presentar previamente un certificado de que no van a asesinarle. Una vez cumplido con este trámite, se le brinda hospitalidad... siempre, naturalmente, que no, haya otros obstáculos que se opongan a ello.

A los debates entablados en Storthing acerca del visado de mi pasaporte debemos un documento político incomparable. Su lectura me ha indemnizado, por lo menos a medias, de la negativa opuesta a los amigos de Noruega que solicitaron autorización para que se me permitiese la entrada en su país.

El presidente del Consejo de ministros de Noruega, como era de rigor, cambió impresiones acerca del visado de mi pasaporte con el jefe de la policía secreta, cuya competencia en materia de principios democráticos-lo concedo sin el menor reparo-indiscutible. Según, la referencia que dió el propio Primer ministro, el jefe de la policía secreta fué de parecer que era más prudente dejar a los enemigos de Trotsky el campo libre para que liquidasen sus cuentas con él fuera de las fronteras de Noruega. No que expresase el pensamiento con tanta claridad, pero... el sentido era ese. Por su parte, el ministro de justicia hizo saber al Parlamento que el organizar la protección de Trotsky supondría una carga grande para el presupuesto de Noruega. El principio de la economía del erario, que es también uno de los principios democráticos indiscutidos, estaba esta vez en pugna irreductible con el derecho de asilo. De todas maneras, el resultado era éste: el que menos puede confiar en obtener asilo es el que más lo necesita.

Fué mucho más ingeniosa la conducta del Gobierno francés, el cual se limitó a decir que la orden de mi expulsión, decretada en tiempos por M. Malvy, estaba en vigor aún por no haber sido derogada. En el camino de la democracia se alzaba este obstáculo, perfectamente insuperable. Sin embargo, ya más arriba tuve ocasión de contar cómo el Gobierno francés no tuvo en cuenta, cuando le convino, la orden de expulsión de Malvy, vigente todavía por lo visto, para poner a mi disposición sus oficiales, ni, a pesar de aquel anatema, tuvieron tampoco escrúpulo en visitarme varios diputados, los embajadores y un presidente del Consejo de Francia. Al parecer, estos sucesos y la orden de M. Malvy ocurrían en dos mundos perfectamente extraños. La situación, al presente, era esta: Francia me abriría, indudablemente, sus puertas, si en sus archivos policíacos no se custodiase esa orden de expulsión, decretada a requerimiento de la diplomacia zarista. Y ya se sabe que una orden de policía es algo así como la estrella polar: no hay manera de arrancarla ni de hacerla cambiar de sitio.

Pero, en fin, cualesquiera que sean los motivos, lo cierto es que también de Francia había sido desterrado el famoso derecho de asilo. ¿Cuál era, entonces, el país a que había tenido que ir a buscar... asilo este derecho tan maltratado? ¿Acaso Inglaterra?

El día 5 de junio de 1929, los laboristas independientes, que cuentan entre sus miembros a Macdonald, me invitaron, por propia iniciativa y con carácter perfectamente oficial, a que me trasladase a Inglaterra para dar una conferencia en la Escuela del partido. La invitación, firmada por el Secretario general del partido, rezaba así: "No hay razón alguna para suponer que, habiéndose formado aquí un Gobierno obrero, surja ninguna dificultad respecto a su viaje para el fin indicado." Y sin embargo, surgió. No sólo se me prohibió dar la conferencia a los correligionarios de Macdonald, sino también utilizar los auxilios de los médicos ingleses. Se me denegó el visado lisa y llanamente. Clynes defendió la negativa ante la Cámara, explicando el sentido filosófico de la democracia

con una honradez de que hubiera podido hacer gala un ministro de Carlos II. El derecho de asilo, según Mr. Clynes, no consiste en el derecho del súbdito expulsado a reclamar asilo, sino en el derecho soberano del Estado a denegarlo. Esta declaración de Clynes no deja de ser interesante, pues echa por tierra de un manotazo los fundamentos de la que llaman "democracia". Interpretado en ese sentido, no hay duda que la Rusia zarista amparó siempre el derecho de asilo. Cuando el Sah de Persia, no habiendo conseguido colgar a todos los revolucionarios, hubo de trasponer las fronteras de su amada patria, Nicolás II no sólo le dispensó acogida, sino que le instaló muy confortablemente en Odesa. Y sin embargo, a ninguno de los revolucionarios irlandeses se le pasó por las mientes buscar asilo en la Rusia de los zares, cuya Constitución estaba basada en un todo sobre el principio que propugna Clynes, a saber: que los súbditos deben contentarse con lo que el Estado les da o les quita. Recientemente, y coincidiendo también en un todo con esta teoría, Mussolini brindó el derecho de asilo al Padishá del Afganistan.

Míster Clynes, que es un hombre devoto, debía saber, por lo menos, que la democracia ha heredado el derecho de asilo, en cierto modo, de la Iglesia cristiana, la cual lo tomó a su vez, con muchas otras cosas, del paganismo. Los delincuentes perseguidos no tenían más que refugiarse en el interior de un templo-a veces, les bastaba con tocar el picaporte-y quedaban libres de toda persecución. Es decir, que la Iglesia reconocía el derecho de asilo como eso, como un derecho del perseguido a buscar asilo en su seno, y no como una potestad arbitraria concedida al sacerdote pagano o al ídolo cristiano. Yo siempre había pensado que los devotos laboristas, que saben tan poco de socialismo, conocerían bien, ya que otra cosa no fuera, las tradiciones eclesiásticas. Pero ahora, veo que estaba equivocado.

Lo que no me explico es por qué Clynes se detiene en los umbrales de esa su teoría del Derecho político. ¡Lástima! El derecho de asilo no es, en rigor, más que una de las ruedas en el engranaje de la democracia. No se diferencia de la libertad de palabra, de la libertad de reunión, etc., ni por sus orígenes históricos ni por su naturaleza jurídica. Míster Clynes llegará pronto-así lo esperamos-a la conclusión de que la libertad de palabra no es tampoco un derecho que tenga el ciudadano a expresar tales o cuales pensamientos, sino el derecho del Estado a prohibir a sus súbditos que tengan pensamientos. Por lo que toca al derecho de huelga, ya la legislación inglesa se ha adelantado a sacar el corolario práctico de aquel teorema.

Clynes tuvo la mala estrella de necesitar defender en voz alta sus procedimientos, pues no faltaron en la fracción laborista del Parlamento diputados que formularan al señor ministro preguntas, aunque muy corteses, bastante embarazosas. En la misma desagradable situación se vió al presidente del Consejo de ministros de Noruega. En cambio, el Gobierno alemán vióse libre de tan desagradable trance. En todo el Reichstag, no hubo un solo diputado que se interesase en lo más mínimo por el derecho de asilo. Circunstancia harto sorprendente, si se recuerda que el presidente de la Cámara, entre los aplausos de la mayoría, me había brindado espontáneamente con la posibilidad de concederme el asilo en su territorio cuando aún no lo había solicitado.

La revolución rusa no proclamó ninguno de los principios abstractos de la democracia, ni siquiera el derecho de asilo. Es sabido que la República de los Soviets abraza abiertamente el régimen de dictadura del proletariado. Pero esto no impidió a Vandervelde y a otros socialdemócratas pasar la frontera soviética y hasta actuar en Moscú de defensores de quienes habían atentado contra la vida de los caudillos de la revolución.

También nos visitaron los actuales ministros ingleses. No acierto a acordarme de todos los que fueron-ni tengo tampoco a mano medios para informarme-, pero sí recuerdo que entre ellos se encontraban Mr. Snowden y Mrs. Snowden. Esto ocurría, si no me equivoco, en el año 1920. Y los Soviets no les recibieron simplemente como turistas, que es lo que debieron hacer, sino como invitados. Se les reservó un palco en el Gran Teatro de Moscú. En relación con esto, me acuerdo de un pequeño episodio que brevemente voy a relatar. Yo acababa de llegar del frente, preocupado con pensamientos que distaban bastante de nuestros visitantes ingleses, cuyos nombres ni siquiera conocía, pues apenas había cogido un periódico; mis preocupaciones eran muy otras. La comisión encargada de recibir a Snowden, Mrs. Snowden y a sus acompañantes, entre los cuales me parece recordar que figuraban Bertrand Russel y Williams, estaba presidida por Losovsky. Este me mandó a decir por teléfono que la comisión exigía mi presencia en el teatro, donde a la sazón se encontraban los visitantes ingleses. Intenté excusarme. Pero Losovsky insistió, diciéndome que la comisión tenía plenos poderes del "Buró político" y que yo debía dar a los demás un ejemplo de disciplina. No tuve más remedio que ir, aunque muy de mala gana. En el palco, habría como unos diez ingleses. El teatro estaba abarrotado de público. En el frente habíamos conseguido por aquellos días grandes victorias, y el teatro entero aplaudió y aclamó estrepitosamente nuestros triunfos. Los ingleses me rodearon y aplaudieron también. Entre los que aplaudían, estaba Mr. Snowden. Hoy, seguramente que se avergüenza un poco de aquellos aplausos. Pero es un poco difícil borrarlos de la realidad. También yo borraría de buen grado, si pudiese, aquel episodio, pues mi "confraternización" con los laboristas fué algo más que una simple equivocación; fué un error político. Me quité de encima a los ingleses tan pronto como pude y me fui a ver a Lenin, a quien encontré excitadísimo: . -¿Es cierto-me pregunta-que ha hecho usted acto de presencia en el palco con esos caballeros? (aunque no fué precisamente la palabra "caballeros" la que empleó).

Yo hube de apelar a Losovsky, a la comisión del Comité central, a la disciplina y, sobre todo, al hecho de que no tenía la menor idea de quiénes eran aquellos señores. Lenin se indignó sobremanera con la comisión en general y con Losovsky en particular. Yo, por mi parte, tardé mucho tiempo en perdonarme aquella insigne torpeza. Uno de los actuales ministros ingleses estuvo en Moscú, si mal no recuerdo, repetidas veces; en todo caso, pasó una temporada de descanso en la República de los Soviets, viviendo en el Cáucaso, donde hubo de visitarme. Me refiero a Mr. Lansbury. La última vez que le vi fue en Kislovodsk. Me rogaron que me acercase, aunque solo fuese por un cuarto de hora, a la "Casa de Descanso", donde se alojaban varios miembros de nuestro partido y unos cuantos extranjeros. Encontré a varias docenas de hombres rodeados

a una mesa grande. Estaban celebrando una especie de modesto banquete. Ocupaba la presidencia el homenajeado, que era Mr. Lansbury. Al entrar yo, el homenajeado pronunció un pequeño discurso, y luego, se puso a cantar en mi honor el "For he's a jolly good fellow". Tales fueron los sentimientos que me expresó Mr. Lansbury en el Cáucaso. Tampoco a él le desagradaría hoy poderlo olvidar..

Al cursar la solicitud pidiendo el visado del pasaporte, puse dos telegramas a Snowden y a Lansbury, recordándoles que ellos habían disfrutado de la hospitalidad rusa y de la mía personal. Supongo que estos telegramas no les impresionarían gran cosa. En política, los recuerdos tienen casi tan poca importancia como los principios democráticos. A principios de mayo de 1929, estando ya en Prinkipo, tuve el gusto de recibir la visita de Mr. Sydney Webb y Mrs. Beatrice Webb. Hablamos de las probabilidades de que el partido laborista llegase a formar Gobierno. Yo observé incidentalmente que, caso de subir al Poder Macdonald, solicitaría inmediatamente el visado para Inglaterra. Mr. Webb manifestóse en el sentido de que probablemente el Gobierno, si se formaba, no sería lo bastante fuerte ni lo bastante libre tampoco, toda vez que dependería de los liberales. Yo repuse que un partido que se encontraba sin fuerza bastante para asumir las responsabilidades de sus actos, no tenía derecho a hacerse cargo del Poder.. Por lo demás, no era necesario que sometiésemos a una nueva revisión nuestra divergencia irreducible de opiniones. Webb aceptó una cartera en el Gobierno y yo solicité el visado. Macdonald me lo negó, pero no porque los liberales le impidiesen practicar sus principios de democratismo. Al contrario: el Gobierno de los laboristas se negó a dar el visado... a pesar de las protestas de los liberales. Mr. Webb no había previsto esta variación del tema. Claro está que cuando habló conmigo no, tenía aún el título de Barón da Passfield.

A algunas de estas personas de que he hablado las conozco personalmente. De las demás, puedo juzgar por analogía. Creo que tengo bastantes elementos de juicio para formarme una idea exacta de cómo son. Son todas gentes que han escalado los puestos que ocupan gracias al incremento automático de las organizaciones obreras, sobre todo después de la guerra, y al agotamiento político del liberalismo. Han perdido hasta los últimos vestigios de aquel idealismo simplista que algunos de ellos abrazaban hace unos veinticinco o treinta años. A cambio de él, adquirieron la rutina política y la falta de escrúpulos en la elección de los medios. Pero su horizonte mental es el mismo de siempre: miedoso, mezquino, y sus métodos dialécticos inmensamente más atrasados que los métodos de producción de las minas inglesas de carbón, que ya es decir. Lo que más les desazona es que los palatinos y los grandes capitalistas no los tomen en serio. Y no es extraño, pues, colocados al frente del Poder, por fuerza tienen que sentir de un modo inmediato su pequeñez. No poseen las dotes de las antiguas pandillas gobernantes, en que la tradición y los hábitos de mando se transmitían de generación en generación y servían, con harta frecuencia, para suplir la razón y el talento que faltaban. Pero no poseen tampoco lo único que podía hacer de ellos una potencia verdadera: la fe en las masas y la capacidad para sostenerse sobre sus propios pies. Temen a las masas que los exaltaron al Poder, como temen a los clubs conservadores, cuyo esplendor ofusca su

pobre imaginación. Para justificar su advenimiento al Poder no tienen más remedio que demostrar a las antiguas clases gobernantes que no son unos "parvenus" revolucionarios cualesquiera. ¡Dios nos libre! No, nada de eso: son personas perfectamente merecedoras de la confianza que en ellas se deposita: rendidamente fieles al rey, a la iglesia, a la Cámara de los Lores y a los títulos de la nobleza; es decir, que no sólo adoran en la sacrosanta propiedad privada, sino en todas las barreduras y despojos de la Edad Media. ¿Solicita un revolucionario el visado para entrar en el país? ¡Magnífica ocasión para demostrar una vez más la respetabilidad a que son acreedores! Yo, por mi parte, me alegro mucho de haberles deparado esa ocasión. Ya llegará la hora de ponerlo todo en cuenta. En la política, como en el mundo de la materia, nada se pierde ni nada se destruye... No hace falta tener una gran imaginación para representarse la entrevista celebrada por Mr. Clynes con su subordinado, el jefe de la policía política. En esta entrevista, Clynes adoptaría la aptitud del examinando que teme que el juez examinador le encuentre poco formado, poco moderado y conservador. Seguro que el jefe de policía no necesitaría esforzarse mucho para sugerirle a Mr. Clynes aquella resolución que al día siguiente había de recibir con unánime aplauso la prensa conservadora. Lo malo fué que esta prensa no se limitó a aplaudir, sino que aplaudió con un sarcasmo cruel, sin recatar el desprecio que le merecían hombres como aquellos que así se arrastraban para arrancar su aplauso. No habrá nadie que afirme que el Daily Express, por ejemplo, sea una de las instituciones más inteligentes del mundo. Y, sin embargo, no puede negarse que supo encontrar las palabras más venenosas para ensalzar al Gobierno laborista por el celo con que había procurado proteger al "pobre Macdonald" de la presencia de un silencioso vigía revolucionario.

¿Y estas gentes son las que van a poner la primera piedra para un orden social nuevo? No hay tal; son, pura y simplemente, las penúltimas reservas del orden antiguo. Y digo las penúltimas, pues las últimas las ofrecen siempre las represiones materiales.

Confieso que la apelación a las democracias europeas, en este pleito del derecho de asilo, me ha valido, de pasada, muchos ratos de regocijo. A veces, parecíame estar asistiendo a la representación de una especie de comedia "paneuropea", en un acto, titulada "Los principios de la democracia". Una comedia que podría haber escrito Bernard Shaw si a ese líquido "fabiano" que corre por sus venas se añadiese una buena dosis de la sangre de Jonathan Swift. Pero, cualquiera que su autor fuese, no puede negarse que la comedia, cuyo subtítulo podría rezar: Europa sin visado, tenía mucho de instructivo. ¡Y no hablemos de Norteamérica! Los Estados Unidos no tienen sólo el privilegio de ser el país más fuerte, sino también el más miedoso del mundo. No hace mucho que Hoover explicaba su pasión por la pesca haciendo resaltar el carácter democrático de este deporte. Si ello es así-y yo lo dudo-, la pesca es una de las pocas reliquias de la democracia que quedan en los Estados Unidos. El derecho de asilo ya hace largo tiempo que los yanquis lo tienen derogado también de sus Códigos. De modo que el título puede ampliarse: Europa y América sin visado. Y como estos dos continentes rigen el resto del mundo, la conclusión es indiscutible: El planeta sin visado.

Por todas partes oigo decir que mi vicio más imperdonable es la falta de fe en la

democracia. ¡Qué sé yo cuántos artículos y hasta libros se han escrito acerca de este tema! Pero el caso es que cuando a mi se me ocurre pedir que me den una lección práctica de democracia todo el mundo se excusa. ¡Ni un solo país en todo el planeta que se preste a estampar el visado en mi pasaporte! Y siendo esto así, ¿se me quiere hacer creer que ese otro pleito, inmensamente más importante y más cruento, que es el pleito entre los poseedores y los desposeídos, va a poder resolverse aplicando con rigor exquisito los hábitos y las formas de la democracia?

Pero, vengamos a cuentas, ¿es que la dictadura revolucionaria ha dado los frutos que se esperaban de ella? A esta pregunta, que oye uno constantemente, no se puede dar una respuesta más que analizando los resultados de la revolución de Octubre y enfocando las perspectivas que ante ella se abren. Una autobiografía no es, como se comprende, el lugar más adecuado para llevar a cabo este examen. Procuraré hacerlo en un libro consagrado especialmente al problema, en el que puse mano ya durante mi destierro en el Asia central. Entiendo, sin embargo, que no puedo abandonar el relato de mi vida sin decir, aunque sólo sea en unas pocas líneas, por qué sigo incondicionalmente en el camino en que siempre estuve.

El panorama que se ha desarrollado ante los ojos de mi generación -la que ahora está entrando en los años maduros o declinando hacia la vejez-puede describirse esquemáticamente como sigue: En el transcurso de algunas décadas-fines del siglo XIX y comienzos del XX-la población europea hubo de someterse a la disciplina inexorable de la industria. Todos los aspectos de la educación social se tuvieron que rendir al principio de la productividad en el trabajo. Esto trajo consigo magnas consecuencias y parecía abrir ante el hombre una serie de nuevas posibilidades. En realidad, lo que hizo fue desencadenar la guerra. Claro es que la guerra hubo de convencer a la humanidad de que no estaba, ni mucho menos, degenerada, como tanto clamara lamentatoriamente la anémica filosofía, sino por el contrario, pletórica de vida, de fuerzas, de ánimos y de espíritu emprendedor. Y la guerra sirvió también para evidenciar a la humanidad, con una potencia jamás conocida, su enorme poderío técnico. Era algo así como si un hombre, puesto delante de un espejo, ensayase a darse un tajo en el cuello con la navaja de afeitar, para cerciorarse de que su garganta estaba sana y fuerte.

Al terminarse la guerra de 1914 a 1918, se proclamó que, a partir de aquel momento, era deber moral sagrado enderezar todas las energías a restañar aquellas mismas heridas que por espacio de cuatro años se había estado predicando que era un sagrado deber moral producir. El trabajo y el ahorro no sólo se ven restaurados en sus antiguos derechos, sino atenazados por la férrea tenaza de la racionalización. Las tituladas "reparaciones" corren a cargo de las mismas clases, los mismos partidos e incluso las mismas personas a cuyo cargo corriera también la devastación. Y donde, como en Alemania, se implantó un cambio de régimen político, llevan la batuta en el movimiento de reconstrucción personajes que en la campaña de destrucción figuraban en segundo o tercer rango. A esto se reduce todo el cambio, en puridad.

Diríase que la guerra ha segado a toda una generación tan sólo para que en la memoria

de los pueblos se produzca un lapso y la nueva generación no comprenda de un modo demasiado claro que lo que hace, en realidad, aunque sea en una fase históricamente superior y con consecuencias que serán, por tanto, mucho más dolorosas, es volver a las andadas.

En Rusia, la clase obrera, guiada por los bolcheviques, ha acometido el intento de transformar la vida para ver si es posible evitar que se repitan periódicamente esos ataques de locura de la humanidad, y a la par, para echar los cimientos de una cultura superior. No fué otro el sentido de la revolución de Octubre. Es indudable que la misión que se propuso no está aún cumplida, pues se trata de un problema que, por razón natural, sólo puede verse resuelto en el transcurso de bastantes años. Y diríamos más: diríamos que es menester considerar la revolución rusa como el punto de partida de la nueva historia humana en su totalidad.

Al terminar la Guerra de los Treinta años, es posible que el movimiento alemán de la Reforma tuviese todo el aspecto de una baraúnda desencadenada por hombres escapados del manicomio. Y en cierto modo, así era, pues Europa acababa de salir de los claustros de la Edad Media. Y, sin embargo, ¿cómo concebir la existencia de esta Alemania moderna, de Inglaterra, de los Estados Unidos y de toda la humanidad actual, sin aquel movimiento de la Reforma, con las víctimas innumerables que devoró? Si está justificado que haya víctimas-y no sabemos de quién habría que obtener, realmente, el permiso-, nunca lo está tanto como cuando las víctimas sirven para imprimir un avance a la humanidad.

Y lo mismo cabe decir de la Revolución francesa. Aquel reaccionario y pedante de Taine se imaginaba haber descubierto una gran cosa cuando decía que, a la vuelta de algunos años después de haber decapitado, a Luis XVI, el pueblo francés vivía más pobre y menos feliz que bajo el antiguo régimen. Sucesos como el de la gran Revolución francesa no pueden medirse por el rasero de "algunos años". Sin la Gran Revolución sería inconcebible la Francia de hoy, y el propio Taine hubiera acabado sus días de escriba de algún gran señor del viejo régimen, en vez de dedicarse a denostar la revolución a la que debe su carrera.

Pues bien: a la revolución de Octubre hay que juzgarla a una distancia histórica aún mayor. Sólo gentes necias o de mala fe pueden acusarla de que en doce años no haya traído la paz y el bienestar para todos. Contemplada con el criterio de la Reforma o de la Revolución francesa, que representan, en una distancia de unos tres siglos, dos etapas en el camino de la sociedad burguesa, no puede uno por menos de admirarse que en un pueblo tan atrasado y solitario como Rusia se haya podido asegurar a la masa del pueblo, doce años después de la sacudida, un promedio de vida que, por lo menos, no es inferior al que se les brindaba en vísperas de la guerra. Ya esto, por sí solo, es un milagro. Pero, claro está que el sentido y la razón de ser de la revolución rusa no es ahí donde hay que buscarlos. Estamos ante el intento de un nuevo orden social. Es posible que este intento cambie y se transforme, fundamentalmente tal vez. Es seguro que habrá de adoptar un carácter totalmente distinto sobre la base de la nueva técnica. Pero, pasarán unas cuantas docenas de años, pasarán unos cuantos siglos, y el orden social que rija remontará la mirada a la revolución de Octubre como el régimen burgués de hoy hace con la Revolución

francesa y la Reforma. Y esto es tan claro, tan evidente, tan indiscutible, que hasta los profesores de Historia lo comprenderán; claro está que pasados unos cuantos años...

Bien, ¿y de la suerte que en todo esto ha corrido su persona, qué me dice usted? Ya me parece estar oyendo esta pregunta, en la que la ironía se mezcla con la curiosidad. A ella, no puedo contestar con mucho más de lo que ya dejo dicho en las páginas del presente libro. Yo no sé que es eso de medir un proceso histórico con el rasero de las vicisitudes individuales de una persona. Mi sistema es el contrario: no sólo valoro objetivamente el destino personal que me ha cabido en suerte, sino que, aun subjetivamente, no acierto a vivirlo si no es unido de un modo inseparable a los derroteros que sigue la evolución social.

¡Cuántas veces, desde mi expulsión, he tenido que oír a los periódicos hablar y discurrir acerca de mi "tragedia" personal! Aquí no hay tragedia personal de ninguna especie. Hay, sencillamente, un cambio de etapas en la revolución. Un periódico norteamericano publicó un artículo mío, acompañándolo de la ingeniosa observación de que el autor, a pesar de todos los reveses sufridos, no había perdido, como el artículo demostraba, el equilibrio de la razón. No puede uno por menos de reírse ante esa pobre gente para quien, por lo visto, la claridad de juicio guarda relación con un cargo en el Gobierno y el equilibrio de la razón depende de los vaivenes del día. Yo no he conocido jamás, ni conozco, semejante relación de causalidad. En las cárceles, con un libro delante o una pluma en la mano, he vivido horas de gozo tan radiante como las que pude disfrutar en aquellos mítines grandiosos de la revolución. Y en cuanto a la mecánica del Poder, me pareció siempre que tenía más de carga inevitable que de satisfacción espiritual. Pero, mejor será que acerca de esto oigamos palabras muy discretas, dichas ya por otros:

El día 26 de enero de 1917, Rosa Luxemburgo escribía a una amiga, desde la cárcel: "Eso de entregarse, por entero a las miserias de cada día que pasa, es cosa para mí inconcebible e intolerable. Fíjate, por ejemplo, con qué fría serenidad se remonta un Goethe por encima de las cosas. Y sin embargo, no creas que no hubo de pasar por amargas experiencias: piensa tan sólo en la gran Revolución francesa, que, vista de cerca, seguramente tendría todo el aspecto de una mascarada sangrienta y perfectamente estéril, y en la cadena ininterrumpida de guerras que van desde 1793 a 1815... Yo no te pido que hagas poesías como Goethe, pero su modo de abrazar la vida-aquel universalismo de intereses, aquella armonía interior-está al alcance de cualquiera, aunque sólo sea en cuanto aspiración. Y si me dices, acaso, que Goethe podía hacerlo porque no era un luchador político, te replicaré que precisamente un luchador es quien más tiene que esforzarse en mirar las cosas desde arriba, si no quiere dar de bruces a cada paso contra todas las pequeñeces y miserias... siempre y cuando, naturalmente, que se trate de un luchador de verdad..." ¡Magníficas palabras! Las leí por vez primera no hace muchos días y ellas me han hecho cobrar nuevo afecto y devoción por la figura de Rosa Luxemburgo.

En cuanto a doctrinas, carácter e ideología, no hay en Proudhon, esa especie de Robinsón Crusoe del socialismo, nada que me simpatice. Pero Proudhon era, por naturaleza, un luchador; era, intelectualmente, generoso; sentía un gran desdén hacia la opinión pública oficial y en él ardía esa llama inextinguible

del afán acuciante y universal de saber. Esto le permitía estar por encima de los vaivenes de la vida personal y por encima de la realidad circundante. El día 26 de abril de 1852, Proudhon escribía a un amigo desde la prisión: "El movimiento, indudablemente, no es normal ni sigue una línea recta; pero la tendencia se mantiene constante. Todo lo que los Gobiernos hagan, primero unos y luego otros, en provecho de la revolución, es cosa que ya no se puede desarraigar; en cambio, lo que contra ella se intenta, se evapora como una nube. Yo disfruto de este espectáculo, cada uno de cuyos cuadros sé interpretar; asisto a esta evolución de la vida en el universo como si desde lo alto descendiese sobre mí su explicación; lo que a otros destruye, a mí me exalta, me enardece y me conforta; ¿cómo, pues, puede usted pretender que me lamente de mi suerte, que me queje de los hombres y los maldiga? ¿La suerte? Me río de ella. Y en cuanto a los hombres, son demasiado necios y están demasiado enservilecidos, para que yo pueda reprocharles nada."

Pese al regusto de patetismo eclesiástico que hay en ellas, también éstas son palabras muy bien dichas, y yo las suscribo.

F I N